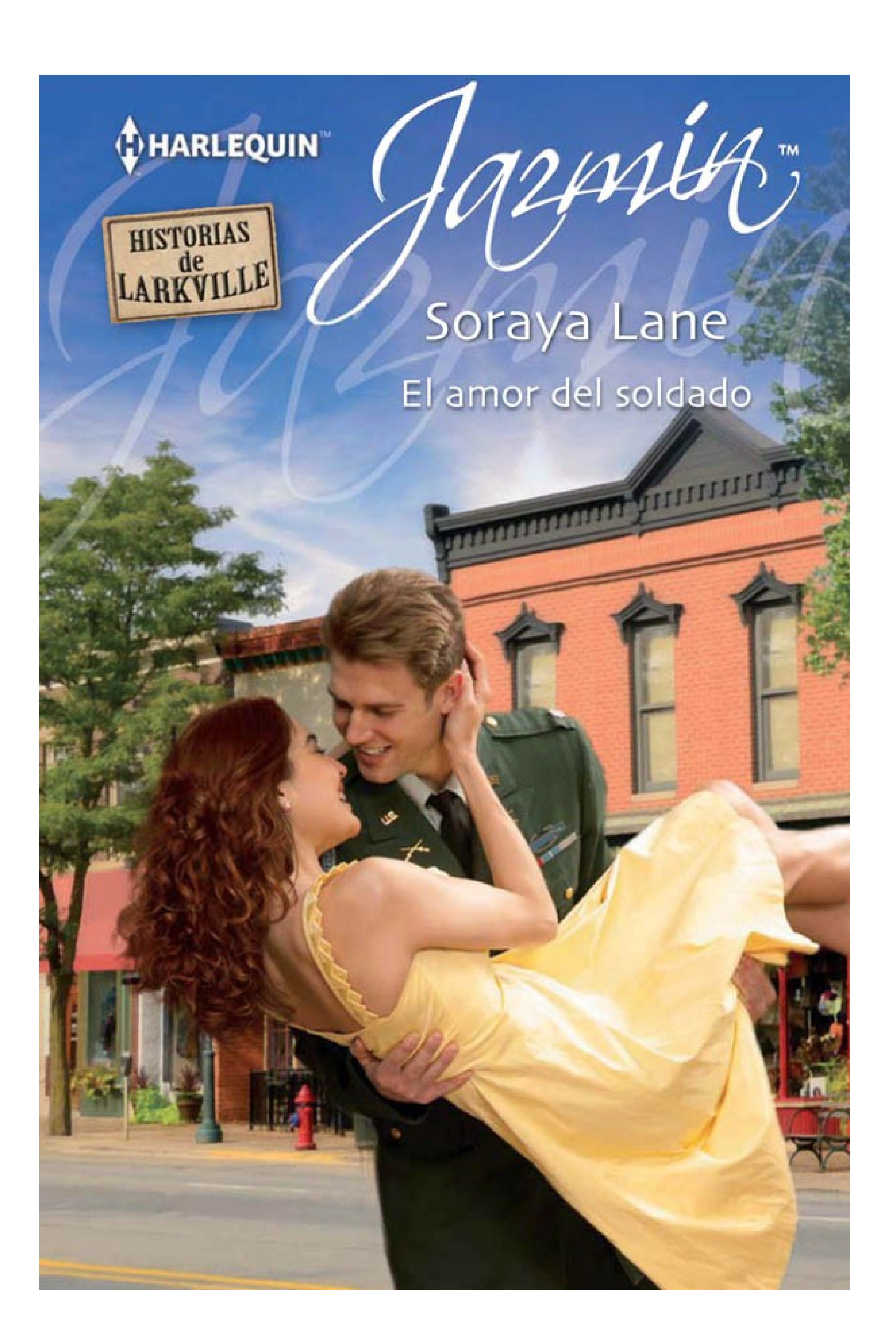

HARLEQUIN™
Jazmín™
HISTORIAS de LARKVILLE
Soraya Lane
El amor del soldado

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

EL AMOR DEL SOLDADO, N.º 87 - julio 2013
Título original: The Soldier's Sweetheart
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2013

I.S.B.N.: 978-84-687-3453-8
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Capítulo 1

Nate Calhoun alzó una mano para protegerse el rostro del sol. Había olvidado lo que era mirar hacia el terreno y ver la hierba extendiéndose en la distancia hasta el punto de no saber dónde terminaba su rancho y empezaba el siguiente.

A la arena estaba acostumbrado, a la hierba no.

Cerró la puerta y estiró la pierna derecha conteniendo una mueca de dolor. Ese maldito gemelo parecía que le fuera a estallar y por mucho que intentaba ignorarlo, caminar ya no era tan fácil como antes.

Miró la casa y supo exactamente lo que encontraría si entraba. Nancy, su ama de llaves desde hacía tantos años, estaría fregando los platos del desayuno; el aroma a café fuerte aún pendería del aire y seguro que quedaban restos esperando a que alguien se los comiera. Pero no estaba listo para volver a formar parte de esa vida, aún no sabía cuándo podría dar respuesta a las preguntas que su familia no dejaba de hacerle cada vez que estaban juntos.

Por esa razón se había alejado de ellos aquella primera noche tras su regreso y se había alojado en la casa de invitados.

Nate se giró y recorrió un camino que aún se le hacía familiar. De niño, y hasta que había dejado el rancho para alistarse en el ejército, solía ir caminando hasta un enorme árbol muy alejado de la casa donde un columpio erosionado se balanceaba hacia delante y atrás con la brisa. Era un lugar que nunca había compartido con nadie más que…

¿Quién demonios estaba allí?

Se detuvo y miró. Estaba lo suficientemente cerca como para ver el árbol, pero no tan cerca como para distinguir quién estaba sentado en el columpio.

Se puso derecho y se esforzó al máximo por no cojear, aun sabiendo que ocultar su lesión era imposible.

Y entonces esa misteriosa figura subida al columpio se giró hacia él.

Tragó saliva antes de apretar los dientes y avanzar hacia ella.

Era Sarah. Después de todos esos años, había logrado encontrar a Sarah Anderson debajo de su árbol.

Había cosas que nunca cambiaban.

Ella se levantó con una tímida sonrisa y un leve rubor cubriendo sus mejillas.

–Hola, Nate.

Nate hizo lo que pudo por devolverle la sonrisa, pero lo cierto era que las cosas sencillas como sonreírle a un amigo ya no eran tan fáciles. Y además, ni siquiera sabía si podía considerar a Sarah una amiga, no después de lo que había sucedido entre los dos.

–Sarah –dijo deteniéndose unos pasos más atrás.

Ella vaciló y se sonrojó por completo antes de inclinarse hacia él para darle un abrazo.

Nate intentó relajarse y le fue imposible. Ni siquiera pudo hacerlo con el cálido abrazo de Sarah, con esos brazos que lo rodearon tan suavemente y su larga melena acariciándole la mejilla. En un pasado pensó que jamás querría alejarse de esos brazos, pero ahora solo le daban ganas de salir corriendo.

–Tienes buen aspecto, Nate –le dijo Sarah al echarse atrás y sentarse–. Me alegro mucho de verte de vuelta por aquí. No me puedo creer que estés en casa.

Nate asintió y metió las manos en los bolsillos traseros de sus pantalones.

–Es… –no podía mentirle, no a Sarah– distinto estar de vuelta.

–Siento mucho lo de tu padre –los ojos de Sarah se llenaron de lágrimas cuando le agarró el brazo y se acercó a él–. Cuando estaba aquí contigo siempre fue muy amable conmigo.

Nate sonrió. Ni siquiera tuvo que forzar el gesto.

–Sí, te tenía mucho cariño.

En aquellos tiempos en los que Sarah y él estaban tan unidos y siempre andaban juntos, a su padre le había encantado que la llevara al rancho todo el tiempo. En realidad, a todo el mundo le había gustado porque no había ni una sola persona en Larkville que no apreciara a Sarah Anderson.

Alzó la mirada cuando ella apartó la mano de su brazo y deseó no haberlo hecho, porque nunca había llegado a olvidar esos cálidos ojos color ámbar ni el modo en que parecían ver dentro de él, ver lo

que pensaba, lo que sentía.

Pero ahora era imposible que incluso ella supiera lo que estaba pasando en su interior.

Sarah suspiró como si no supiera qué decir antes de lanzarle una radiante sonrisa.

–¿Te has enterado de que me han liado para organizar el Festival de Otoño? –sacudió la cabeza–. Quiero decir, estoy deseando darle ese homenaje a tu padre, pero intentar que todas las personas de este pueblo se pongan de acuerdo es más complicado de lo que parece, ¡en serio!

Nate no pudo evitar sonreírle y por una vez fue una sonrisa sincera, no una con la que estuviera fingiendo alegría para quitarse de encima a la gente.

–Apuesto a que te está encantando.

Sarah lo miró y en su expresión él encontró una alegría que llevaba ausente en su vida tanto tiempo que había olvidado que una vez existió. Fue como una chispa de felicidad que por un breve momento lo hizo sentirse como si jamás hubiera salido del rancho, como si nunca hubiera visto lo que deseaba poder olvidar, como si nunca…

Tragó saliva e intentó centrarse en el precioso rostro de Sarah en lugar de en los recuerdos que lo perseguían.

–¿Has vuelto a casa para siempre, Nate?

Su pregunta lo sorprendió y le hizo volver bruscamente a la realidad.

–Sí –respondió casi con un gruñido, aún incapaz de creer que después de tantos años su carrera en el ejército hubiera llegado a su fin, que estuviera de vuelta en casa y que en un espacio tan breve de tiempo hubiera perdido a sus padres. Sin duda, su hogar ya no era lo que había sido.

–¿Estás seguro?

Nate se atrevió a mirar a los ojos a la chica que le había robado el corazón cuando era un adolescente.

–Sí, estoy seguro –deseó no haberle contestado con tanta brusquedad, pero no pudo evitarlo. ¿Qué quería oír? ¿La verdad de por qué no iba a volver al ejército? Porque ni siquiera Sarah podría sacarle los detalles de esa historia.

–Lo siento, sé que no debería estar fisgoneando –suspiró y miró

a otro lado–. ¡Moose! –gritó.

¿Moose? Nate estaba a punto de preguntarle a quién estaba llamando cuando…

–¿Qué demonios…? –se giró, preparado para luchar, en alerta, a pesar de que la pierna estaba empezando a dolerle.

–¡Moose! –gritó Sarah de nuevo agachándose hacia el suelo.

Un perro enorme apareció, saliendo de su escondite y abalanzándose sobre Sarah. A Nate estuvo a punto de salírsele el corazón.

–¿Desde cuándo tienes un perro que se llama Moose?

El perro lo miró y se sentó junto a Sarah con actitud protectora.

–Ya me conoces, me chiflan los animales necesitados –respondió acariciando cariñosamente la cabeza del perro–. Tu hermano lo encontró un día y le puso ese nombre porque parecía un alce desgarbado. Nadie sabe cómo terminó rondando por aquí, pero está conmigo desde entonces.

Nate miró al pastor alemán y no le gustó la mirada que el animal le estaba devolviendo; el perro estaba actuando como si estuviera desafiando su autoridad y él no estaba acostumbrado a quedar por debajo de nadie.

–¿Se comporta con Todd igual que se está comportando conmigo ahora mismo?

Oír el nombre de Todd hizo que la sonrisa de Sarah se desvaneciera.

–Me ha encantado verte, Nate, pero será mejor que nos vayamos.

La vio pasar por delante de él, de nuevo con los ojos vidriosos, como si estuviera a punto de echarse a llorar.

–Sí, lo mismo digo.

Debería haberle dicho que se quedara, debería haber acariciado al maldito perro en lugar de actuar como si su territorio estuviera en juego. Porque Nate estaba solo y ver a Sarah no había estado nada mal, había sido agradable. Al menos, no lo había mirado como lo había mirado su familia al volver a pisar el rancho.

Después de tantos años rodeado de otros hombres, de vivir y trabajar con otros soldados a su lado, estaba solo. Su familia eran como extraños, no tenía a nadie con quien hablar, nadie con quien quisiera hablar, y ver a Sarah había sido la única cosa que le había

arrancado una sonrisa en mucho tiempo.

Pero en lugar de llamarla, la vio alejarse. Y fue como si hubieran retrocedido seis años, cuando le había dicho que se quedaría en el ejército en lugar de volver a casa. Cuando había terminado con su relación para siempre.

Sarah acarició la cabeza de su perro antes de decirle que avanzara delante de ella. Intentó centrarse en cómo se movía el animal, pero lo único en lo que podía pensar era en el hombre que tenía detrás.

Nate Calhoun.

Después de tantos años, verlo había sido… Cerró los puños. No, se negaba a darse la vuelta para ver si seguía allí de pie, donde lo había dejado. Nate había sido el amor de su vida y, por mucho que intentara fingir que entre ellos ya no había nada, seguía sintiéndose atraída por él como un imán al metal.

¿Por qué, después de todos esos años, después de que la hubiera abandonado, no podía sacarse a ese hombre de la cabeza? ¿Después de que la hubiera dejado con el corazón roto, anulada como si su romance no hubiera sido más que una simple aventura de vacaciones?

–Sarah ¿qué haces aquí tan temprano?

Alzó la vista; había olvidado lo cerca que estaba de la finca. La casa del rancho nunca dejaba de impresionarla, siempre había tenido una calidez y una sencillez que admiraba incluso a pesar de ser una de las casas más grandes de todo Larkville.

–He venido a ver a mi nuevo caballo, pero Moose ha salido corriendo detrás de algo y he terminado siguiéndolo.

Kathryn Calhoun se apoyó contra el marco de la puerta y frunció el ceño.

–¿Qué ha pasado?

Sarah suspiró. Por mucho que intentara guardarse algo, sus emociones siempre parecían reflejarse en su rostro.

–He visto a Nate.

–¿Has hablado con él?

–Sí, pero…

¿Qué iba a decir? ¿Que aún sentía algo por él a pesar de que

podía ver en la oscuridad de su mirada, en la expresión de su rostro, que el antiguo Nate ya no estaba allí? Veinte minutos antes ni siquiera sabía que Nate estaba en casa, y ahora…

–No tienes que decírmelo, lo sé.

Sarah se sonrojó, pero se mordió la lengua esperando a que Kathryn continuara. Le caía muy bien, pero eso no significaba que quisiera hablar con ella sobre su antiguo amor, y menos cuando estaba casada con Holt, el hermano de Nate.

–Sarah, ha cambiado. Ya no es el Nate que conocía su familia, y tampoco es el chico encantador que todo el pueblo recordaba.

Sarah se sintió furiosa; quería defenderlo.

–Ha sufrido mucho, así que ¿no le debemos ser pacientes? ¿Darle un poco de espacio para que asimile su regreso?

Kathryn le sonrió, aunque en esa sonrisa había una tristeza que Sarah no pudo ignorar.

–Espero que tengas razón, Sarah, de verdad que sí, pero Holt no está seguro de que Nate vaya a volver a ser el mismo.

Un hocico húmedo le rozó la mano recordándole que no estaba sola.

–Creo que esto quiere decir que tengo que irme –le dijo a Kathryn–. He quedado con Johnny para ver qué tal va mi yegua. Hace unas semanas que empezó a entrenarla.

Sarah se despidió y su sonrisa se desvaneció en cuanto se alejó. Nate estaba sufriendo. Por muchos años que hubieran pasado desde que estuvieron juntos, aún podía recordar cada expresión de su rostro y sabía que debía de estar sufriendo mucho si había llegado al extremo de alojarse en la casa de invitados, lejos de la familia a la que tan unido había estado.

Le lanzó un palo a su perro e intentó centrarse en mirar por dónde pisaba y no en ese hombre que se había alojado en su mente.

Nate la había dejado, la había abandonado y había decidido no regresar. No era responsabilidad suya lo que le pasara y eso era algo que él le había dejado perfectamente claro.

Así que, ¿por qué se le había acelerado el corazón y tenía la boca tan seca como si no hubiera bebido agua en días?

Porque se trataba de Nate Calhoun y, mientras estuviera viva, nunca, jamás, lo olvidaría.

Capítulo 2

En un intento de aliviar algo de la presión que sentía en la cabeza, Nate decidió practicar algunos de los ejercicios de estiramiento para la pierna que debería estar haciendo. Pero no funcionó. Al contrario, acabó con más dolor de cabeza y de pierna.

Tenía que encontrar alguna cosa que hacer, algo en lo que centrarse, pero le resultaba mucho más fácil sentarse a pensar bajo ese árbol. Aunque el hecho de poder ver a Sarah a lo lejos tampoco estaba motivándolo a moverse.

Podía verla hablando con el marido de su hermana Jess. No había duda de que Johnny tenía un don con los caballos, solo bastaba con mirarlo para verlo. Sarah estaba apoyada contra la verja del cercado, acariciando la cabeza de su perro y sujetándose con la otra y, mientras, él estaba esperando a verla montar su yegua y comprobar si seguía teniendo tanta pericia a lomos de un caballo como hacía años. Por aquel entonces, era tan buen jinete como cualquiera de los chicos.

–Nate –dijo una hosca voz.

Se giró y vio a su hermano de pie tras él.

–Holt.

Su hermano miró a lo lejos; estaba claro que le había pillado mirando a Sarah.

–Hacía tiempo que no veíamos a Sarah tanto como ahora –le dijo Holt.

Nate intentó mostrarse desinteresado, pero la realidad era que sí que le interesaba la conversación. Ver a Sarah de nuevo había despertado algo dentro de él, algo que hacía mucho tiempo había dejado de sentir; era como si de pronto quisiera volviera a vivir y, todo ello, a pesar de estar intentando controlarse y contener esa emoción.

–¿Estáis entrenando aquí a su caballo? –preguntó Nate.

Por las cartas que Jess le había enviado, sabía que su nuevo cuñado era una especie de susurrador de caballos, pero nunca había

tenido la oportunidad de conocerlo.

Holt se sentó de cuclillas, arrancó una brizna de hierba y desvió la mirada. A Nate le pareció genial, porque lo último que quería era que volvieran a interrogarlo.

–Johnny está echándole una mano. Es agradable verla sonreír otra vez.

Nate enarcó una ceja y miró a su hermano.

–No sabes lo de Todd, ¿verdad?

Nate negó con la cabeza, lentamente.

–¿Qué tengo que saber sobre Todd y ella? –odiaba a ese tipo, aunque no podía culparlo; Sarah se había casado con uno de sus mejores amigos y nunca los había perdonado a ninguno de los dos.

–Mira, Nate –comenzó a decir Holt, levantándose y mostrándose inquieto, como si lo último que quisiera fuera tener una conversación sobre Sarah y su marido–. Todd está fuera del mapa, es lo único que digo. Pensé que querrías saberlo, pero si quieres detalles, entonces pienso que deberías preguntarle a Sarah. Es su historia y le corresponde a ella contarla.

Nate no pudo evitar fruncir los labios.

–¿Así que te quedas tan tranquilo diciéndome que su matrimonio ha terminado, pero que no vas a contarme lo que ha pasado ni por qué?

Holt suspiró. No recordaba que su hermano hiciera eso a menudo.

–Nate, no hay razón para que te lances a mi cuello. Simplemente, no creo que sea yo el que deba contártelo, ¿de acuerdo?

Tragó saliva con dificultad e intentó centrarse en el dolor que sentía en la pierna para evitar tomarla con su hermano otra vez.

–Lo siento –se disculpó sabiendo que había sido un cretino.

Holt alzó las manos.

–Yo también lo siento. Solo he pensado que, si quedó alguna historia sin terminar entre vosotros dos…

–No hay nada –le interrumpió Nate con aspereza.

Vio la expresión cambiar en el rostro de su hermano y odió que estuvieran comportándose como dos extraños. Bueno, tal vez Holt no estaba haciendo nada que se saliera de lo habitual, pero sin duda él sí. Antes habían estado todo lo unidos que podían estar dos

hermanos, siempre juntos, habían sido inseparables. Como sus colegas en el ejército, Holt siempre había estado a su lado, pasara lo que pasara, y viceversa.

Pero ahora Nate había cambiado tanto que no sabía si algún día volvería a ser un hermano para todos ellos.

Holt retrocedió. Se había dado la vuelta antes de que Nate pudiera disculparse de nuevo, aunque ni siquiera habría sabido por dónde empezar.

Así que Sarah y Todd habían terminado…

Bajó la mirada y vio que ahora era ella la que estaba subida a lomos del caballo. Elegante, erguida y cómoda sobre la montura, relajada con lo que estaba haciendo.

Ahora que había vuelto a casa no tenía por qué mirarla, ni hablar con ella, ni hacer nada con ella. Tenía que ocuparse de su familia, conocer a unos hermanos mellizos y enfrentarse a un puñado de recuerdos que lo perseguían noche tras noche.

Las piernas le palpitaban, pero no de dolor, sino de una desesperada necesidad de ir a buscar a Sarah.

Al igual que le había sucedido doce años atrás, siendo un adolescente enfermo de amor, cuando la había visto dando lecciones de equitación en ese mismo cercado donde se encontraba ahora.

Sarah acarició a la joven yegua. Era la primera vez que montaba sola a Maddie, pero lo estaba haciendo de maravilla e incluso estaba guiando al otro caballo que tenían al lado.

Tragó saliva con dificultad, intentando no pensar en lo que estaba haciendo. Lo último que necesitaba era que Maddie sintiera su nerviosismo y pensara que tenía algo que ver con ella.

Él seguía allí. El joven que jamás había permanecido quieto ni un instante, que no había sido capaz de quedarse en el mismo lugar porque siempre había habido algo que hacer, estaba sentado justo donde lo había dejado, apoyado contra el árbol como si no tuviera nada que hacer.

Se acercó hacia él con los caballos sin apartar la mirada ni un momento de su solitaria figura.

Se había estado regocijando en su autocompasión, pensando que

le habían hecho mucho daño, pero ver a Nate y lo cambiado que estaba le decía que eso por lo que ella había pasado no era nada en comparación con lo que habría pasado él.

–Vamos, vaquero –le dijo al estar junto a él y con una voz que denotaba mucha más seguridad de la que en realidad sentía.

La mirada de Nate hizo que le temblara la sonrisa. Era como si una tormenta se estuviera fraguando en su interior y estuviera buscando una válvula de escape por sus ojos; unos ojos que antes habían trasmitido dulzura y suavidad y que ahora transmitían algo tumultuoso y peligroso.

–¿Quieres que monte?

Ella le acercó las riendas. Era una yegua de John-ny y le había prometido que sería un animal tranquilo y agradable. Mejor así, ya que Sarah no tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba Nate sin montar.

–Nos vendrá bien a los dos –le aseguró.

Nate sacudió la cabeza antes de ponerse el sombrero y levantarse.

–Por si no te has fijado –le dijo con una voz helada–, últimamente no es que sea exactamente capaz de montar.

Sarah se obligó a mirarlo a los ojos y a no dejarse intimidar por su actitud. Si estaba intentando espantarla, hacer que se fuera por donde había venido, estaba haciendo un gran trabajo… si no fuera por el hecho de que parecía haber olvidado lo recta y resuelta que tenía que ser con los niños en clase. Que fuera un soldado herido no significaba que fuera a tener un trato de favor con él.

–¿Así que cojeas? Puedo verlo sin que me lo digas, pero no creía que hubieras dejado que eso te frenara –le temblaban las manos, pero no retrocedería. ¡Se trataba de Nate, por el amor de Dios!

–Sarah…

–No, Nate, no –insistió–. Puedes montar sin estribos o como quieras, pero creo que te vendrá bien.

Él la miró con furia.

–¿Has estado hablando con mi familia?

Ella le puso las riendas en las manos.

–¿Es que has sido tan grosero con ellos como lo estás siendo conmigo ahora?

–Maldita sea, Sarah, lo siento. Yo…

Alzó una mano para hacerlo callar.

–Ya habrá tiempo para disculpas más tarde, Nate, por parte de los dos, pero ahora mismo solo quiero que subas al caballo.

Nate la miró, se quedó quieto un instante antes de echar las riendas sobre el cuello del caballo y situarse en el lazo izquierdo. Sarah no pudo evitar pensar lo afortunado que había sido de herirse la pierna derecha, porque de lo contrario le habría sido muy difícil montar. Se giró antes de que él pudiera verla mirándolo y le dio un momento para colocarse sobre la montura antes de girarse hacia él otra vez.

–¿Sin estribos, dices? –le preguntó y un tenue brillo de la antigua voz de Nate salió a relucir.

Sarah se encogió de hombros.

–Lo que te resulte más cómodo. He pensado que podríamos ir a dar un paseo largo para hacerle el rodaje a este animalito.

Nate centró su atención en la yegua que montaba Sarah.

–¿Es joven?

–Sí, hace solo unas semanas que la ensillamos, así que lo está haciendo muy bien. La tengo desde que era bebé, y ahora ya es hora de ver si me resulta útil o no.

Nate puso el pie en el estribo y Sarah supuso que, a juzgar por su gesto de dolor, hizo lo mismo con el estribo del otro lado. Nate no dijo nada y ella tampoco lo presionó a hacerlo; ya le contaría lo que le había pasado a su pierna cuando se sintiera preparado.

–Bueno, ¿qué has estado haciendo? –no había duda de que Nate hizo un gran esfuerzo por hablar.

Sarah no quería hablar de ella, le habría gustado seguir tratando el tema neutral de los caballos.

–Bueno, ya sabes, nada fuera de lo corriente.

Nate desvió la mirada.

–¿Habías vuelto a montar desde que te marchaste?

–No –respondió él acariciando el cuello del animal–. Supongo que es una de esas cosas que nunca olvidas, ¿no?

–He oído que…

–¿Qué…?

Se rieron.

–Lo siento –dijo Sarah después de que hablaran al mismo tiempo–. Tú primero.

–He oído que ya no estás con Todd –dijo algo vacilante y con una expresión suavizada, casi afligida.

–¿Y te has enterado ahora, después de que nos hayamos visto antes? –no se había esperado que lo supiera–. Y yo que creía que te habías pasado toda la mañana pensando en tus propios asuntos y sentado debajo de ese árbol.

El cuerpo de Nate se tensó visiblemente y miró a lo lejos.

–No es asunto mío, Sarah, tienes razón. Solo quería decirte que lo siento.

¿Que sentía que su matrimonio hubiera terminado o que sentía haberse marchado, haberla abandonado y haber dejado que se casara con Todd?

–No pasa nada –mintió plantándose una sonrisa en la cara y sin querer sumirse en el pasado–. Todd y yo nunca estuvimos hechos el uno para el otro, eso es todo –omitió el dato de que se había ido con otra mujer a la que había dejado embarazada, omitió cómo le había destrozado el corazón con mentiras y cómo la había abandonado sin mirar atrás, como si su matrimonio no hubiera significado absolutamente nada para él.

–¿Y ha pasado algo más por aquí que debería saber? –le preguntó, intentando, claramente, cambiar de tema.

–¿Aparte del Festival de Otoño? Bueno, hay gente nueva en el pueblo, pero aparte de eso, supongo que en Larkville seguimos estando como siempre.

Cabalgaban el uno junto al otro, lo suficientemente alejados como para que sus rodillas no se rozaran, pero lo suficientemente cerca como para poder oírse al hablar. Se fijó en que ahora el pie de Nate colgaba del estribo y se preguntó si llevaría igual el del otro lado.

–¿Quién sabe lo de mis hermanos mellizos?

Sarah se mordió el labio; necesitaba un instante para pensar en la respuesta. Jess, la hermana de Nate, le había hablado de los hijos Calhoun secretos y de lo sucedido, pero no se había esperado que Nate sacara el tema de ese modo.

–Hace poco que te has enterado, ¿verdad?

Nate la miró antes de volver a mirar hacia delante.

–He estado algo incomunicado durante un tiempo, así que no te mentiré, la noticia fue un gran impacto cuando por fin lograron

contactar conmigo y contármelo.

Sarah se sentía algo incómoda.

–No todo el mundo lo sabe, pero últimamente he visto mucho a tu familia y a Ellie y nos hemos hecho muy buenas amigas. Es maravillosa, Nate. Creo que si le dieras una oportunidad, disfrutarías mucho de su compañía. Tal vez no como una hermana directamente, pero al menos sí como una buena amiga.

Él se rio; fue una carcajada cruel que ella no reconoció.

–Ahora mismo ni siquiera puedo estar con los hermanos con los que he crecido, así que ¿qué te hace pensar que me iría mejor con una extraña?

–No hables así, Nate –sus ojos se llenaron de lágrimas, pero se negaba a dejarlas escapar. Hacía años se había prometido que jamás volvería a derramar ni una lágrima por Nate y que las circunstancias ahora fueran distintas no cambiaba nada.

–Creo que deberíamos volver –le dijo él girando al caballo en la dirección por la que habían ido.

Sarah detuvo su caballo un instante antes de seguirlo y silbó a su perro. Ese no era el Nate que conocía y, en absoluto, era el Nate que se habría imaginado volviendo a casa. Intentó controlar la rabia que bullía en su interior, una rabia dirigida a Nate y que llevaba tiempo dominando.

Si no estuviera subida a lomos de una yegua recién entrenada, habría salido cabalgando para alejarse de él con la cabeza bien alta, pero prefirió no tentar a la suerte.

Fue tras él y por un momento se planteó empujarlo y tirarlo de la silla. Una sonrisa se dibujó en sus labios. Por mucho que fuera un soldado herido, un buen bofetón en la mejilla o un empujón para tirarlo del caballo era exactamente lo que Nate necesitaba. Sin embargo, ella nunca había sido tan atrevida como para llegar a hacer eso.

–¡Nate, espera! –gritó.

Él no se detuvo, aunque sí que giró levemente la cabeza, como indicándole que la había oído.

–Esto es estúpido.

–¿El qué? –le preguntó él con gesto de enfado. Un rostro enfadado que, incluso con un aspecto más avejentado, con unas suaves arrugas alrededor de los ojos y unas sombras negras bajo los

ojos, seguía resultando absurdamente atractivo.

–Que estemos como si no hubiera pasado nada y al momento te muestres así, tan retraído…

Podía ver la tensión en su mandíbula y que, probablemente, estaría apretando los dientes, además de un vacío en su mirada.

–No soy el hombre que era antes, Sarah. Esa es la verdad y no hay nada que pueda hacer para cambiarlo.

Sarah sacudió la cabeza, invadida por una inmensa tristeza.

–No te creo, Nate. Sé que has visto cosas terribles, que ahora mismo te estás enfrentando a una situación difícil y que has resultado herido, pero creo que el antiguo Nate sigue ahí dentro, en alguna parte –suspiró forzándose a continuar–. No sé qué te ha pasado allí, Nate, pero no renuncies a ti mismo todavía. ¿De acuerdo?

Nate no respondió y ella estaba demasiado afectada como para decir nada. Por eso siguieron cabalgando en silencio seguidos por el perro, tan tranquilo, como si no le importara nada de lo que pasara en el mundo.

Nate sabía que había sido grosero con Sarah y que no se lo merecía, pero se le habían agotado todas las disculpas y no era capaz de pensar en nada correcto que decir cuando lo único que quería era que lo dejaran tranquilo de una maldita vez.

Se aclaró la voz sabiendo que tenía que decir algo antes de perder la oportunidad y de que ella saliera del establo y de su vida otra vez para siempre. Ya la había apartado de su lado una vez y lo que menos necesitaba era otra marca negra en su conciencia.

–Sarah –comenzó a decir pasándose una mano por el pelo, que llevaba más corto de lo habitual.

Ella se detuvo y se giró hacia él; alzó la cabeza y lo miró. A su lado parecía diminuta, frágil. En realidad era esbelta y alta, pero con esas botas planas parecía mucho más baja de lo que él recordaba.

–Yo… eh… bueno, ahora no soy yo mismo, Sarah. No era mi intención hablarte con tanta brusquedad, pero ya no soporto esto. ¿De acuerdo? –sabía que era una disculpa terrible, pero fue lo mejor que se le ocurrió.

–Sé que estás sufriendo, Nate –le respondió acercándose para tocarle el brazo, para posar sus dedos firmemente sobre su piel.

Él la miró a los ojos, esos ojos de un intenso ámbar que lo habían perseguido durante años… en sus sueños, despierto, cuando lo único que podía hacer era pensar en lo que había dejado atrás tras decidir luchar por una causa mucho mayor, para servir a su país lo mejor que pudiera.

Ojalá sus pensamientos ahora los ocupara alguien tan dulce como Sarah. Ya no tenía sueños, sino pesadillas que lo mantenían despierto noche tras noche.

–¿Nate? –Sarah seguía tocándolo.

Pero él se apartó; no tuvo elección porque que Sarah le tocara despertaba en él una sensación demasiado real y no quería volver a sentirse humano, prefería esa apagada frialdad a la que se había acostumbrado. No quería reconocer lo amable que estaba siendo con él sabiendo todo el daño que le había hecho.

–Aquí me tienes, Nate. Si quieres hablar, si necesitas algo, no te comportes como un extraño.

La mirada de Sarah era bondadosa, amable, y la sonrisa que rozaba sus labios tan pura que él deseó tener agallas para abrazarla y no soltarla jamás. Para llevar su esbelto cuerpo contra el suyo y recordar lo que habían tenido, recordar el hombre que había sido. Para sentirse, de nuevo, como un ser humano.

–Gracias –logró decir con una voz más ronca de lo habitual.

Los dedos de Sarah rozaron la parte alta de su brazo y ella se marchó, salió del establo tirando de su joven yegua y en dirección al campo.

Nate se quedó mirándola hasta que Sarah fue desapareciendo en la distancia y sus ojos se quedaron prendados de la suavidad de su silueta. Una camiseta ajustada, unos vaqueros desgastados y ese maldito perro que no se separaba de ella como si viera a Nate como un peligro inminente.

¿Seguiría usando su nombre de soltera? Se obligó a sacarse esa pregunta de la cabeza, intentando centrarse en el caballo al que tendría que estar cepillando.

¿Así que volvía a estar soltera? ¿Y eso qué le importaba? Seis años atrás había tomado una decisión y, por lo que a él respectaba, no habría vuelta atrás.

Ni ahora ni nunca.

Sarah apartó una silla de la mesa y la arrastró por la habitación. Se subió en ella, buscó algo en el armario y sacó lo que había escondido ahí.

No debería estar mirándolo, no después de tantos años, pero ver a Nate le había traído muchos recuerdos que no podía evitar querer revivir. Al casarse con Todd, había hecho todo lo posible por dejar el pasado atrás, pero ahora…

Sonrió al pasar la primera página. Corazones garabateados con boli rosa, el nombre de Nate escrito en letras curvadas que en su tiempo le habían parecido muy chulas. Había fotos de los dos en el rancho y saliendo con sus amigos, notas que él le había escrito cuando habían estado en clase. Las había guardado todas, incluso después de haberse casado con Todd.

Pasó a la última página y tuvo que quitarse esa sonrisa de la cara al recordar por qué habían roto.

Ese día Nate estaba muy guapo vestido de uniforme y mirando a la cámara, tan sonriente.

El día que se marchó se habían hecho promesas el uno al otro, se habían prometido que encontrarían el modo de seguir juntos pasara lo que pasara. Ella nunca había querido retenerlo, pero había sido él el que le había prometido siempre que volvería, que harían lo que hiciera falta. Por el contrario, le había roto el corazón y le había hecho darse cuenta de que esperarlo había sido un gran error.

Sarah cerró el destartalado libro y lo dejó sobre la mesa. Tal vez debería enseñárselo a Nate, o tal vez no, pero ahora que había vuelto no servía de nada huir del pasado. Lo había amado con toda su alma y, tal vez, quizá tal vez, nunca había dejado de hacerlo.

Entró en la cocina y fue directa a la tarta que había hecho un rato antes. Había pensado dársela a Johnny en agradecimiento por ayudarla con su caballo, pero necesitaba una inyección de azúcar rápidamente.

Y no por primera vez deseó no ser tan amiga de la familia Calhoun. No podía hablar con ellos sobre Nate, no cuando ni siquiera él tenía pensado hablar mucho con ellos.

Capítulo 3

Nate respiró hondo. No estaba acostumbrado a ponerse nervioso, había pasado años siendo el valiente se diera la situación que se diera, pero ahora mismo estaba preocupadísimo.

Alzó una mano y llamó a la puerta con suavidad; no quería alarmar a su hermana ni a su marido.

La puerta se abrió un ápice y, al bajar la mirada, vio a un pequeño con el pelo rubio alborotado. Su sobrino. Por alguna razón no se había esperado que fuera el niño el que abriera la puerta.

–Ey, Brady.

Casi pudo sentir cómo le bajó la presión sanguínea por verse frente al niño y no frente a su hermana. Era más pequeña, pero muy mandona, y él seguía preguntándose si habría hecho bien al ir allí. Por otro lado, no podía esconderse para siempre y, además, se sentía solo. Después de tantos años en el ejército, se sentía infeliz por estar solo y aliviado al mismo tiempo por no tener que fingir ante sus colegas que estaba bien.

–¡Dile a Holt que no puede seguir colándose en casa y robándome mi salsa agridulce! –gritó Jess.

Nate sonrió. Así que Holt seguía llevándose las cosas de Jess sin pedirlo. Algunas cosas nunca cambiaban y era posible que, incluso, las hubiera echado de menos.

–Mamá, no es el tío Holt –gritó Brady sonriendo mientras agarraba la mano de Nate y tiraba de él hacia la cocina–. Es…

El niño no tuvo oportunidad de terminar la frase.

–¡Nate! –Jess dejó lo que estaba haciendo y corrió hacia él–. Johnny, apaga la televisión.

Nate sacudió la cabeza.

–No, no armes tanto alboroto. Se me ha ocurrido aceptar tu invitación a cenar. Si tenéis de sobra, claro.

–¿De sobra? –Jess lo abrazó, lo rodeó con fuerza antes de apartarse y besarlo en la mejilla–. Siempre tenemos más que de sobra, y sobre todo si es para mi hermano favorito.

A Nate se le hizo un nudo en la garganta. Había pensado quedarse en casa solo, pero no podía estar allí para siempre y si quería intentar solucionar algunas cosas, Jess era la persona con la que quería empezar. Era su hermana pequeña y, aunque le gustaba solucionar y meterse en los problemas de los demás, por alguna razón había acudido a ella en lugar de ir a la casa principal.

–¿Así que ahora soy tu hermano favorito? –bromeó.

Jess respondió dándole una palmada en el brazo antes de otro espontáneo abrazo.

«Paso a paso», intentaba no olvidar.

–Nate.

Le estrechó la mano a su cuñado forzando una sonrisa. No tenía nada contra ese hombre; de hecho, se alegraba de que su hermana hubiera encontrado la felicidad y parecía un buen tipo, pero aún no estaba preparado para charlar y, menos, con alguien que no conocía.

–Espero que no te importe que me haya presentado así –le preguntó a Johnny soltándole la mano y dando un paso atrás para meterse las manos en los bolsillos.

–Sé muy bien lo que es estar solo, así que puedes venir aquí siempre que quieras –le respondió Johnny rodeando los hombros de Jess–. Puede que esta que tenemos aquí intente dejarte sordo de tanto hablar, pero…

Se oyó un suave golpecito en la puerta seguido del chirrido de esta al abrirse y, antes de que Nate pudiera preguntarle a su hermana si esperaban a alguien, vio el rostro de Jess.

–Sarah –dijo Jess con una sonrisa–. Estaba a punto de decirle a Nate que teníamos compañía para cenar y aquí estás.

Nate miró a Sarah, vio su expresión paralizada y observó la habitación. Debería haberse dado cuenta al llegar: la mesa estaba montada con unas bonitas servilletas que seguro no utilizaban todas las noches e incluso Brady estaba bien vestido, no con la ropa sucia de haber estado jugando fuera toda la tarde.

–Me alegro de verte otra vez, Nate.

La suave voz de Sarah lo sacó de sus pensamientos. No tenía derecho a ser grosero con ella, no podía ignorarla, así que esa sería su oportunidad de redimirse.

–¿Ya habías visto a Sarah desde tu regreso? –le preguntó Jess.

–Me la he encontrado debajo de mi árbol esta mañana –respondió sin apartar la mirada de la mujer que seguía de pie en la entrada, con una tarta en una mano y una botella de vino en la otra.

–Nate, por favor, no me digas que has olvidado tus buenos modales.

Nate se rio. Jess hablaba como su madre. Era muy mandona, pero al hablar con una sonrisa parecía como si las órdenes fueran menos de lo que eran en realidad.

Él cruzó la habitación, le quitó el plato de la mano a Sarah e intentó dirigirle una cálida sonrisa.

–Lo siento –murmuró.

Sarah alzó la mirada; sus ojos parecían más ámbar de lo que habían estado nunca y el tono rosado de sus mejillas parecía indicar que se sentía tan avergonzada como él. Nate se giró antes de quedarse mirándola demasiado tiempo e intentando ignorar cómo sus rizos caoba oscuro le rozaban los hombros y el bajo escote de su camiseta.

–La tarta tiene un aspecto… buenísimo.

Sarah se rio.

–¡Más le vale! Es la segunda que hago hoy.

Nate vio a su hermana tomando la botella de vino y siguiéndolo hasta la cocina. Brady estaba hablando con Sarah y llevándola hacia el sofá.

–Qué casualidad que acabes de llegar y ya te hayas encontrado a Sarah sentada bajo tu árbol. ¿Por eso has venido esta noche?

Nate se cruzó de brazos.

–Dame un respiro, Jess. A lo mejor debería haberme quedado en casa –se vio tentado a despedirse de todos en ese mismo momento y eso que su hermana aún no había empezado a interrogarlo.

–Lo único que digo es que Sarah ya ha sufrido mucho el último año y lo que menos necesita es que tú vengas a hacerle lo mismo. Otra vez.

Nate cerró los ojos y respiró hondo. Aún no estaba preparado para enfrentarse a todo eso, aún no le había dado tiempo de aclarar sus ideas y enfrentarse a lo que lo inquietaba. Además, ¡era ella la que había estado sentada debajo de su árbol!

–Yo jamás le haría daño a Sarah y lo sabes. Y ya no estoy interesado en ella de ese modo.

Jess sacudió la cabeza.

–Ya le has hecho daño antes, Nate, y cualquiera puede ver cómo os miráis.

–¿Quieres que me vaya?

Jess dejó la botella de vino y tiró de su hermano para llevarlo al salón.

–No vas a ir a ninguna parte. Ya es hora de que vuelvas junto a tu familia.

Nate gruñó. Tal vez habría sido mejor ir a la casa familiar; habría sido más sencillo pasar la noche con Holt y su mujer.

Sarah intentaba unirse a la conversación. Le costaba respirar, así que ¡no le extrañaba que no pudiera hablar! Nate estaba sentado en silencio al otro lado de la mesa; sus ojos aún tempestuosos, pero sin la rabia que había visto antes en ellos.

–Sarah, ¿te apetece algo más?

Sarah miró a Jess, que se dirigió a ella con una sonrisa. Intentó no sonrojarse, pero su amiga la había pillado mirando a Nate y ahora todos estaban mirándola. Incluso el pequeño Brady había dejado de parlotear para hacerlo.

–A lo mejor un poco más –respondió con la mirada clavada en la cucharada de pollo con arroz que estaba sirviéndole–. Es genial, Jess. Tendré que pedirte la receta algún día.

Nate se rio.

–Creo que descubrirás que no hay receta.

Sarah se relajó al sentir que el calor de sus mejillas desaparecía.

–Parece que hay una historia detrás de este plato.

Nate se inclinó hacia delante y, por primera vez, participó de la conversación sin que su hermana tuviera que incitarlo. Todos se quedaron en silencio.

–Mamá nos preparaba este plato cuando éramos pequeños, aunque siempre se quejaba de todos los pollos que hacían falta para alimentarnos a todos.

Su sonrisa hizo que Sarah le sonriera automáticamente. Qué agradable era ver ese ápice de… Nate, algo que le recordaba cómo había sido años atrás, antes de que todo hubiera cambiado.

–Le suplicábamos que lo cocinara todos los cumpleaños, en

todas las ocasiones especiales, la que fuera, incluso cuando éramos más mayores –continuó Jess levantándose y dándole un beso a su hermano en la cabeza al pasar delante de él–. Nunca tuvo receta porque había probado algo parecido en un restaurante chino y esto es el resultado de sus intentos de reproducirlo.

Sarah volvió a mirar a Nate. El gesto de su boca parecía indicar que se sentía tenso de nuevo y que estaba intentando no retraerse ni apartarse de ellos.

–Cuando mamá murió y había muchas cosas en las que podía haber pensado, pensé en esto –les dijo Nate sacudiendo la cabeza–. Una de las primeras cosas en las que pensé fue que no volvería a comer este arroz con pollo. Sí, sé que es una estupidez, pero tenía tanta hambre en esa ocasión y estaba tan harto de comer una comida asquerosa donde estaba destinado, que casi podía oler el pollo asándose en el horno. Podía verme sentado en la cocina mientras ella cocinaba a mi alrededor.

Sarah no pudo evitarlo y alargó el brazo sobre la mesa para agarrarle la mano. Él no se resistió y ella necesitaba acariciarlo, necesitaba reconfortarlo al verlo tan perdido. Debería haber estado enfadada con él, pero ahora mismo lo único que podía sentir era su dolor.

–Cuando confesó que no tenía ninguna receta real, empecé a observarla cada vez que lo hacía –dijo Jess siguiendo con la historia–. A veces se lo cocinaba a papá para recordarla, y ahora puedo cocinarlo para todos vosotros cuando lo necesitamos.

Sarah no tenía ni idea de cómo había terminado compartiendo una cena con Nate después de tantos años, formando parte de su familia otra vez. Apartó la mano, pero no antes de darle un delicado apretón.

La mirada que él le lanzó, esa mirada tan poderosa que parecía atravesarla, hizo que un cosquilleo le recorriera la espalda, pero no desvió la mirada.

Ahora mismo estaba viendo una imagen de lo que todo podía haber sido: si Nate hubiera vuelto a casa, si jamás se hubiera marchado, podrían haber estado sentados alrededor de esa mesa cada semana. Pero la única cosa que no habría cambiado era que no habría habido pequeños Nates sentados con ellos…

Sarah miró la comida de su plato, la cucharada que le habían

añadido, y supo que no podría comerlo. Se levantó para ayudar a Jess a recoger la mesa porque necesitaba alejarse de Nate un momento, alejarse de la escena de familia feliz que tanto había disfrutado hasta que su estúpida fantasía se había apoderado de sus pensamientos.

No importaba que Nate estuviera en casa y no servía de nada pensar en lo que podría haber pasado porque lo cierto era que él había tomado la decisión de no querer estar con ella al elegir no volver a casa. ¿Y la perfecta pequeña familia sobre la que habían hablado cuando estaban juntos? Ni siquiera era posible.

Por mucho que quisiera tener hijos, eso ya no formaba parte de su futuro. No había nada que pudiera hacer para cambiarlo y no quería que Nate supiera nada al respecto.

–¿Quieres cortar la tarta o la corto yo? –le preguntó Jess.

Sarah corrió a la cocina y respiró hondo, aliviada de estar lejos de la mesa por un momento, antes de agarrar el cuchillo y empezar a partir las porciones.

–Ya me encargo yo, tú ve y siéntate –le dijo a su amiga.

Por la mañana ya había comido suficiente tarta como para que le doliera el estómago y, aun así, su cerebro intentaba decirle que estaba lista para más dulce.

Sarah se giró con un plato en cada mano antes de tirar uno al suelo.

–¡Nate! –se había chocado con él.

Nate se agachó para recoger el pedazo de tarta y los restos del plato.

–Lo siento, yo… –Sarah no sabía qué decir, así que dejó el otro plato sobre la encimera y se agachó también para recoger los pequeños fragmentos.

La mano de Nate pendía muy cerca de la suya, tanto que deseó que él la hubiera tocado, deseó sentir sus labios contra su piel. Como si se tratara de una droga que ya hubiera dejado, pero cuya tentación no hubiera podido superar aún.

–¿Va todo bien ahí dentro?

–Muy bien –le contestó Nate a su hermana.

Aunque Sarah no estaba tan segura de que todo fuera tan bien. El corazón le latía con fuerza y el estómago le daba vueltas. Tenía los pedazos de plato en las manos cuando se atrevió a mirar a Nate

y lo encontró observándola fijamente con esos intensos ojos azules.

–Sarah –dijo como si quisiera decir algo más, pero no supiera qué o cómo hacerlo.

–¿Quieres ir a dar un paseo? –la pregunta de Sarah salió como un susurro.

–¿Ahora?

Ella asintió y los dos se limpiaron las manos en silencio.

–Jess, nos vamos a dar un paseo –le dijo Nate a su hermana–. Volvemos enseguida.

Salieron por la puerta de atrás y, cuando los dedos de él rozaron los suyos con la más delicada de las caricias mientras caminaban, ella no se apartó. Estaban tan cerca que les faltaba muy poco para ir agarrados de la mano.

Capítulo 4

Nate se metió las manos en los bolsillos para evitar hacer nada que pudiera tener que lamentar. ¿En qué estaba pensando al acercarse de ese modo a Sarah? No podía olvidar que no era su novia, pero la atracción que le despertaba esa mujer era casi imposible de ignorar.

–Lo siento si te he echado a perder la noche.

Las suaves palabras de Sarah hicieron que Nate se detuviera en seco.

–¿Qué quiere decir eso?

Ella se rodeó con sus propios brazos, como intentando cubrir su cuerpo del peligro.

–Cuando he llegado y te he visto ahí, no sé… me he sentido como si estuviera entrometiéndome. Ya sé que no has podido estar mucho con tu familia desde que regresaste.

Nate echó a andar de nuevo. No quería hablar de sus sentimientos, ni de por qué se sentía tan alejado de su familia, ni de lo confundido que se sentía por estar ahí con ella. Ni de por qué se sentía bien por ello.

Porque lo cierto era que seguía furioso con Sarah porque se había llevado un pedazo de su ser al casarse con Todd a pesar de saber que él había tenido mucho que ver en lo sucedido y que había sido el que había terminado la relación.

Del mismo modo, la muerte de Jimmy y la muerte de sus padres se habían llevado otro pedazo de él que jamás volvería a recuperar.

Era un hombre roto y lo sabía.

–Nadie parece darse de cuenta de todo por lo que he pasado, Sarah, y eso hace que me resulte difícil relajarme por aquí –desvió la mirada preguntándose si debería haber sido tan sincero–. Siento que ya no encajo, que ya no formo parte de nada de lo que está pasando aquí.

Sarah no le dio tiempo de pensar en nada más. Lo agarró de la muñeca y tiró de él.

–¿Y cómo quieres que sepan algo de lo que has sufrido si no se lo cuentas? –le preguntó en voz baja.

Él deseó no estar mirándola a los ojos, deseó poder ignorar lo que estaba diciendo y marcharse, pero no podía hacerlo.

–Sarah, no puedo –le respondió con voz ronca.

Ella no dejó de mirarlo al preguntar:

–¿No puedes o no quieres, Nate?

Se le hizo un nudo en la garganta; era como si fuera a asfixiarse.

–Lo que pasó allí, lo que he… –dejó de hablar tan bruscamente como había empezado–. Lo siento.

Nate se alejó porque no necesitaba que nadie lo viera así, que viera que no podía enfrentarse a lo que se le pasaba por la cabeza. No necesita revivir lo sucedido, más no. Ya lo hacía cada vez que cerraba los ojos.

–Nate –Sarah volvía a estar frente a él, bloqueándole el paso, y esa suavidad con la que pronunció su nombre lo hizo girarse.

Y entonces hizo algo que él no había visto venir: lo rodeó por el cuello y lo abrazó con una fuerza que no puedo esquivar.

Lo estaba abrazando como lo había abrazado su madre por última vez, esa clase de abrazo que relajaba y reconfortaba. La clase de abrazo que lo habría hecho sentirse amado.

–Estás en casa, Nate –le susurró al oído–. Estás en casa y tienes que recordarlo. El hogar está donde está tu corazón y ese lugar se encuentra aquí, en el rancho con tu familia.

Nate no sabía si fue por el aroma de Sarah, por la sensación de estar abrazándola, de sentirse protegido por ella, pero supo que estaba librando una batalla perdida.

Cuando ella se echó atrás y lo miró, él hizo algo en lo que llevaba pensando casi toda su vida. Algo que nunca había olvidado, un recuerdo que no había dejado escapar.

La besó.

Llevó su boca hacia ella antes de darle tiempo a resistirse y acarició sus labios.

Sarah suspiró contra su boca, lo rodeó por la cintura y su beso fue como si la más suave de las plumas estuviera acariciándole los labios. Sus bocas se unieron en la más delicada e íntima de las danzas… hasta que ella se echó atrás como si, de pronto, fuera consciente de lo que había pasado.

–Esto no significa que te haya perdonado –le dijo en voz baja, apartando lentamente las manos de su cintura antes de cruzarse de brazos.

Nate tragó saliva y la miró. Parecía diminuta y valiente al mismo tiempo, más fuerte de lo que él jamás habría pensado. Deseaba poder agarrarle las manos y volver a colocarlas en sus caderas, pero se contuvo.

–Para que quede claro, yo a ti tampoco te perdono –y no lo había hecho, era cierto. Perdonarla o no no tenía nada que ver con el hecho de besarla. Eso era algo que había necesitado hacer y que, sin duda, le había hecho olvidarse de las cosas que habían estado inquietándolo.

–Creo que deberíamos volver –le dijo Sarah señalando la casa de Jess. Incluso en la absoluta oscuridad de la noche la casa se distinguía bien, con sus luces iluminando cada ventana y resplandeciendo como invitándolos a entrar.

Era la clase de escena hogareña que debería haberle hecho recuperar la vida que tanto había anhelado, la vida a la que había imaginado que volvería después de servir a su país, antes de que todo hubiera cambiado para siempre.

Intentó no reflejar su dolor mientras caminaba de vuelta junto a Sarah. A veces el dolor que sentía por dentro, esa presión en la cabeza, la punzante soledad que lo torturaba constantemente, era mucho peor que el dolor físico de su pierna.

–¿Mañana vas a volver a salir a montar? –le preguntó a Sarah ante la necesidad de romper el silencio para evadirse de sus pensamientos.

Sarah sonrió tímidamente y él supo que, de haber visto sus mejillas, habrían estado sonrojadas. Estaba oscuro, pero sí que había luz suficiente como para distinguir sus rasgos.

–Para mí son vacaciones de verano, así que durante el siguiente mes saldré a cabalgar todo lo que pueda.

Nate asintió.

–¿Te gusta ser profesora tanto como creías?

Siempre había recordado cuánto le habían gustado los niños y cómo siempre había querido ser maestra de su pequeño pueblo para acoger a todos los pequeños bajo su ala. Los niños siempre habían revoloteado a su alrededor como las abejas en torno al polen.

–Puede ser un trabajo complicado, probablemente más de lo que me imaginaba, pero no se me puede ocurrir hacer nada más gratificante –le respondió caminando más deprisa que antes.

Nate se rio y finalmente comenzó a relajarse en su compañía.

–Lo único que echas de menos es tener a tus propios cuatro hijos, ¿verdad?

La sonrisa se desvaneció del rostro de Nate al ver a Sarah volver a rodearse con los brazos. No lo miró, actuó como si ni siquiera hubiera oído lo que había dicho, o como si hubiera dicho algo que debería haberse reservado.

–Lo siento –dijo pasándose una mano por el pelo. ¿En qué demonios había estado pensando al decir algo así?–. Que Todd no fuera el hombre adecuado para ti no significa que no puedas tener algún día todo lo que has soñado, Sarah.

Ella se detuvo delante de él y lo miró con una tensa sonrisa.

–No todo resulta salir como queremos, Nate. Los dos lo sabemos.

Nate intentó no apretar los dientes, intentó ignorar la incómoda sensación que le generaba la conversación que estaban manteniendo. En un pasado había habido muchas cosas que le habría dicho a Sarah, muchas cosas por las que se habría disculpado, promesas que podría haber hecho, pero ya no.

–Tienes razón –respondió en lugar de decir cualquiera de las otras cosas que se le estaban pasando por la mente–. Ha sido un placer volver a verte, Sarah. Te agradecería mucho que te despidieras de Jess por mí.

Siguió mirándola a la cara, viendo ese dolor que no podía sanar.

–Adiós, Nate –Sarah sacudió la cabeza muy levemente, pero no se giró para marcharse.

Sin embargo, él sí que lo hizo antes de que ella pudiera decirle algo que no quería oír, o él dijera algo que lamentaría más tarde. Se alejó despacio, sabiendo que tenía que volver a la casa de invitados, estar solo para enfrentarse a los problemas que tenía que resolver.

Solo.

Repitió esa palabra en su mente hasta que oyó a Sarah alejarse también.

Sarah jugueteaba con sus llaves; las había llevado en la mano

desde que había salido de la casa y ahora estaba junto a su coche intentando tomar una decisión que ni siquiera debería estar planteándose.

¿Qué tenía Nate Calhoun que seguía provocándole tanta inquietud?

Suspiró y decidió conducir lo más cerca posible hasta su casa y caminar el resto del camino. Tenía una porción de tarta que quería darle, ya que se había perdido el postre, y por alguna razón no estaba segura de que debiera estar solo.

Él ya no era su problema, pero quería ayudarlo porque sabía lo que era que te abandonaran y sentirte como si nadie en el mundo te entendiera. Tenía que seguir tragándose su rabia, esperar hasta que llegara el momento correcto de enfrentarse a él con su dolor, con sus preguntas, pero ese momento no había llegado aún.

Aparcó a menos de un minuto a pie de la casa de Jess y camino rápidamente hacia la pequeña casa donde se alojaba Nate. Solo se veía una habitación iluminada en la oscuridad y las cortinas estaban corridas, pero con eso le bastaba para poder ver el camino.

¿Qué estaría haciendo? ¿Viendo la televisión, leyendo un libro, mirando al infinito?

Se armó de todo el valor que pudo reunir y alzó una mano para llamar a la puerta. No respondió. Volvió a llamar, más fuerte esa vez, deseando que la puerta no estuviera hecha de madera para poder ver lo que había dentro, para asegurarse de que había tomado la decisión correcta al ir allí en lugar de marcharse a casa tranquilamente… lo más lejos posible de Nate.

Iba a llamar otra vez cuando la puerta se abrió y a poco estuvo de caerse hacia delante.

–¿Qué…? –la furiosa pregunta de Nate se desvaneció al verla.

Sarah lo miró sin saber qué decir. Había estado llorando. ¡Nate había estado llorando! El mismo Nate al que no había visto llorar nunca desde que lo conocía. Tenía los ojos rojos mientras se secaba la cara con el dorso de la mano intentando eliminar cualquier evidencia de las lágrimas que ella había visto en su piel.

–Nate, si vengo en mal momento…

La oscura risa de Nate le provocó un escalofrío.

–Últimamente, para mí siempre es un mal momento.

Sarah se preguntó quién se habría pensado que sería al abrir la

puerta así de furioso, pero sabía que si de verdad hubiera querido estar solo, que si de verdad hubiera preferido seguir apartado del mundo tanto como pretendía, entonces nunca habría abierto.

–He parado de camino a mi casa para darte esto.

Nate miró el postre, levantó la mirada y se apartó de la puerta.

–Buenas noches, Sarah. Gracias.

Ella se marchó y se sobresaltó al oír el golpe de la puerta al cerrarse. ¿Qué demonios había hecho? Nate estaba llorando y ni siquiera había intentado reconfortarlo.

Con una determinación que creía perdida hacía mucho tiempo, empujó la puerta.

Dentro hacía calor, fue lo primero que notó al entrar, hasta que… Oh…

Nate tenía la cabeza apoyada en las manos, los hombros hundidos y el cuerpo doblado como si estuviera roto. Ella respiró hondo y se sentó a su lado en el sofá. Le echó un brazo sobre los hombros y lo rodeó con fuerza.

–Márchate, Sarah –le dijo él con voz tensa mientras intentaba apartarla.

–No pienso dejarte así, Nate –le respondió ella agarrándolo con más fuerza.

Él sacudió la cabeza, aún con la cara oculta entre sus manos.

–No quiero que me veas así. No quiero que nadie me vea así.

Sarah resistió el deseo de tocarle el pelo y de apartarle las manos y acariciarle la cara, pero se mantuvo quieta y respiró hondo.

–Nate, no puedes seguir haciendo esto solo.

–Después de lo que te he hecho, ¿por qué te importa? –levantó la cara, se puso derecho y la miró. Había llorado tanto que ella podía ver una franja empapada en la parte alta de su camiseta; aún tenía los ojos llenos de lágrimas, pero las contenía contra sus oscuras pestañas.

–Que me importes no significa que tenga algún interés romántico en ti –le respondió Sarah intentando que su inquietud no se reflejara en su voz. Técnicamente, su respuesta al beso que se habían dado antes la habría dejado por mentirosa, pero no iba a admitir lo agradable que había sido tener ese acercamiento con su antiguo amor–. Sí, claro que sigo enfadada contigo, Nate, pero

ahora mismo eso no es lo que importa.

Nate se quedó mirándola, como si estuviera interrogándola sin decirle nada.

–Necesito que te marches.

–No –respondió ella en tono desafiante.

–¿Por qué? ¿Por qué no me dejas en paz? –le preguntó, ahora recostado en el sillón.

Sarah se inclinó hacia él y rodeó con sus brazos al hombre con el que en un tiempo pensó que algún día se casaría.

–Porque eres muy terco y necesitas un abrazo y alguien con quien hablar.

Nate se rio. A pesar del terror y del sufrimiento que había visto en sus ojos al entrar en la casa, y el dolor que seguía viendo dentro de él, Nate se estaba riendo.

–¿Podemos saltarnos la charla y tomar un café?

Sarah lo soltó.

–¿Qué te parece si lo voy preparando?

Nate parecía tener tantas dudas como ella, aunque Sarah dudaba que por dentro estuviera sintiendo lo mismo, como si su estómago fuera una tortita a la que daban vueltas en la sartén sin parar.

No sabía por qué estaba ahí, por qué estaba torturándose con la compañía de Nate, porque jamás tendrían una segunda oportunidad y ella jamás tendría el futuro con el que había soñado, ya fuera con o sin él.

–¿Nate?

–Sí.

–Puedes decirme que me vaya si no quieres que esté aquí –le dijo sin mirarlo hasta que él la obligó a hacerlo agarrándola de la barbilla. Ahora estaba mirando al hombre que hacía un momento estaba roto y que ahora parecía estar recobrando la vida con fuerza.

–Puede que me equivocara. Puede que seas justo lo que necesito ahora mismo.

Sarah se apartó antes de relajarse demasiado a su lado.

–Bien, pues iré a preparar el café.

Nate la vio cruzar el pequeño salón y entrar en la cocina. Seguía robándole el aliento. Ni un cínico como él endurecido por la guerra

podía negar lo preciosa que era, pero tenía que bloquear esos pensamientos que le hacían verla tan atractiva porque eso no le llevaría a ninguna parte.

–¿Dónde está tu perro esta noche? –Nate no tenía ni idea de por qué de pronto había pensado en el animal, pero tampoco quería que ella descuidara a su perro por su culpa.

–En el coche.

La vio acercar las tazas a la nevera antes de abrirla, sacar la leche y echar un poco en cada una.

–Pues creo que sería mejor que fueras a por él.

Sarah empezó a reírse, pero intentó contenerse.

–¿Estás seguro? No estoy muy convencida de que esta mañana hayáis tenido el mejor de los comienzos.

Nate la miró y tuvo que admitir la pura verdad: que tenerla allí ya estaba ayudándolo, que de algún modo lo había sacado de la oscuridad en la que estaba cayendo cuando ella había abierto la puerta.

–¿Y por qué no vas a buscarlo tú entonces? Pasad un rato juntos, arreglad vuestros asuntos –le sugirió ella aún sonriendo.

Nate fue hacia la puerta deseando que se le ocurriera algo que decirle, un chiste incluso, pero nada. Se sentía mejor, aunque seguía sin ser él mismo… eso suponiendo que no hubiera olvidado del todo quién era.

Sarah acababa de verlo tocando fondo, o tal vez no tocando fondo, si se paraba a pensar en cómo se había encontrado los últimos meses, pero sí lo suficientemente mal como para sentirse avergonzado de que hubiera presenciado esa situación.

Nunca antes había dejado que nadie lo viera llorar, no así. Nunca. Pero tal vez el único modo de mejorar era dejando que alguien se le acercara.

Siguió caminando y vio el coche cuando sus ojos se adaptaron a la oscuridad, pero con la cabeza llena de pensamientos sobre la mujer que ahora estaba en su casa, sobre lo que podía hablar con ella y lo que no, no oyó a la persona que se le acercó hasta que fue demasiado tarde.

El crujido de una pisada demasiado cerca como para esquivarla hizo que su cuerpo se tensara. Sus músculos parecieron gritar y sus sentidos se agudizaron cuando pasó de presa a depredador.

Se giró bruscamente y agarró a su asaltante, todo en un rápido movimiento. La desesperación lo cegaba, no se había esperado que el cuello que sujetaba con una mano fuera tan suave, ni el cuerpo tan ligero cuando lo lanzó al suelo y se sentó a horcajadas sobre él.

¡Maldita fuera!

–Sarah, lo siento. Oh, Dios mío, no, no, Sarah… –apartó la mano de su cuello inmediatamente. ¿Qué demonios había hecho? Unos ojos llenos de lágrimas lo miraban y el terror que vio en ellos fue tan claro que apenas pudo respirar–. Sarah, Sarah… –decía con la voz entrecortada.

–Nate –susurró ella–. Lo siento –no parecía su voz; sonaba tan sumisa que no la habría reconocido de no ser porque la estaba mirando a los ojos.

–¿Que lo sientes? –le preguntó antes de ponerse de cuclillas y levantarla del suelo como si fuera la más valiosa de las muñecas–. Podría haberte matado, Sarah… Yo… –se reservó todos los improperios que se le pasaban por la cabeza.

–No pasa nada, Nate. No debería haberme acercado tan sigilosa.

Nate podía sentir cómo temblaba, como una hoja en una terrible tormenta de invierno.

–Por favor, no me digas que no pasa nada después de lo que acabo de hacer –respiró hondo y con mucha, mucha, delicadeza, le acarició el cuello–. ¿Te duele mucho?

Ella posó una mano sobre la delicada piel de su cuello apartando la de él.

–Se me pasará, de verdad. Nate, estoy bien. Me has soltado enseguida.

Nate parecía estar escuchándola, pero en realidad no lo hacía. No tenía excusa para lo que había hecho y no le extrañaba que quedara traumatizada por lo que acababa de hacerle. Era valiente, eso tenía que reconocerlo, pero también era una estúpida por no querer enfadarse con él.

Se giró y respiró hondo otra vez, intentando enfrentarse a la situación como un soldado, no como un chico confundido que acababa de derribar a una mujer inocente. Una mujer a la que había amado.

Quería decirle que necesitaba un momento a solas, que necesitaba pensar, pero lo que de verdad necesitaba era recoger los

pedazos de lo que había hecho y asegurarse de que Sarah estaba tan bien como decía estar… por mucho que lo único que quisiera en realidad era salir corriendo.

–Vamos a por tu perro y entremos en casa –propuso intentando contener toda la furia que recorría su cuerpo para que no se reflejara en su voz.

Sarah asintió, pero no se acercó a él hasta que Nate la rodeó con su brazo.

–Yo jamás te haría daño, Sarah. Lo siento muchísimo.

Ella se relajó y apoyó la cabeza contra él, como intentando demostrarle que no estaba asustada.

–Solo quería darte mis llaves –le dijo sacándolas del bolsillo–. He cerrado el coche.

Nate las agarró y se obligó a decir algo para disipar la tensión que había provocado.

–Espero que el perro no haya visto lo que ha pasado porque, si no, puede que me coma vivo.

Sarah se rio, pero a juzgar por su risa nerviosa Nate supo que se sentía tan agitada como él. Podría haberle hecho mucho daño y en ese caso… ¿qué habría hecho?

Porque enfrentarse a lo que le había sucedido ese año ya le generaba suficiente dolor y sentimiento de culpa como para durar toda una vida.

Capítulo 5

A Nate le sorprendió que el perro se hubiera relajado en su casa, pero no tenía ninguna intención de bajar la guardia ni de cometer otro error en lo que respectaba a Sarah. El modo en que se había comportado hacía un momento… Tembló sin querer. Pensar que fuera capaz de hacerlo le dio ganas de vomitar.

–Creo que tenemos que pasar a algo más fuerte –le dijo alzando una botella de whisky que había encontrado en la despensa.

Sarah enarcó las cejas y lo miró con cierta inseguridad.

–¿Quieres beber?

–Por cómo me siento ahora lo que menos me apetece es una taza de té o café.

Nunca había sido un bebedor asiduo, pero después de lo que había pasado era exactamente lo que necesitaba esa noche. Sin embargo, el modo en que lo estaba mirando Sarah, como si fuera una especie de salvaje, estaba haciéndole pensar que debería saltarse el Jack Daniels y pasar directamente al refresco de cola.

–Solo una –dijo Sarah aún no muy convencida–. Tengo que conducir, así que no me lo pongas muy cargado.

–¿Con hielo?

Ella volteó la mirada y él añadió cola al segundo vaso antes de echarle un puñado de hielos. Estaba claro que seguía estando tan poco acostumbrada a beber como cuando era una adolescente.

–Nate, tú no… bueno…

Sarah agarró el vaso y se sentó en el sofá y, ya que era el único asiento, él se sentó en el otro extremo.

–¿Qué?

–¿No estarás bebiendo con regularidad, verdad? –le preguntó sonrojada.

–Ahora mismo tengo muchos problemas, Sarah, pero con la mano en el corazón te digo que solo he bebido esa copa de vino en la cena desde que… –ahora era él el que titubeó al hablar–. Esto es solo refresco –añadió levantando el vaso.

–¿Desde cuándo, Nate? Ibas a decir algo.

Él posó la mirada en sus delicados dedos que rodeaban con fuerza el vaso.

–Desde que salí de la clínica.

Si se quedó impactada por su respuesta, no lo dejó ver.

–Así que no has estado sirviendo en el ejército hasta justo antes de volver a casa.

Nate se pensó mejor lo de la copa, se echó una pequeña cantidad de whisky y tragó lentamente, haciendo una mueca de disgusto como si el líquido le quemara la garganta.

–Si te cuento esto, tienes que prometerme que no se lo contarás a nadie –ni siquiera estaba seguro de querer contárselo a ella, pero estaba matándolo no tener a nadie con quien hablar, no poder ser sincero con nadie–. No le he contado nada de esto a mi familia –y tampoco es que tuviera intención de contárselo todo a ella, pero sacarse de dentro al menos una parte de su historia sería todo un alivio–. Lo único que saben es lo de mi psiquiatra aunque, viendo lo que acaba de pasar, creo que necesito más sesiones.

Sarah tenía los ojos como platos, pero él sabía que podía seguir confiando en ella.

–Hemos pasado años confiando el uno en el otro, Nate. No hablé de nada de lo que me contaste entonces, y no tengo la más mínima intención de hacerlo ahora.

Él se negaba a pensar en el pasado que había tenido con Sarah porque ahora mismo necesitaba una amiga, y si pensaba en cómo habían terminado las cosas, en lo que había pasado… A la fuerza se sacó todos esos pensamientos de la cabeza.

Volvió a cruzar la habitación para agarrar la botella; echó un poco más de licor en el vaso de Sarah y decidió no llenar el suyo. Pero no podía sentarse, ahora no. No, con lo que estaba a punto de contarle. Comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación.

–Cuando me enteré de la muerte de mi padre aún estaba sirviendo, pero cuando recibí la noticia sobre los mellizos ya estaba de vuelta en Estados Unidos –dio otro trago intentando ignorar el temblor de su mano; se la metió en el bolsillo para que Sarah no lo notara–. Le había pedido a mi superior que no avisara a nadie de que estaba en tierra.

–¿Y por qué querías mantenerlo en secreto? A tu familia le

habría encantado tenerte en casa antes de lo esperado.

Nate se rio, aunque pudo captar el tono de crueldad que portaba su risa; le resultó inevitable.

–Porque por entonces no era capaz de enfrentarme a nada. Todo por lo que he pasado, Sarah… –frustrado, se pasó una mano por el pelo–. Necesitaba tiempo a solas y no quería que nadie supiera por lo que estaba pasando. Tienes que entender que pasé de amar lo que hacía a rechazarlo y ahora estoy atrapado entre esas dos cosas.

Ahora los dos estaban sentados, en silencio, aunque él estaba seguro de que Sarah estaba pensando. Se agachó para acariciar la cabeza del perro como si estuviera haciendo tiempo, esperando el momento oportuno. Nate le dio otro trago a su copa para tener algo que hacer mientras tanto.

–Cuando te lesionaste la pierna, ¿pasó algo más?

Nate intentó no reaccionar, contener cualquier tipo de expresión. No iba a contarle la verdad sobre su lesión, sobre lo que había pasado aquel día, porque hablar de ello solo significaría revivir la experiencia una vez más.

–Durante los últimos años he formado parte del Comando de Operaciones Encubiertas. Me reclutaron como parte de una brigada de élite y una de nuestras operaciones salió mal. Después de mi lesión, pasé unos meses en rehabilitación sin que mi familia se enterara.

Sabía que Sarah estaría desesperada por saber más, por entender más de lo que había pasado y lo que había sufrido, pero ella seguía limitándose a sujetar su bebida sin preguntar.

–Cuando estés preparado para hablar de ello, Nate, no tienes más que decirlo y aquí estaré.

Él asintió.

–Te lo agradezco –aunque no tenía ninguna intención de hablar de nada más.

–Bueno, ¿qué te parece si hacemos un brindis por tu padre? –le propuso.

–Buena idea –Nate se inclinó hacia delante y se echó un poco de whisky–. Por Clay Calhoun.

–Por Clay. Pero ¿Nate?

Él enarcó una ceja.

–Si vamos a seguir bebiendo, puede que necesite más refresco.

Está un poco fuerte.

Sarah se encontraba en una situación complicada y no sabía qué hacer.

Nate necesitaba un oído amigo, algo de compañía, así que no podía dejarlo solo, pero unos cuantos tragos más y no podría conducir hasta casa.

–¿Qué pasó entre nosotros, Sarah?

Ella dio un trago más.

¿Tenían que tener esa conversación precisamente ahora?

–Nate, creo que necesitamos que el pasado permanezca en el pasado. Lo que nos pasó… –no tenía ni idea de qué decirle–. Pasó sin más, ¿de acuerdo? –«Cálmate», se dijo. No era el momento de enfadarse con él.

El rostro de Nate perdió toda expresión cuando volvió a sentarse en el sofá.

–No pasó sin más, Sarah. Tomé una mala decisión. Una mala decisión tras otra.

El pulso de Sarah empezó a acelerarse, el corazón le latía demasiado deprisa para su tranquilidad. ¿Desde cuándo Nate admitía haberse equivocado en algo? Por otro lado, no estaba muy convencida de que volver atrás fuera algo que necesitaran ahora mismo, no cuando la situación estaba siendo avivada por el alcohol.

–Me abandonaste cuando pensé que teníamos algo especial, algo por lo que valía la pena luchar –le dijo sabiendo que, al menos, tenía que ser sincera.

–Y fuiste directa a los brazos de Todd cuando hacía apenas un día que habíamos roto –le respondió con brusquedad; la furia parecía brotar de su rígido cuerpo. Se le había marcado una vena de la frente, tenía un puño cerrado y la otra mano parecía correr peligro de aplastar el vaso que sostenía.

–¿Sabes qué? Lo siento, Nate. Siento haberme casado con tu mejor amigo y siento todo lo que sea que te ha pasado estos años –agarró la botella y se sirvió más whisky–. Pero no olvides que tú –lo señaló– fuiste el que le puso fin. Yo estaba esperándote aquí y me dijiste que todo había acabado.

Él suspiró, se echó hacia delante y le rozó la mejilla antes de

quitarle la botella.

–No era mi mejor amigo, Sarah.

Ella lo miró.

–Pero…

–Tú lo eras –la interrumpió–. Todd era un buen amigo, pero tú eras mi mejor amiga. Nunca tuve ninguna duda de eso.

Los ojos de Sarah se llenaron de lágrimas y se le hizo un nudo en la garganta que casi le impedía respirar.

–No es culpa tuya, Sarah, tienes razón. Cuando dejé el Comando de Operaciones Encubiertas me di cuenta de que había dado prioridad en mi vida a las cosas equivocadas. Ha sido una metedura de pata tras otra.

Sarah giró la cabeza ligeramente para que Nate no pudiera verle la cara y se secó las lágrimas que pendían de sus pestañas.

–Eres un soldado condecorado y acabas de decirme que formaste parte de un equipo de las Fuerzas Especiales. No creo que hayas metido la pata, Nate.

Él sacudió la cabeza.

–Sobre el papel, lo he tenido todo. ¿En realidad? –miró su vaso–. Te perdí, perdí a mi mejor amigo del ejército y ahora he perdido a mis padres. Nada ha salido como tendría que haber salido.

–¿Perdiste a un amigo? –había sabido que algo le había sucedido, que había algo más que una lesión física, algo que yacía mucho más hondo, tanto que él no había sido capaz de sacarlo antes. Dejó su vaso deseando no haber bebido tanto ya que no era algo a lo que estuviera acostumbrada.

–Sí –respondió casi con un gruñido–. Nos conocimos el primer año que a los dos nos reclutaron en Operaciones Encubiertas. Y ahora él también se ha ido.

Sarah abrió la boca para preguntar más, pero ver a Nate con ojos llorosos y sacudiendo la cabeza la hizo detenerse.

–Por tu amigo –dijo finalmente alzando el vaso.

–Por los camaradas caídos –añadió él sujetando la botella y dando un largo trago.

Sarah hizo lo mismo y posó la cabeza en el sofá. La última vez que había bebido así probablemente había estado con Nate y por aquel entonces seguro que había sido Nate el que la había convencido de que era una buena idea. Igual que ahora.

Nate abrió los ojos lentamente, uno tras otro. Eso pareció ayudarlo con el golpeteo que sentía en la cabeza.

¿Qué demonios había…? Oh…

Había una razón por la que se había despertado sintiéndose tan incómodo antes de que la luz del sol se hubiera topado con sus ojos y lo hubiera obligado a cerrarlos otra vez.

Sarah estaba tumbada y medio acurrucada contra él, con el pelo tendido sobre su torso y parte de su abdomen, y un brazo por encima de su cuerpo. Intentó no sonreír ante su suave y delicado ronquido.

Roncara o no, Sarah era preciosa.

En los años que habían estado separados, incluso cuando la había odiado tanto por haberse casado con Todd, cuando había sabido que jamás podría perdonarla, siempre la había recordado así. Y apenas había cambiado en todos esos años. No había cambiado ni lo que sentía al verla ni lo que sentía al estar cerca de ella.

No tenía el pelo tan largo como cuando había salido de la universidad, pero le caía bajo los hombros y seguía formando ondas. Intentó resistirse a tocarlo, pero no pudo. Deslizó los dedos por el sedoso mechón que rozaba su pecho y se contuvo para no acariciarle la cara. Ya no era suya, y jamás lo sería.

Apartó la mano y cerró los ojos ante la necesidad de mantener, al menos, una distancia emocional de la mujer que seguía dormida sobre él.

Y entonces se dio cuenta de algo.

La noche anterior había sido la primera desde la muerte de Jimmy en la que había dormido sin despertarse. Sin retorcerse, cubierto en sudor, reviviendo cada momento de lo que le había pasado, de lo que le había pasado a su amigo, reviviendo cómo había disparado una y otra vez contra los nidos de ametralladoras que a punto habían estado de terminar con su vida.

Jimmy lo miró. Lo miró con unos ojos tan llenos de dolor que a Nate le había resultado muy difícil mantener la mirada, antes de agarrar su arma y comenzar a disparar.

El silencio que los había devorado, que había ocultado su presencia del enemigo, se convirtió en un constante resonar de disparos, un estruendo que había llenado la cabeza de Nate y que le había impedido centrarse.

Hasta que se había dado cuenta de que era Jimmy. De que no era el enemigo, sino su mejor amigo, el que disparó como un loco antes de apuntarse a sí mismo con el arma.

Nate había corrido, se había movido más deprisa de lo que había creído capaz, pero fue demasiado tarde. Jimmy le lanzó una última mirada antes de que Nate pudiera apartar el arma, antes de que él hubiera apretado el gatillo y se hubiera arrebatado la vida.

A Nate le habían disparado en la pierna, pero había logrado llevarse a su amigo a rastras; había logrado ponerlo a salvo y disparar al enemigo al mismo tiempo, haciendo todo lo posible por ignorar los espasmos de dolor.

Pero había sido demasiado tarde.

¿Era Sarah o el alcohol lo que le había dado esa noche de paz? Porque siempre era igual cada vez que cerraba los ojos y pensó que jamás cesaría. Y no era que hubiese bebido tanto, aunque sí le había dado unos cuantos tragos a la botella cuando Sarah había empezado a quedarse dormida.

–¿Nate?

La adormilada voz de Sarah lo sacó de sus pensamientos y lo obligó a abrir los ojos de nuevo.

–Buenos días –le respondió él mientras la veía intentando incorporarse y llevarse una mano a la cabeza.

–¿Qué me has hecho? –gimoteó–. ¿Cómo he terminado así…? –abrió los ojos con gesto horrorizado. Bajó la mirada y lo miró a él–. ¿Nos hemos bebido todo eso?

Había una botella vacía sobre el suelo, cerca de donde el perro aún estaba durmiendo.

–Creo que lo más justo sería decir que tú bebiste más que yo.

–Es culpa tuya –Sarah se estiró y lentamente se apartó de él–. Y me va a explotar la cabeza.

–Lo mismo digo.

Nate se rio, pero se contuvo al instante. ¿Había pasado toda una

noche sin despertarse con sudores y ahora además se permitía el lujo de bromear? ¡De eso nada!

–Todd vuelve al pueblo hoy –le dijo Sarah al estirarse la camiseta y los vaqueros como si estuviera nerviosa y no supiera qué hacer, aunque tal vez estaba asegurándose de que no se había quitado nada de ropa–. Quiere hablar de algunas cosas y que firme los papeles del divorcio para poder casarse con su prometida.

A Nate se le hizo un nudo en la garganta. ¿Qué?

–¿Has dicho prometida?

Sarah le lanzó una tensa sonrisa.

–Sí, ha pasado página muy deprisa. Ojalá pudiera dejarlo estupefacto y darle un buen corte haciéndole ver que me hizo un favor al abandonarme.

Él tenía los puños apretados; la rabia iba apoderándose de él.

–Pues entonces dile que vas a casarte conmigo –le dijo deseando poder tener a Todd delante para poder demostrarle lo furioso que estaba por cómo había tratado a Sarah.

Sarah soltó una carcajada.

–Pensé que tenía resaca, pero debo de estar borracha todavía –lo miró–. Oh, Dios mío, hablas en serio, ¿verdad?

Nate sabía que era una estupidez, pero ahora mismo, tal y como se encontraba, haría lo que fuera por proteger a Sarah.

–Quieres demostrarle a Todd que te va bien sin él, y yo quiero quitarme a mi familia de encima. Con esto salimos ganando los dos. Podríamos fingir durante un tiempo, cuidarnos el uno al otro.

Sarah había pasado de la confusión al enfado… ¡a gran velocidad!

–No, es una idea estúpida, Nate. Ya he tenido un matrimonio fallido y no quiero mentirle a nadie.

–De acuerdo, una idea estúpida –¿en qué demonios había estado pensando? Lo último que quería era complicar las cosas–. No estoy pensando con claridad, pero sé que necesito tomarme un respiro de mi familia y que quiero ayudarte.

–¿Por qué? –preguntó Sarah de pie junto a su perro, a pesar de que debía de dolerle la cabeza tanto como a él.

–Porque te lo debo, Sarah. Te debo un favor por el modo en que te traté y porque necesito tu ayuda.

–¿Por qué no puedes ser sincero con tu familia? ¿Por qué no

puedes decirles, al menos, lo que me has dicho a mí?

Nate se cruzó de brazos, como si así pudiera aliviar el dolor que sentía por dentro.

–Porque en mi historia hay mucho más de lo que nunca podré contarle a nadie, y necesito estar solo un tiempo, alejado de preguntas y de demasiadas personas que creen que pueden salvarme.

–Te equivocas en una cosa, Nate –dijo Sarah en voz baja.

Él esperó a que le dijera de qué estaba hablando.

–Puedes salvarte y, si voy a ayudarte con tu familia, entonces me aseguraré de que salvarte es mi prioridad.

Sarah deseaba conocer la verdad sobre Nate, sobre lo que le había pasado para estar tan atormentado.

Volvió a mirar hacia la casa principal con las mejillas encendidas ante la idea de que alguien pudiera verla saliendo de casa de Nate.

–Buenos días.

Sarah cerró los ojos y se tomó un momento, un segundo para recomponer sus ideas. ¿Cómo la había descubierto Johnny?

–No es lo que parece –farfulló deseando no sonar ni sentirse culpable.

–No es asunto mío –respondió Johnny dándose un toquecito en el ala del sombrero y esbozando una amplia sonrisa–. Había pensado venir a ver si vamos a salir a cabalgar luego.

Si era posible morir de vergüenza, Sarah se habría quedado en el sitio allí mismo.

–Sí, claro. Luego nos vemos –murmuró corriendo hacia su coche.

Había creído que el hecho de que todo el pueblo supiera que Todd la había abandonado por otra mujer era humillante, pero que la vieran saliendo de casa de Nate a primera hora de la mañana y con la misma ropa del día anterior… ¡Eso era mucho peor que la ruptura de su matrimonio!

Abrió la puerta trasera del coche pensando en cómo la había descubierto Johnny.

–Vamos, Moose, arriba, chico.

El perro saltó dentro y ella se sentó detrás del volante. Aún le

dolía la cabeza y la tenía hecha un lío.

Por otro lado, era agradable no tener que pensar más en Todd, aunque tener a Nate Calhoun metido en la cabeza como un disco rayado no le estaba haciendo exactamente ningún bien.

Capítulo 6

Nate se bebió otro vaso de agua en un intento de eliminar de su organismo cualquier resto de alcohol. No estaba muy convencido de que estuviera funcionando, pero esperaba que un paseo por el rancho le fuera bien, que relajara su dolorida cabeza, que le diera algo de tiempo para pensar en cómo había pasado de sentirse desgraciado y no querer hablar con nadie a abrirse ante Sarah y acabar durmiendo en el sofá con ella.

Seguía sintiéndose desgraciado. ¿Cómo no iba a estarlo? Si no era su pierna la que lo hacía sufrir, lo era el recuerdo de lo que había visto, la realidad de la vida que había vivido hasta el momento.

Sentía como si la nariz y los ojos le ardieran. Demasiado humo, demasiados disparos… era como soñar con el infierno y no poder despertar. Pero sabía que era realidad, porque los gritos de sus músculos al portar el pesado cuerpo de su amigo eran demasiado reales como para formar parte de una pesadilla.

Deseó poder correr, ver si podía huir de su mente cuando esta se lanzaba a regodearse en el pasado, pero lo único que podía hacer era cojear. Y deseaba más que nada haber podido hacer algo para salvar la vida de su amigo antes de dejar que las cosas llegaran tan lejos.

Miró su pierna como si tuviera la culpa de lo que había pasado. Era un recordatorio diario y constante de lo sucedido, los fragmentos de bala que no se le pudieron extraer habían quedado ahí metidos para siempre.

Lo que necesitaba era un caballo para cabalgar y sabía exactamente a quién pedírselo. Si Johnny le prestaba uno un par de horas, tal vez dejaría de sentirse tan impotente y de compadecerse. Al menos aún podía montar… y lo había descubierto cuando Sarah le había insistido que subiera a la silla el día antes.

Caminó tan derecho como pudo en dirección a la casa de campo donde sabía que encontraría al hombre que buscaba, pero por

mucho que lo intentó, no pudo evitar que sus dedos encontraran un pedazo de papel arrugado en su bolsillo. Un carta que le habían enviado al volver a Estados Unidos, que le había entregado su superior y que había estado con él desde entonces.

Lucy. La esposa de su amigo y la mujer con la que había intentado contactar desde el funeral militar al que había asistido en honor a su mejor amigo. En aquel momento caminaba con muletas y había estado hecho un desastre, tanto física como emocionalmente, tanto que había sido incapaz de decirle nada a la hundida viuda más que volver a contarle la historia de lo sucedido. Pero ahora sabía que le debía al menos una llamada de teléfono para responder a sus preguntas y contarle lo mucho que lo sentía. Tenía que hacer todo lo que pudiera por decirle lo mucho que había significado para el hombre al que le había confiado su vida en tantas ocasiones durante los últimos cuatro años. Y también lo mucho que había significado para él Jimmy.

Sin embargo, ni siquiera levantar el teléfono sería fácil porque Nate sabía que, si hubiera intervenido, si hubiera hecho lo que sus agallas le habían dicho que era lo correcto, entonces tal vez Jim seguiría vivo. Quizá no lo considerarían un héroe, quizá tendría serios asuntos a los que enfrentarse, pero quizá estaría vivo si él hubiera hecho algo.

Por el contrario, había mentido por el hombre que había sido su mejor amigo y esa mentira le había costado la vida.

Sarah nunca se había alegrado tanto de haberse maquillado para ir al pueblo.

Siempre hacía el esfuerzo de tener buen aspecto, pero ese día estaba estrenando un polo rosa al que acababa de quitarle las etiquetas. Normalmente su atuendo para montar consistía en su camiseta favorita y unos vaqueros desgastados, pero sabiendo que existía la posibilidad de ver a Nate cuando volviera al rancho Calhoun había pasado arreglándose más rato de lo habitual.

Se quedó sentada en el coche mientras veía una figura familiar salir del Nan’s Bunk’n’Grill. La mujer que iba al lado de él no le resultaba tan familiar, probablemente porque la única vez que la había visto había estado temblando de rabia, pero sin duda se

trataba de su marido. Mejor dicho, su futuro exmarido.

¿Qué hacía Todd allí con ella? Se suponía que solo iba a volver para llevarse el resto de sus cosas y para hablar sobre el acuerdo de divorcio. En ningún momento había mencionado que fuera a llevar a su prometida y le había dicho que llegaría por la tarde y que regresaría la misma noche.

Aunque, con tal de que accediera a dejarle la casa y llevarse todo lo demás, no se quejaría.

Pero, ¿qué hacían allí los dos? La cabeza seguía matándola y tenía el estómago en un estado más que delicado. Lo último que necesitaba era tener que enfrentarse a eso, precisamente ahora, cuando se estaba esforzando tanto por empezar de nuevo.

Verlos juntos no haría más que aumentarle las náuseas. Y no porque lo amara o porque siguiera doliéndole que le hubiera mentido, porque a decir verdad llevaba mucho tiempo sabiendo que su matrimonio no funcionaba, que Todd no era el hombre de su vida, sino porque ahora se daba cuenta de que había sido demasiado leal y que eso le había impedido tomar la decisión de abandonarlo al pensar que su marido la amaba.

Le dolió ver la barriga de embarazada que lucía su nueva novia mientras que lo único que ella había querido siempre era una familia, mientras que había intentado convencer a Todd de ello desde la noche de bodas.

Y ahora él iba a ser padre y ella jamás sería madre. Ni con él, ni con nadie más. Nunca.

Se sobresaltó cuando alguien dio unos golpecitos en su ventanilla y se agarró con fuerza al volante, como si eso fuera a protegerla de un intruso.

Miró a un lado y solo vio a la señora Sanders, una mujer mayor a la que conocía desde pequeña y que la estaba mirando como si eso de lo que quería hablarle no pudiera esperar.

Vio a Todd alejarse por el otro lado de la calle, agarró el bolso y abrió la puerta.

–Hola, señora Sanders, ¿cómo está? –hizo lo que pudo por sonar alegre y animada. Saber que Todd había vuelto al pueblo no estaba exactamente ayudando a su autoestima; odiaba que la gente que conocía de toda la vida pudiera estar hablando sobre su matrimonio… o sobre la falta de este. O peor aún, ¡odiaba que

pudieran estar compadeciéndola!

–Bueno, querida, quería preguntarte por el Festival de Otoño.

Sarah contuvo un gruñido. No le importaba tener algo que la mantuviera ocupada, pero no le apetecía hablar del festival.

–Creo que hubo algunas cosas que no salieron según lo planeado en el último festival, así que tengo algunas sugerencias que hablar contigo –le dijo la señora Sanders acercándose como si le estuviera divulgando un gran secreto–. Seguro que tú también quieres que todo sea perfecto, ¿verdad, querida?

Sarah suspiró, esa vez ya no se contuvo. No pudo evitarlo. Lo que menos necesitaba en ese momento era que le dijeran lo que tenía que hacer y, por supuesto, no quería pasarse la mañana hablando del festival ni de ninguna otra cosa. Lo único que necesitaba era poner en orden sus pensamientos.

–Señora Sanders, llevo un poco de prisa esta mañana, pero me encantaría conocer su opinión –le respondió educadamente–. El domingo por la noche habrá una reunión en Gracie May's para tratar todos esos asuntos, allí todos escucharemos sus sugerencias. Cenaremos mientras lo estudiamos todo.

Vio a la mujer conteniéndose para no seguir hablando y airear sus ideas.

–Bueno, si ahora no tienes un momento…

Sarah levantó la mano para despedirse de ella.

–¡Estoy deseando verla el domingo! –dijo con firmeza al alejarse y luchando contra el sentimiento de culpa que la invadió. Normalmente se habría parado y le habría dado algo de su tiempo a cualquiera, pero estaba empezando a sentir que demasiada gente estaba abusando de su buena voluntad.

Intentó caminar derecha y con la cabeza bien alta mientras observaba la calle; no había visto por dónde se había ido Todd y no quería toparse con él. No ahora, sin estar preparada.

Sí, tal vez se había puesto más guapa que de costumbre, pero ver a Todd no era algo que hubiera tenido anotado en su agenda para ese día.

Las palabras de Nate resonaron en su mente cuando entró en la tienda. «Tú puedes ayudarme con mi familia y yo puedo ayudarte con Todd».

No era una persona dada a ese tipo de jueguecitos ni a tener

secretos, pero después de haber visto a Todd, estaba empezando a parecerle una buena opción. No la ridícula idea de Nate de casarse cuando ni siquiera estaba divorciada, pero tal vez algo…

Sin embargo, ¿podría soportar pasar más tiempo con Nate? En su corazón sabía que aún no lo había perdonado y que tal vez jamás lo haría, pero con todo lo que estaba pasando ahora, ayudarlo a reincorporarse a una vida civilizada le daría algo relevante en lo que centrarse durante el verano y ¡deseaba tanto ayudarlo! Porque, dejando el enfado de lado, durante un tiempo habían significado mucho el uno para el otro.

–¿Sarah?

Alzó la mirada y vio que había estado a punto de pasar por delante de su madre sin verla.

–¡Mamá! Justo la persona con la que quería hablar.

Su madre hizo una mueca y se rio dirigiéndose a la amiga con la que estaba hablando.

–Bueno, querida, ya puedo decirle adiós a mi día.

Sarah agarró a su madre del brazo y la llevó hasta la zona de cajas. Tenía que hablar con alguien, enseguida, pero no quería hacerlo allí, en la tienda, delante de todo el mundo.

–Pero ¿quién ha hecho que te pongas así de nerviosa?

Su madre jamás se habría imaginado lo que estaba a punto de contarle.

–Nate ha vuelto al pueblo –le dijo después durante la cena.

–¿Nate Calhoun?

Sarah se sentía como una adolescente hablando sobre su primera cita.

–No, otro Nate.

Su madre enarcó una ceja como si no le hubiera hecho gracia que se riera de ella.

–Pues qué bien que haya vuelto. ¿Ha venido por el festival? ¿Para participar en los actos en conmemoración de su padre?

Sarah dio un trago de café.

–Parece que va a quedarse para siempre.

Solo pensarlo hizo que la recorriera el pánico, decirlo en voz alta hacía que pareciera más real. Era un pueblo muy pequeño y, si Nate

iba a vivir allí, entonces lo vería mucho, tanto si quería como si no.

–No estarás pensando en…

–¡No!

No hizo falta que su madre terminara la frase para que Sarah supiera lo que estaba a punto de decir. No, a ella jamás se le ocurriría retomar lo que habían tenido… ¿o sí? Ese beso… Se obligó a no pensar en ello.

–Solo recuerda que yo estuve ahí cuando se marchó, cuando prometió que volvería contigo y cuando no lo hizo. Cuando…

–Olvida que te lo he contado –la interrumpió–. Pero es que lo vi ayer y con todo lo que está pasando y todo por lo que ha pasado él, me quedé algo desconcertada.

Su madre se la quedó mirando fijamente antes de agarrarle la mano y besársela.

–Nate y tú hacíais una pareja maravillosa, cielo, y ya sabes lo mucho que lo quería, pero no olvides todo lo que sufriste. Sabes que lo adoraba, pero seguisteis caminos muy distintos y no quiero verte sufriendo otra vez, y menos después de todo por lo que has pasado últimamente.

Sarah fue hacia el otro lado de la mesa para sentarse junto a su madre y darle un abrazo.

–Ah, quién podría olvidarse de mi inminente divorcio –hizo una mueca de disgusto–. A lo mejor debería olvidarme de los hombres de una vez por todas.

–Lo de Todd es otra historia. Al menos Nate no te hizo daño intencionadamente. Pasara lo que pasara entre los dos, no me queda ninguna duda de que Nate te quería y sé que romper vuestra relación debió de dolerle mucho más de lo que cree.

Sarah alzó la mano y sacudió la cabeza.

–Vamos a dejar de repetir que los dos me dejaron porque podría empezar a acomplejarme. Y en cuanto al hecho de que Nate me hiciera daño… Fue decisión suya y aún no lo he perdonado.

No podía olvidar lo mucho que había sufrido en el aspecto sentimental y emocional en los últimos años y por eso incluso el simple hecho de volver a ver a Nate, aunque solo fuera como amigos, era llevar las cosas demasiado lejos.

Y ese beso… No cesaba de plantarse en su cabeza en los momentos menos oportunos y su recuerdo le generaba un cosquilleo

en los labios, como si acabara de suceder solo un instante antes. Rabia. ¿Qué le había pasado a su rabia?

–Gracias por la conversación, mamá, pero tengo que irme. ¡Ah! ¿Te he contado que ayer monté a Maddie por primera vez? –aprovechó para cambiar de tema.

Su madre sonrió.

–Eso es exactamente lo que necesitas. Salir a montar, disfrutar, divertirte.

Tal vez no debería contarle a su madre dónde había salido a cabalgar y con quién…

Nate se estremeció al echar la pierna sobre la silla. Estaba empezando a acostumbrarse al incesante dolor, pero aún había ocasiones en las que seguía tomándolo por sorpresa.

–¿Estás bien? –gritó Johnny.

Nate le hizo una señal con el sombrero y arreó al caballo para que avanzara.

–¡Sí, y gracias por el préstamo! –le gustó el detalle que había tenido su cuñado al dejarle todo su equipo y se dijo que no podía olvidar decirle a su hermana lo mucho que aprobaba ese matrimonio.

Intentó apoyar los pies en los estribos, pero le dolía demasiado, así que soltó ambos pies y optó por relajarse. Había vuelto a su hogar, a la tierra, y allí más que en ningún otro sitio debía sentirse a gusto y cómodo.

Tenía que aclararse las ideas y decidir qué iba a hacer, cómo iba a retomar su vida porque mientras el resto de la familia estaba ocupada pensando en el festival y aceptando el hecho de que tenían unos hermanos mellizos desconocidos hasta el momento y de que su padre había tenido una vida antes de casarse con su madre, él aún no lo había asumido.

Porque su mente estaba llena de recuerdos perturbadores, aún podía percibir el acre olor de los disparos cuando menos se lo esperaba y le dolía la pierna cada vez que pensaba en su amigo, como si de algún modo estuviera vinculada a su memoria y a lo que había perdido.

Nate echó los estribos sobre la cruz del caballo para que no le

golpearan los tobillos y comenzó a trotar para después pasar a un medio galope. No le agradaron los botes que dio durante el trote, pero nada impediría que pudiera ir a medio galope sin perder el equilibrio.

Prácticamente había aprendido a montar caballos al mismo tiempo que a caminar y de niño había seguido a su padre por todo el rancho siempre que había podido. Por eso ahora mismo tenía que estar sobre una silla. Tenía que volver a establecer conexión con la parte de su pasado que no lo perturbaba, tenía que recordar cómo se sentía en su casa rodeado de su familia.

Sarah había tenido razón. Tal vez no en lo de que necesitaba hablar, pero sí en lo de salir a montar y estar al aire libre. Porque él no era uno de esos tipos solitarios y aislados que se habían unido al ejército simplemente para formar parte de algo. No, él había crecido con una familia maravillosa y no había tenido la necesidad de alistarse para huir de su vida, sino para hacer algo importante.

Sarah. La noche anterior había hecho revivir algo dentro de él que llevaba meses muerto, pero tenía que ignorarlo. Se había casado con su amigo y ahora tenía el corazón roto y probablemente buscaba una relación con otra persona por despecho.

Pero él no sería esa persona. Había amado a Sarah con toda su alma, pero no tenía ninguna intención de volver a pasar por ello por mucho que estuviera deseándola después de haber besado esos carnosos labios la noche antes.

Sarah se sentía como si le fuera a explotar la cabeza, y ya no por los efectos de demasiada bebida, sino por lo mucho que le había costado volver al rancho Calhoun. Organizar el festival estaba empezando a suponer más trabajo del que había pretendido, pero eso no era lo peor; lo que estaba hartándola era tener que tratar con los más mayores del pueblo y con sus puntos de vista sobre lo que debería o no debería hacerse. Sobre todo cuando parecían perseguirla allá donde iba. ¡Otra mujer la había abordado de camino al coche!

Pero ahora ahí estaba, intentando desconectar y relajarse otra vez.

Cada vez que se subía a un caballo, era como si todo el estrés

saliera de su cuerpo y su mente se despejara. Haber hecho que entrenaran a su joven yegua durante su divorcio era, probablemente, lo mejor que podía haber hecho.

Agarró las riendas.

–¿Lista para quemar energía, Maddie? –silbó a su perro y arreó a la joven yegua–. ¡A medio galope! –le ordenó.

Contuvo las ganas de cerrar los ojos cuando el viento azotó su visión… aunque no fue solo el viento.

Ver a Todd antes le había hecho revivir todo y desear ser ella la embarazada. No sufría por Todd, sino por saber que jamás podría tener su propio hijo, que no podría ser la madre que había soñado ser durante toda su vida.

Su caballo pareció sobresaltarse por algo y ella hizo lo que pudo por no perder el equilibrio.

Maldijo. Esa era precisamente la razón por la que tenía que concentrarse mientras cabalgaba y dejar de pensar en sus problemas.

–¡Vaya, chica! –acarició el cuello de Maddie–. No pasa nada –le dijo con voz suave. Ahora iban al trote e intentaba demostrarle al animal que no había monstruos ocultos en los árboles a los que estaban acercándose.

Sin embargo, su caballo había tenido razón al sobresaltarse. Ahí había alguien.

Se sentó más firmemente en la silla y tiró suavemente de las riendas para frenar a Maddie. Cerca había un caballo amarrado, que sería lo que habría asustado a Maddie, y un hombre dormido bajo la sombra de un gran árbol. Y a juzgar por la longitud de esas piernas enfundadas en unos vaqueros y la forma de ese, era… ¡maldita sea! Era Nate.

Podría haber seguido como si no lo hubiera visto, pero quiso parar. Habían pasado la noche juntos y no tenía ningún motivo para no detenerse a saludarlo… exceptuando el hecho de que se sentía dolida, que había estado a punto de echarse a llorar hacía un minuto, y que volver a ver a Nate había despertado una serie de emociones que no quería explorar de nuevo. Justo cuando había creído que había aceptado su esterilidad, ver a Todd y estar con Nate habían vuelto a poner su vida patas arriba.

Detuvo a su caballo y la amarró junto al otro. Como la vio muy

calmada, la dejó allí y fue hacia donde estaba Nate.

Por mucho que había intentado odiarlo por haberla abandonado, por haberle puesto fin a todos los planes que habían hecho y a los sueños que habían compartido, jamás lo había logrado. Había llorado por él, lo había maldecido y odiaba lo que había hecho y lo que había sucedido entre los dos, pero nunca había sido capaz de odiarlo a él. Jamás había podido romper las fotos que se habían hecho juntos ni olvidar lo que había sido estar con él. Furia y rabia, sin duda. ¿Pero odio? Eso nunca.

Ahora Nate había vuelto y nada parecía tener sentido. Si no se hubiera marchado nunca tampoco habrían podido cumplir sus sueños porque todo lo que habían planeado llegar a hacer implicaba una familia y eso no era posible para ella, independientemente de con quién estuviera casada. Su médico se lo había dejado muy claro.

Y ver a Nate ahora…

Tenía las piernas estiradas, los tobillos cruzados y unas robustas botas asomaban bajo sus vaqueros desteñidos. Llevaba puesto su sombrero vaquero que le protegía la cara del sol y los dedos de Sarah ansiaban quitárselo para poder ver sus carnosos labios y sus marcados pómulos y poder disfrutar de la imagen de esa esculpida mandíbula cubierta por una suave y ligera barba.

Se sobresaltó cuando Nate gimoteó y emitió una serie de sonidos que parecían más animales que humanos. Le empezó a temblar el cuerpo y después comenzó a murmurar unas palabras que parecían disculpas antes de susurrar «¡No!» una y otra vez.

No podía quedarse ahí sin más viéndolo sufrir, pero tenía que tener cuidado después de la reacción que había tenido la noche anterior cuando lo había sorprendido en la oscuridad. El recuerdo de sus manos alrededor de su cuello y de su fuerte cuerpo clavándola al suelo la hizo temblar. Podría haberle hecho mucho daño, pero aun así sabía que debía hacer algo.

Muy despacio, se puso de rodillas y posó una mano sobre su pecho, sobre su corazón. Se inclinó para susurrarle, para despertarlo.

–¡No! –el grito de Nate resonó a su alrededor al mismo tiempo que él entró en acción agarrándole los brazos y derribándola sobre el suelo antes de que ella tuviera tiempo de esquivarlo. La agarraba

con fuerza y tenía la mirada enloquecida. La agarraba con demasiada fuerza, como si no supiera qué estaba pasando ni quién era.

–¡Nate! –le suplicó–. Nate, soy yo –añadió con un susurro aterrorizado y con un intenso dolor en las muñecas, ahí donde él la estaba sujetando. «Por favor, otra vez no».

–¿Sarah? –su mirada recobró vida al darse cuenta de que se trataba de ella–. ¿Sarah? –preguntó de nuevo, como si supiera quién era pero no pudiera entender cómo habían terminado así o qué estaba haciéndole, por qué estaba sujetándola así.

–Nate, por favor –le suplicó de nuevo intentando no llorar–. Suéltame.

Tardó un momento en darse cuenta de lo que estaba haciendo y de lo que tenía que hacer y, así, apartó las manos de inmediato y se echó atrás quedándose de cuclillas. Su mirada era de puro terror, parecía horrorizado por lo que acababa de hacerle.

Sarah se incorporó mientras se frotaba las muñecas con gesto de dolor.

En esa ocasión Nate le había hecho más daño del que quería admitir y a juzgar por la mirada de angustia de él, lo último que podía hacer era demostrárselo y hacerle sentir peor. No podía evitar lo que había hecho, pero no había duda de que la había aterrorizado. Lo que necesitaba era ayuda profesional, no que ella perdiera los nervios ante sus reacciones y sus actos.

–Lo siento –le dijo Nate con voz baja y suplicante.

Sarah esbozó lo que esperaba que resultara una sonrisa convincente intentando no dejarle ver lo mucho que la había afectado lo sucedido.

–No debería haberte asustado, pero es que…

–Estaba soñando –dijo Nate terminando por ella y lanzándole la mirada más atormentada que podría haberse imaginado jamás.

–Exacto –le confirmó–. Así que lo que acaba de pasar no ha sido culpa tuya.

–Eso no hace que me sienta menos avergonzado –le contestó con brusquedad al levantarse y alejarse–. Podría haberte hecho daño, Sarah. Mucho daño esta vez –sacudió la cabeza–. Por segunda vez en dos días, podría haberte hecho algo que habría tenido que lamentar para siempre –farfulló.

Ella se encogió de hombros a pesar de saber que no estaba mirándola. ¿Había querido decir algo más con eso de «para siempre»?

–No lo creo.

Aun con las muñecas doloridas y el corazón a cien por hora, no había pasado miedo en realidad, no hasta el punto de no querer estar cerca de él porque sabía que Nate acabaría dándose cuenta de lo que estaba pasando antes de que fuera demasiado tarde.

–Me has asustado, Nate, pero te has controlado –se acercó y le tocó el brazo, animándolo delicadamente a que se girara–. Eso es lo único que importa.

–No intentes quitarle importancia, Sarah. Me he despertado y he pensado que eras parte de mi sueño. Podría haberte... –se giró hacia ella, con los hombros hundidos y la voz cargada de furia–. ¡Maldita sea, Sarah! Podría haber estallado.

–Pero no lo has hecho –le respondió directamente aun sin saber qué quería decir exactamente con «estallar»–. No lo has hecho y estoy bien –ahora era ella la que hablaba con brusquedad y terquedad.

Nate la miró con intensidad.

–Sarah, no sé qué quieres que te diga, ni qué demonios estás haciendo aquí, pero no soy el tipo que conocías. Ya no soy él, así que creo que lo mejor será que te vayas.

Su rabia, el odio en su voz, la hicieron retroceder como si la hubieran abofeteado. ¿De dónde había salido eso? ¿Por qué estaba tan furioso con ella? Era ella la que tenía todo el derecho a estar enfadada, enfadada por todo, y no al revés.

–Nate, no hables así –le dijo deseando poder hacer algo, lo que fuera por aliviarle algo del dolor que estaba padeciendo, por intentar ayudarlo cuando más lo necesitaba.

–No puedes ayudarme, si eso es lo que crees, Sarah. No soy uno de tus alumnos que está teniendo un mal día. Una taza de chocolate y unos cuantos mimos no harán que me sienta mejor, así que vete –habló en voz baja, pero con suficiente rabia y furia como para sobresaltarla.

–No –le contestó perdiendo el miedo que se había apoderado de ella temporalmente y enfrentándose a él–. No me hables así y no actúes como si fueras una causa perdida. ¿Me has oído, Nate? No

tienes ningún derecho a estar enfadado conmigo.

Él se rio. ¡Tenía el valor de reírse de ella! ¡El valor de lanzar esa cruel carcajada mientras la miraba!

Nate se dio la vuelta y volvió a girarse para acercarse, bloqueándole el paso con su gran cuerpo, mirándola como si estuviera a punto de explotar.

–Tengo pesadillas cada noche, Sarah. Cada vez que cierro los ojos, revivo los horrores de todo por lo que he pasado y pensé que tal vez si por una vez dormía durante el día, al aire libre, evitaría despertarme pensando que estaba en las profundidades del infierno. Así que, cuando te digo que me dejes tranquilo de una maldita vez, te lo digo en serio. Porque nadie puede ayudarme. ¿Queda claro?

Sarah, de brazos cruzados, hundió las uñas en su piel mientras se negaba a gimotear por mucho que su actitud estuviera haciéndola temblar… literalmente. Nunca, jamás en toda su vida, le habían hablado así, y eso le resultaba mucho más aterrador que lo que acababa de hacerle. Ese no era el hombre que conocía y estaba empezando a dudar que fuera un hombre al que quisiera conocer… independientemente del pasado que habían compartido.

–La única cosa que queda clara, Nate, es que no eres el hombre que eras –se negaba a dejar de mirarlo, no quería derrumbarse delante de él por mucho que lo necesitara–. Porque el Nate que yo conocí jamás habría hablado así a una mujer y, menos aún, me habría hablado a mí así.

–Bueno, pues la Sarah que yo creía que conocía habría esperado más de una noche antes de meterse en la cama de uno de mis mejores amigos. Así que a lo mejor no nos conocemos tan bien como creíamos.

Sarah ardía de rabia, su cuerpo estaba encendido por más emociones de las que jamás pensó que pudiera sentir a la vez y, sin poder evitarlo, alzó la mano y abofeteó a Nate en la mejilla.

Al instante, la bajó, horrorizada por lo que había hecho.

Nate se limitó a mirarla, inmóvil como una estatua. Su expresión no cambió en ningún momento y no dijo ni una palabra.

–No olvidemos que tú terminaste nuestra relación, Nate. Tú me dijiste que había terminado y yo lo llevé lo mejor que pude. Así que no vuelvas a actuar como si yo fuera la culpable.

Se dio la vuelta y se alejó de él.

Había más cosas que podría haber dicho, pero que se guardó porque Nate quería que lo dejara tranquilo y eso lo había dejado muy claro.

Las lágrimas abarrotaban sus ojos por segunda vez en una hora, pero no miró atrás. Llegó a su caballo, montó y se marchó.

Él podría haberla llamado, o haber ido tras ella, pero si llegó a hacerlo, Sarah no lo oyó.

Aún le dolía la mano tras haberlo abofeteado, pero sabía que era un dolor merecido. Odiaba la violencia, en cualquiera de sus formas, y no podía creerse que lo hubiera golpeado así por mucho que, en el fondo de su ser, supiera que se lo tenía merecido.

Nate se tocó la mejilla. No le importaba que siguiera ardiéndole por la bofetada, pero sí que le importaba la razón por la que Sarah lo había hecho.

Se había comportado como un cretino, había dicho cosas que jamás debería haber mencionado, la había mirado de un modo que no había sido justo. Había expresado todo su miedo y rabia con unas palabras que Sarah no debería haber oído nunca…, pero tal vez ella había tenido razón. El Nate Calhoun de antes se había ido y ahora confiaba tan poco en sí mismo que dudaba que pudiera recuperarlo algún día.

Durante un tiempo Sarah había sido la persona más importante de su vida, la persona con la que se había imaginado envejeciendo. Por aquel entonces jamás se habría imaginado hablando así a ninguna mujer y mucho menos a alguien que le importaba tanto.

Bramó. Bramó como un oso salvaje con una espina clavada en la pata antes de darle un puñetazo al tronco del enorme árbol que tenía detrás. Su mano estalló en dolor, un dolor tan intenso que le hizo tambalearse. Cayó al suelo y se agarró la mano, tendido en el suelo con los ojos cerrados.

Ni siquiera sabía quién era, ¿qué había pasado con el hombre que creía que era? Era como si hubiera desaparecido y hubiera perdido todo contacto con la vida que había llevado antes.

Se estremeció al intentar mover los dedos y se obligó a abrirlos y cerrarlos.

Tal vez sería mejor para todos si se levantara y se marchara,

porque volver a casa estaba empezando a ser más doloroso de lo que había sido estar lejos de ella.

Capítulo 7

Nate miraba la pantalla del ordenador, pero no le servía de nada. El fisioterapeuta del ejército no se lo iba a poner fácil y eso significaba que su única opción para librarse de él era cerrando el portátil. Sin embargo, dadas las circunstancias, dudaba que esa fuera la mejor opción y, además, había otras cosas que tenía que hablar con él.

–Dos tandas más y terminamos por hoy –le dijo el médico.

Como si le hubiera leído la mente.

Nate gruñó al levantar de nuevo la pierna deseando que no le resultara tan difícil. Tenía suerte de poder trabajar su lesión a distancia, lo sabía, pero eso no impedía que sintiera el dolor ni que le doliera pensar lo complicado que podía resultarle realizar un ejercicio que antes le había resultado de lo más sencillo y que ahora lo dejaba sudando y maldiciendo. El hecho de que aún le doliera la mano a horrores por haber golpeado el árbol tampoco le estaba ayudando mucho, aunque al menos ahí podía aplicarse hielo para tener un poco de alivio inmediato.

Alguien llamó a la puerta y contuvo las ganas de levantarse e ir cojeando para abrir.

–Hoy te dejaré antes para que puedas ir a ver quién es.

–Gracias –respondió Nate secándose el sudor de la cara con una toalla ya húmeda–. Pero antes de irme, quería hacerte una consulta sobre… hablar con alguien sobre… eh… pesadillas que estoy teniendo. Últimamente apenas he tenido sesiones de terapia.

El fisioterapeuta asintió.

–Yo me ocupo, Nate. Alguien se pondrá en contacto contigo pronto.

Nate se sintió aliviado, como si le hubieran quitado un gran peso de encima.

–Gracias. ¿A la misma hora la semana que viene?

–Nos vemos. Sigue trabajando así de bien.

Nate asintió y bajó la pantalla del ordenador. Volvieron a llamar

a la puerta.

–¡Ya voy! –gritó. Quien quiera que fuera, estaba claro que era muy impaciente.

Ni siquiera se le pasó por la cabeza la idea de que pudiera ser Sarah, y menos después de cómo la había tratado el día antes. Dudaba que fuera a verla mucho en el futuro, ya que suponía que ella haría lo posible por evitarlo y él tampoco es que estuviera planeando buscarla, exactamente. O al menos no hasta que hubiera pensado en una buenísima disculpa con la que compensar lo que había dicho.

Abrió la puerta y volvió a secarse por si acaso…

–Holt –dijo al ver allí a su hermano.

–Hola, Nate.

Hubo un tiempo en el que ninguno había tenido que llamar nunca a la puerta del otro antes de entrar, pero ahora todo parecía muy tirante y tenso. Resultaba completamente surrealista cuando antes todo lo que habían hecho había surgido de un modo muy natural. No sabía qué podría hacer para cambiar eso.

–Eh, ¿quieres pasar? –le preguntó no muy seguro de qué otra cosa decir.

–No, tengo muchas cosas que hacer, pero le prometí a Kathryn que vendría a verte para decirte que vinieras a cenar con nosotros mañana por la noche –tenía el sombrero entre las manos y no paraba de mover las piernas, como si se sintiera incómodo–. Le he dicho que probablemente dirías que no, pero…

–Allí estaré –dijo Nate conteniendo la desesperada necesidad de responderle a Holt exactamente lo que su hermano se había esperado oír. Dos cenas familiares en un par de días era como un récord para él.

–¿Vendrás? –le preguntó Holt mirándolo fijamente a los ojos.

Nate le devolvió la mirada deseando que las cosas no fueran así entre ellos ahora. Quería a Holt, quería pasar más tiempo con él y salir como solían hacerlo antes, pero ya nada era igual por mucho que deseara lo contrario. Necesitaba saber que Holt no iba a pedirle que le diera ningún detalle, que no iba a querer oír lo que había pasado o por qué ya no era el mismo hombre que había sido al marcharse de Larkville.

–Necesito pasar algo de tiempo a solas, Holt, pero eso no

significa que no quiera veros –se le hizo un nudo en la garganta, pero tenía que intentarlo–. ¿Habrá alguien más?

Holt sonrió; fue una sonrisa que comenzó muy despacio para luego ir extendiéndose por todo su rostro.

–A mi mujer le gustan las multitudes, pero si prefieres que estemos solos los tres, por mí perfecto.

Nate se encogió de hombros intentando que resultara un gesto natural cuando en realidad estaba temblando ante la idea de otra cena familiar. La última no había salido según lo planeado y podía decirse que prácticamente había dejado plantada a su hermana, por mucho que hubiera sido por una razón completamente distinta. Por cierto, aún no había ido a su casa para disculparse.

–¿No querrás venir a echarme una mano con un toro de lo más terco, verdad? –le preguntó Holt–. Puedo pedírselo a otro, pero por lo que recuerdo se te daban muy bien los bichos grandes.

Nate se rio, la pregunta lo tomó por sorpresa. Su hermano le devolvió la sonrisa y ese gesto le hizo sentir muy bien.

–Deja que vaya a ponerme las botas. Estaba a punto de meterme en la ducha, pero ya lo haré después.

–Puede que también quieras ponerte unos pantalones. Esos pantalones cortos te hacen parecer un chico de ciudad.

Nate lo miró con mala cara y flexionó los músculos.

–Ten cuidado. Te voy a demostrar que he estado entrenando con un médico del ejército.

Holt tragó saliva y Nate se percató del gesto y en ese momento todo cambió; adiós a las bromas entre hermanos. Fue como si una burbuja de silencio se hubiera alzado en al aire separándolos a los dos. Holt miraba la pierna de Nate, su cojera, y con ello dejó muy claro en qué estaba pensando.

«No soy el hombre que era. Ni mi pierna ni yo volveremos a ser los mismos».

–Salgo en un segundo –le dijo mordiéndose la lengua para contener las palabras que había estado a punto de soltar, para no decirle a su hermano que al infierno con ese toro y que se fuera a pasar la tarde solo.

Holt se mostró incómodo de nuevo.

–Esperaré fuera.

Nate entró en su habitación y se puso los vaqueros que había

dejado en el suelo un momento antes. Pensaba que tal vez había hecho algún progreso, que tal vez aún existía una oportunidad de que todo volviera a la normalidad, pero al final había caído de bruces en la realidad al saber que pasara lo que pasara, ahora siempre sería el marginado de la familia.

Había tomado decisiones que le habían cambiado la vida para siempre, y dudaba que pudiera volver a sentirse normal independientemente de lo que el futuro estuviera reservándole. Le habían encantado los primeros años que había vivido en el ejército, pero ahora el único año que había odiado parecía haber empañado todo lo que antes había formado parte de su vida.

–Tienes que hablar con alguien, Jimmy. No puedo seguir cubriéndote por más tiempo.

Jim le dio una calada al cigarrillo como si su vida dependiera de ello y Nate se apartó del intenso olor.

–Estoy bien. Solo necesito que me dejes en paz.

–Si no estás centrado ahí fuera, uno de los dos podría morir. Necesito que te entregues al máximo, Jimmy, por favor. Una última operación y puede que nos permitan retirarnos antes, ¿de acuerdo? Podríamos ir a casa, salir de aquí y empezar de nuevo. Podríamos trabajar entrenando a reclutas o algo así. Podríamos volver a amar lo que hacemos todos los días.

Vio a su amigo sacudir la cabeza sin dejar de fumar. Nate no sabía cuándo había empezado a fumar, pero ahora parecía consumir un paquete tras otro.

–No tienes que preocuparte por mí, ¿de acuerdo? Si no me encuentro bien, yo mismo me ocuparé de solucionarlo.

Nate se puso una camiseta limpia y fue hacia la puerta. No importaba dónde estuviera o con quién estuviera, nada podía cambiar lo que le había pasado porque viendo a Jimmy en su mente, reviviendo esas conversaciones, sufriendo las pesadillas que tenía cada noche y el dolor de su pierna, se pasaría el resto de su vida atrapado en ese pasado.

Lo sabía.

Era como si los fragmentos de bala que le quedaban en el gemelo se hubieran quedado instalados en recuerdos que jamás tendría el poder de olvidar.

La mesa de la cocina de Sarah estaba cubierta de papeles y no tenía ni idea de por dónde empezar. O sí que sabía por dónde empezar, pero tenía la mente en otra parte.

Se dejó caer hasta que la frente tocó la fría madera de la mesa y posó las palmas de las manos. Su vida era un desastre; un completo y absoluto desastre. Ahí donde miraba parecía ver parejas felices o mujeres embarazadas, como si eso que no podía tener estuviera persiguiéndola. Lo cual era una estupidez porque sabía que existían muchas otras opciones, como por ejemplo adoptar un hijo sola algún día.

Pero después estaba Nate.

¡Argh! Siempre había estado Nate, metido en su mente cuando no lo tenía delante físicamente. Su matrimonio había terminado por muchas causas, pero que no hubiera podido quedarse embarazada había sido una de las principales razones. Sin embargo, si tenía que ser sincera consigo misma, debía admitir que nunca había sentido por Todd lo que había sentido por Nate. Siempre lo había sabido, pero Todd estaba allí y Nate la había abandonado, y por eso había intentado ser una buena esposa, había hecho todo lo que había estado en su poder para hacer que su matrimonio funcionara.

Pero no poder quedarse embarazada no había sido algo que hubiera podido controlar y aunque, poco a poco, había ido asimilándolo, su marido jamás lo llegó a aceptar.

Sonó su teléfono y el sonido la hizo sobresaltarse y golpearse con las rodillas bajo la mesa.

–¡Ay! –descalza, cruzó el suelo de madera y contestó–: Mamá, estoy bien. De verdad –dijo al ponerse el teléfono al oído.

–¿Sarah?

La profunda y sedosa voz que venía del otro lado hizo que se le secara la boca, tanto como si hubiera estado cruzando un desierto.

–¿Nate? –preguntó sabiendo muy bien que se trataba de él.

Cuando se había marchado aquella primera vez y ella se había quedado con la ilusión de que volvería, había contenido el aliento a

la espera de que sonara el teléfono, ante las ganas de oír esa voz tremendamente sexy al otro lado. Ahora ese tono era una octava más profundo, más de hombre que por aquel entonces. Pero no había duda de que era Nate.

–Sí, soy yo.

Sarah pudo oír el suave susurro de su aliento cuando se detuvo y respiró.

¡No se había esperado esa llamada!

–¿Estás bien? –le preguntó; debía de pasar algo para que estuviera llamándola.

–¿Puedo ir a verte, Sarah? ¿O puedo quedar contigo en algún sitio?

Sarah asintió antes de darse cuenta de que no podía verla. No lamentaba lo que le había dicho el día antes porque había sido verdad, pero necesitaban mantener un poco las distancias. Aun así, respondió:

–Por supuesto, pero evitemos vernos en el pueblo, ¿de acuerdo? Lo que menos necesito es que los cotilleos vuelvan a inundar mi vida. Ven a mi casa y nos tomamos un café.

–Ahora nos vemos.

Colgó el teléfono y dejó a Sarah con un cosquilleo que le recorrió la espalda una y otra vez. Ella se tomó un momento para aclarar sus ideas antes de acercarse a la mesa tranquilamente y recoger los papeles.

Tenía mucho tiempo para organizar el festival durante las vacaciones de verano, eso no sería ningún problema, pero ¿que Nate fuera a su casa? ¿La misma casa que había compartido tanto tiempo con su amigo? Eso sí que era algo para lo que no podría haberse preparado por mucho que lo hubiera intentado.

Tal vez Nate iba a disculparse, o tal vez iba por algo totalmente distinto. Fuera cual fuera la razón que se ocultaba detrás de su llamada, quería que su casa estuviera presentable y necesitaba preparar algo de comer para servirle.

Miró el reloj. Si salía ya del rancho eso le daría a ella menos de quince o veinte minutos, así que iba a tener que olvidarse de arreglar la casa. Además, si Nate iba a ir, quería tener buen aspecto, así que si la casa estaba hecha un poco desastre, qué más daba.

Había pasado años deseando poder enseñarle lo que se estaba

perdiendo, poder hacerle recordar lo que habían tenido, poder hacerle arrepentirse de haberla dejado, de haber terminado su relación como lo había hecho. Porque por mucho que la culpara de haberse juntado con su amigo, él la había empujado a hacerlo. Si Nate no la hubiera abandonado, entonces lo habría esperado, pero una chica no podía estar esperando eternamente, y ella no lo había hecho.

Había sido el primer amor de su vida, pero ella había deseado más que nada formar una familia, construir una vida allí, en el pueblo que amaba, con alguien a quien amara. El único problema era que había olvidado un ingrediente vital: Nate.

Casarse con Todd había sido uno de los mayores errores de su vida.

Capítulo 8

Nate llamó a la puerta y dio un paso atrás. No sabía qué estaba haciendo en casa de Sarah ni cómo iba a disculparse, pero después de la hora que había pasado en compañía de su hermano, sabía que tenía que hacer algo.

Holt no había hecho ni dicho nada malo, pero ahí estaba parte del problema. Era lo que no estaba diciendo, las preguntas en su mirada, lo incómodos que parecían encontrarse juntos, todo eso era lo que estaba devorándolo por dentro, cuando lo único que quería era estar con alguien que lo tratara como si no pasara nada, con normalidad.

No sabía por qué, pero Sarah era la única persona a la que podía soportar ahora mismo, con la que podía estar y, aun así, había hecho un gran trabajo espantándola a pesar de que lo único que había querido era ayudarlo.

Dio un paso al frente para llamar otra vez justo cuando la puerta se abrió.

–¡Hola! –una sonrojada Sarah sonrió desde el umbral.

–Ey –Nate intentó no sacudir la cabeza. Se había sentido melancólico gran parte de la tarde y, aun así, ver a Sarah había hecho que quisiera volver a sonreír. Tenía el pelo recogido en una cola de caballo que se le enroscaba sobre el hombro como si estuviera jugueteando con él, y le brillaba la mirada a pesar de que se había esperado encontrarla furiosa. De cualquier modo, le habría perdonado que siguiera enfadada.

–Pasa –le dijo girándose para indicarle el camino–. Perdona el desastre, pero…

Nate la agarró de la muñeca antes de que ella pudiera dar un paso más y la obligó a darse la vuelta. Delicadamente, sus dedos rodearon su suave piel y con el pulgar le acarició la palma de la mano.

–Sarah, lo siento –le dijo sin querer esperar más; necesitaba aclarar las cosas ahora que aún podía.

Sarah no dijo nada. Tenía la mirada clavada en su mano y Nate no podía interpretarla. ¿Le daba miedo que la tocara? ¿Temía que volviera a hacerle daño físicamente? Esperaba que no y, desde luego, tampoco quería herirla con sus palabras.

–Espero que sepas que jamás te haría daño intencionadamente, Sarah –respiró hondo, intentó dar con las palabras adecuadas y expresar lo que sentía–. Lo que te dije ayer fue grosero y no venía a cuento, y odio que…

Sarah alzó la mirada cuando él se detuvo.

–¿Qué?

Nate le apretó la mano con fuerza y dio un paso atrás.

–Odio que mis sueños sean tan reales, tan vívidos que no pueda distinguir que no son ciertos. Cuando me desperté y estabas a mi lado, me entró el pánico. Pensé que estaba de nuevo en Afganistán, que eras el enemigo, cuando en realidad solo estabas intentando ayudarme. Es como si en ocasiones me perdiera y me costara regresar, pero pediré ayuda. Lo prometo.

La sinceridad de Sarah era algo que había echado en falta, algo que había anhelado todo el tiempo que habían estado separados. A ella nunca le había dado miedo decir las cosas como las pensaba, decirle cuándo estaba comportándose como un idiota o mostrarle la dirección correcta. Y estaba seguro de que eso era exactamente lo que estaba a punto de hacer ahora.

–Nate, lo que dijiste era verdad. Me fui con tu amigo y a ti debió de parecerte que sucedió muy rápido porque estabas fuera, pero llevaba sola casi dos años. Dos años sin ti. Así que cuando terminamos nuestra relación para mí fue distinto que para ti. Era como si llevara mucho tiempo acabada y estaba furiosa contigo.

Nate tragó saliva. Era cierto, pero eso no hacía que oírlo fuera más fácil.

–No vayamos por ahí –le sugirió esperando que estuviera de acuerdo–. Dejemos que el pasado permanezca en el pasado.

La sonrisa de Sarah fue agridulce.

–Yo esperaba lo mismo, pero has sido tú el que ha sacado el tema, Nate –se encogió de hombros–. Y ahora que hemos empezado, creo que deberíamos aclarar las cosas.

Tenía razón.

–¿Otra copa?

Sarah se rio y ese momento de humor hizo que todo su rostro se iluminara de felicidad.

–¿Después del dolor de cabeza con que me he despertado? Creo que será mejor que nos ciñamos al café. Y ya que estás disculpándote, yo también lo siento, Nate. Jamás te debería haber abofeteado.

–Perdonada –le dijo–, aunque probablemente me lo merecía.

Nate la siguió hasta la cocina y se sentó en la silla más cercana a la encimera. Vio a Sarah moverse con elegancia e ir a la nevera antes de sacar dos tazas.

–¿Qué?

Nate dejó de tamborilear los dedos contra la encimera. Ni siquiera se había dado cuenta de que lo estaba haciendo hasta que Sarah había hablado.

–¿Qué pasa? Estás mirándome y tamborileando sobre mi encimera como si fuera un instrumento musical.

Él hizo una mueca, como avergonzado.

–Es una vieja costumbre. Lo siento.

Sarah le dejó su taza delante y fue hacia el otro lado de la mesa. Se sentó y jugueteó con el mango de la taza antes de soltar un gran suspiro.

–Nate, ¿qué estamos haciendo aquí?

–¿Quieres decir ahora mismo? –le preguntó él no muy seguro de adónde quería llegar con esa pregunta.

–Me refiero a ahora, a hoy, a ayer –sacudió la cabeza y sopló el café para enfriarlo un poco antes de mirarlo de nuevo–. ¿Por qué nos estamos obligando a pasar por esto?

Ojalá él lo supiera.

–No lo sé, Sarah, pero lo que sí sé es que me alegra volver a verte. Puede que no lo sepas, por el modo en que te he tratado, pero eres la primera persona que he visto en mucho tiempo que…

Ella se quedó quieta, con la taza a medio camino de la boca, y lo miró.

–¿Que qué?

Nate dio un trago del caliente café y se estremeció de dolor cuando le quemó la boca y la garganta.

–Me has hecho sentir algo de nuevo, Sarah, y hacía mucho tiempo que no experimentaba eso –ya estaba, ya lo había dicho–.

Aunque nos enfademos, al menos he sentido algo.

Sarah dejó lentamente su taza de café.

–No lo entiendo.

Él no sabía de qué otro modo explicárselo.

–No soy de hablar de mis sentimientos, Sarah, lo sabes.

Ella bajó la mirada y Nate pudo ver decepción en su rostro.

Sacudió la cabeza. ¿Qué demonios pretendía lograr hablándole a Sarah de eso?

–He estado enfadado, feliz, triste… todas esas cosas desde que te vi el otro día y hacía mucho tiempo que nada me hacía sentir todo eso. Solo quiero que sepas que me has ayudado de algún modo.

Ella lo miró y una tímida sonrisa se posó en su rostro.

–Ayer vi a Todd.

–¿Está aquí?

–Sí. Con su novia embarazada. Se suponía que teníamos que reunirnos ayer por la tarde, pero lo ha cancelado hasta mañana. Por suerte, me ha dejado un mensaje de voz, así que no he tenido que hablar con él.

Ahora sí que Nate estaba furioso. Muy furioso. No le correspondía esa reacción, pero…

–¿Quieres que le dé una lección? –solo pensar en que le había roto el corazón a Sarah ya era suficiente para llenarlo de rabia. Cerró y apretó los puños por debajo de la mesa, al igual que le había pasado la otra noche al hablar sobre su viejo amigo. ¿Presentarse allí con su novia?

–No –le dijo Sarah sin dejar de mirarlo–. Odio estar a punto de convertirme en una divorciada, pero lo cierto es que no estaba enamorada de Todd, hacía mucho que no lo estaba. Estaba lista para empezar de nuevo, y por eso que se fuera no fue lo peor que podría haberme pasado. Lo que me dolió es cómo pasó.

A Nate se le aceleró el pulso. No debería importarle tanto, pero oír a Sarah hablar así, contarle que no estaba enamorada de su marido, lo estaba afectando muy seriamente.

–Entonces, ¿no te ha molestado verlo de nuevo por aquí?

Sarah empezó a juguetear con su cola de caballo, un claro signo de que o no estaba diciendo la verdad o que estaba luchando contra algo que él no podía adivinar.

–No es él, es…

–¿Qué?

Sarah se sentó y dio un trago de café.

–Nada, olvida lo que he dicho.

Nate sentía curiosidad, pero no iba a fisgonear.

–¿Seguro que no quieres que le dé un toque? ¿Que lo asuste un poco, tal vez?

Sarah volteó la mirada.

–Sí, claro, quiero que le des una paliza y que acabes en la cárcel por agresión. Eso sí que me ayudaría.

Él alzó las manos, complacido de que por fin estuvieran manteniendo una conversación civilizada. Después de lo que había pasado el día anterior, habría entendido que no hubiera querido hablar con él, y mucho menos que hubieran terminado en su cocina bromeando.

Se quedaron sentados en silencio, ambos tomando su café. No parecía importar que no estuvieran hablando ahora porque no se sentían incómodos, pero había ido hasta allí para pedirle algo más que su perdón.

–Sarah, cuando te dije que te ayudaría con Todd, si necesitabas que fingiera que teníamos una relación, no estaba de broma.

Ella se sonrojó y el tono rosado que tiñó sus mejillas fue tan precioso que Nate se vio forzado a desviar la mirada. No había pretendido avergonzarla.

–No tienes por qué hacer eso –le respondió mirando por la ventana como si ahí fuera hubiera algo interesante que ver.

–¿Sarah? –Nate contenía las ganas de agarrarle la mano, pero al menos había captado su atención lo suficiente como para que dejara de mirar a la calle–. La razón por la que te ofrezco eso es porque yo también necesito tu ayuda.

Eso hizo que Sarah se girara completamente hacia él.

–¿Con qué?

Nate respiró hondo, esperando saber cómo pedírselo del modo correcto.

–He accedido a ir a una cena familiar esta noche y la última no salió exactamente bien –admitió–. Esperaba que pudieras venir conmigo para… bueno, ya sabes…

Sarah parecía confusa, pero recogió las tazas vacías de la mesa y entró en la cocina en lugar de seguir sentada frente a él.

–¿Estás diciendo que quieres que finjamos que volvemos a estar juntos?

Nate se estremeció. Oírla decirlo no había sonado tan bien.

–Me ayudaría un poco que me dejaran algo tranquilo, me quitaría algo de presión, eso es todo. Y no quiero mentir a nadie, solo quiero que vengas conmigo. Será un poco como la otra noche, pero con unos cuantos más Calhoun y yo con un mejor comportamiento.

Ella se rio mientras metía las tazas en el lavavajillas.

–Pues me parece que así solo haríamos que recayera más presión sobre ti.

–Me quitaría presión en el sentido de que dejarían de preguntarme sobre lo que me pasó antes de volver a casa, y sobre mi pierna… –se detuvo–. No te lo pediría si no significara mucho para mí. No me debes nada, Sarah, pero te agradecería mucho que vinieras.

Sarah dejó de moverse en ese momento y lo miró fijamente.

–Si acepto, tendrás que aceptar mis condiciones.

En ese momento él aceptaría lo que fuera con tal de que lo acompañara a la cena.

–Dispara.

–Quiero que prometas que me contarás lo que te pasó antes de venir a casa, cuando estés listo.

Nate cerró los ojos intentando alejarse de ese infierno de recuerdos que era tan difícil contener.

–No es algo que pueda prometerte –le dijo obligándose a mantener los ojos abiertos, a ignorar los pensamientos que empezaban a revolotear por su cabeza como si fueran buitres.

–Bueno, pues tendrás que hacerlo si quieres mi ayuda –insistió con un tono de voz muy profesional, como si hubieran estado comerciando con mercancías.

Nate la miró fijamente. ¿Por qué tenía tantas ganas de saberlo?

Sarah sonrió.

–Pensándolo mejor, tal vez tenías razón con lo de Todd. Si voy a ayudarte, entonces puede que mañana te lleve conmigo cuando me reúna con él.

Sarah miró a Nate esperando no haberlo presionado demasiado al insistirle en que tenía que contarle lo de su lesión, pero sabía que si no lo hacía ella, nadie más lo haría. Estaba claro que su familia había abordado la situación del modo equivocado y ella no tenía ninguna intención de cometer el mismo error dos veces en lo que respectaba a Nate.

Había intentado mantenerse en una posición pasiva, pero él quería que hiciera algo por él y ella tenía aprovechar la situación si de verdad quería ayudarlo.

–Sí a la segunda condición.

Sarah dio un paso más hacia él, plantó las dos manos sobre la encimera y se inclinó.

–Sí a las dos –insistió–. No se trata de una negociación, Nate, o todo o nada.

Nate la miró con gesto serio.

–Tienes que volver locos a los niños de tu clase.

Ella sacudió la cabeza.

–Quiero estar a tu lado, Nate, y no voy a forzarte, así que al menos di que intentarás contarme lo que te pasó. Lo que puedas y cuando puedas.

Él se levantó; su gran cuerpo parecía enorme en la cocina. La mesa era como una mesita infantil estando él al lado y su altura y robustez la hacían querer retroceder. Rápidamente.

–Vale –dijo él bruscamente–, pero si tumbo al idiota de tu marido cuando lo vea, tú serás la única culpable por haberme enfadado tanto.

Sarah le acarició el brazo al pasar por delante de él otra vez. Sabía que debía de resultarle difícil pensar en Todd y dudaba que hubieran vuelto a hablar desde que ella había iniciado su relación con él.

–¿Te preguntas alguna vez cómo habrían ido las cosas si no me hubiera marchado?

La pregunta con ese ronco tono de voz la tomó por sorpresa. Se giró, lentamente, deseando haber estado haciendo algo, ocupada, para no tener que estar tan cerca de él y mirándolo a los ojos al responder.

–A menudo –no supo qué otra cosa decirle. ¿Querría saber cuánto lo había anhelado? ¿Cuántas veces había deseado que el

hombre que yacía a su lado en su cama hubiera sido él? ¿Cuánto había deseado que cambiara de opinión y hubiera vuelto a buscarla?

–¿Crees que habríamos durado? ¿Que ahora estaríamos casados y con un montón de hijos?

Sarah lo miró a los ojos; unos ojos que aún parecían tener senderos directos a su corazón, que le hacían querer abrazarlo y susurrarle al oído que todo saldría bien, que podían retroceder en el tiempo y cambiar todo lo que había pasado.

Pero no habría importado que Nate se hubiera quedado o no porque jamás habrían tenido la familia sobre la que tanto habían hablado, la familia que él había querido.

–No lo sé, Nate, tal vez –mintió–. Pero no ahondemos en lo que podríamos haber sido. Aún puedes tener la oportunidad de casarte con una buena chica y formar una familia algún día.

Él se rio.

–Lo dices como si esa posibilidad solo la tuviera yo y no tú.

Sarah hizo lo que pudo por mantener su sonrisa y no dejar que se desvaneciera.

–No creo que eso sea lo que quiero ya, Nate –mintió de nuevo.

Pero a él no podía engañarlo.

–Naciste para ser madre, los dos lo sabemos.

Sarah se mordió el labio inferior para evitar que le temblara y hundió las uñas en las palmas de la mano.

No era una conversación que estuviera preparada para tener con nadie, y menos con Nate Calhoun, el hombre con el que siempre había deseado formar una familia.

–Las cosas cambian, Nate –le dijo esperando que no se le quebrara la voz–. A veces no conseguimos lo que queremos.

Él la miró con los ojos entrecerrados, con desconfianza. La creía tan poco como ella se creía a sí misma.

–Entonces, ¿cenamos esta noche? –le preguntó haciendo lo posible por parecer contenta, como si ese tema de conversación no la hubiera angustiado en absoluto.

Nate se aclaró la voz.

–Sí, claro –la miró un instante más antes de sacudir la cabeza ligeramente, como si estuviera aceptando que su conversación había llegado a su fin–. ¿Quieres que pase a recogerte?

Ella negó con la cabeza.

–No tienes que venir hasta aquí para buscarme. ¿Qué te parece si quedamos en tu casa?

Nate la rozó al pasar por delante para ir hacia la puerta y tuvo que contenerse para no sujetarlo y hacerlo volver. Una parte de ella estaba desesperada por retroceder en el tiempo, por reavivar la relación con Nate, pero su lado más realista sabía que sería un error.

Ahora era un hombre distinto, pero seguía mereciendo poder ser padre. Y aunque milagrosamente pudiera reavivar lo que habían tenido, no funcionaría a largo plazo y ella no podría soportar ver cómo volvían a romperle el corazón. Ya había sufrido todo lo que se podía soportar sufrir en una vida y tener que decirle a Nate que no podía tener hijos, que su relación acabaría rompiéndose poco a poco como le había pasado a su matrimonio, no era algo para lo que podría prepararse jamás. Que ya hubiera aceptado su infertilidad no significaba que él tuviera que hacerlo.

–Entonces, nos vemos esta noche –le dijo apoyándose contra el marco de la puerta después de que él saliera al porche.

Nate se giró y quedó tan cerca de ella que Sarah tuvo que echar la cabeza hacia atrás ligeramente para poder mirarlo a la cara, para poder ver las cambiantes expresiones de su rostro. Él se acercó y ella cerró los ojos y se perdió en el ligero aroma de su colonia, en la sensación de sentir su cuerpo tan cerca del suyo.

Nate le dio un suave beso en la mejilla, un beso que duró más de lo necesario, lo suficiente como para que la recorriera un cosquilleo de arriba abajo y se le pusiera la carne de gallina.

–Hasta luego –le dijo Nate al alejarse.

Sarah sonrió y se rodeó con los brazos para protegerse de una frialdad imaginaria que la estaba haciendo temblar.

–Adiós.

Vio a Nate salir por la puerta de su casa y subirse a su todoterreno. Su perfil era fuerte y masculino y su cuerpo llenaba el lado del conductor. En un principio le había parecido muy distinto al tipo que había conocido en el pasado, pero ahora le había hecho darse cuenta de que el Nate que una vez había amado seguía oculto ahí dentro, en alguna parte.

Sonrió al despedirse esperando que él no se percatara de las

lágrimas que surcaban su rostro. No podía contenerlas, era incapaz de controlar la emoción que con furia iba tomando forma en su interior.

¿Qué había hecho para merecer tanto dolor? ¿Por qué la había abandonado el hombre al que había amado tanto y después había regresado a casa tan dañado? ¿Por qué después de haber vuelto, por fin, al cabo de tantos años seguía estando tan lejos?

Cerró la puerta, se quitó los zapatos y fue al cuarto de baño. Que se estuviera autocompadeciendo no significaba que no tuviera que lucir un buen aspecto. Estar al lado de Nate otra vez, junto a su familia, podría resultar agridulce, pero no sería exactamente difícil. Había pasado años sentada a la mesa de ese gran rancho, había formado parte de su familia en más ocasiones de las que podía recordar.

Había amado a Nate con toda su alma y si tenía que ser sincera consigo misma, dudaba que algún día fuera a dejar de hacerlo.

Capítulo 9

Nate estaba exhausto, física y mentalmente. Dejó caer la cabeza entre las manos intentando luchar contra la fatiga con la que batallaba a diario. ¿Por qué no descansaba su mente? No podía dejar de pensar en que Sarah quería que hablara con ella, pero si todo funcionaba tan mal dentro de su cabeza, ¿cómo iba a soportar decirle la verdad? ¿Cómo iba a poder expresarse?

Se pasó la mano por el pelo, un pelo que seguía estando más corto de lo que había estado antes. Cuando había vivido en el rancho, antes de unirse al ejército, su hermano siempre se había burlado de él llamándolo Ricitos de Oro. Parecía que había pasado una eternidad desde aquello.

Oyó la puerta y reaccionó.

Ojalá pudiera dormir, ojalá pudiera caer en un profundo sueño durante una noche entera y no verse arrastrado hasta ese mundo del que intentaba huir tan desesperadamente, porque así tal vez no se sentiría como un zombie.

Ahora mismo, sin embargo, no podía dormir, tenía que tomar fuerzas y prepararse para reunirse con toda su familia a cenar, además de para descubrir qué demonios estaba consumiendo de inquietud a Sarah. No era solo por lo de Todd, de eso estaba seguro. El idiota de su marido le había provocado muchos quebraderos de cabeza, pero estaba disgustada por algo mucho más profundo que el fracaso de su matrimonio.

¡Vaya!

–Estás increíble –ni siquiera se molestó en ocultar su reacción al mirar a Sarah de arriba abajo. Estaba mucho más preciosa que el día que la había conocido porque ahora su rostro poseía una madurez que la hacía más impactante y atractiva todavía.

–Tú tampoco estás mal –le respondió ella. Pero Nate pudo ver cómo sus mejillas se sonrojaron, así que supo que su cumplido la había dejado cortada.

–No creo que esté a tu altura con mis vaqueros y mi camisa,

pero gracias de todos modos.

Ella llevaba un vestido con suficiente escote como para que su mente corriera en otra dirección, aunque por otro lado, el bajo le llegaba por las rodillas para darle un toque más recatado del que a él le habría gustado. No obstante, le gustaba demasiado.

–¿Te parece excesivo? –le preguntó Sarah con la mirada cargada de preocupación.

Nate se rio forzándose a mirar en la distancia por un segundo para dejar de pensar en lo excitante que resultaba esa mujer que tenía en la puerta de su casa, ¡en lo bella que era!

–Sarah, estás genial. Tal vez sea porque he pasado mucho tiempo rodeado de hombres, pero había olvidado cómo… –se detuvo al no querer avergonzarla ni decir algo incorrecto–. Estás preciosa, Sarah, absolutamente preciosa.

Ella lo miró y le dio un golpecito en el hombro.

–Nate –gruñó.

Él le agarró la mano antes de que pudiera bajarla, fue más rápido de reflejos. Le rodeó la muñeca con fuerza cuando sus nudillos aún le rozaban el hombro derecho.

Sabía que no debería haberlo hecho, que debería haberse reído sin más cuando le había dado el golpecito, que debería haberla dejado tratarlo como un hermano o un amigo con ese jueguecito, pero ¡maldita sea!, no tenía ningún interés en ser un amigo para ella.

Ahora mismo quería más. Mucho más.

–¿Nate? –su voz fue un suave susurro, pero ella no se movió, no hizo ningún intento de apartar la mano.

Nate no sabía qué decirle, pero sí que sabía lo que quería hacer.

La acercó más a sí, sin soltarla, obligándola a acercarse a su pecho. Ella no se resistió, pero estaba claro que tampoco estaba muy segura del todo de lo que Nate iba a hacer y él no pretendía dejarla pensando en ello mucho tiempo.

Lentamente le bajó la mano apartándola de su hombro y deslizó su otro brazo por su cuerpo acariciando con sus dedos la parte baja de su espalda. Encajaban a la perfección y su suave respiración estaba excitándolo.

Fue acercándose, muy poco a poco, hasta que ella ladeó la barbilla, hasta que separó los labios invitándolo, y él no vaciló.

Posó los labios sobre los suyos, pero ya no con delicadeza; necesitaba a Sarah, necesitaba sentir su cuerpo pegado al suyo. Luchó contra las ganas de agarrarle el pelo para sujetarla mientras la besaba como se había imaginado besándola durante todas aquellas solitarias noches en las que había estado solo al otro lado del mundo, cuando había deseado ser lo suficientemente egoísta como para pedirle que lo esperara para poder así forjar su carrera y saber que la mujer a la que amaba seguiría esperándolo en casa. Pero pedirle que siguiera esperando durante años no habría sido justo y la había amado tanto como para querer que fuera libre.

El suave gemido de Sarah lo trajo de vuelta a la realidad, le hizo apartar los labios para respirar y pensar en lo que acababa de hacer.

Pero Sarah tenía otras ideas.

Nate se vio tambaleándose hacia atrás cuando ella posó una mano sobre su pecho y lo empujó con una fuerza que no había imaginado que poseyera. Sufrió una punzada de dolor en la pierna al dar un paso más antes de que su espalda se topara con la pared.

La mano de Sarah seguía sujetándolo, pero ella no dijo nada en ningún momento. Al contrario, alzó la mano rápidamente, coló sus dedos entre su pelo y tiró de él hacia abajo, forzándolo a posar su boca contra la suya.

Y él no tuvo razón alguna para resistirse.

Sarah lo besó con una desesperación que lo llenó de poder, que le hizo devolverle el beso con el mismo atrevimiento, como si se necesitaran tanto que sus vidas dependieran de ello.

Hasta que Sarah apartó los labios tan repentinamente como lo había besado, dio un paso atrás y apartó su mano de él.

–¿Sarah? –ni siquiera parecía la voz de Nate; sonó más profunda y confundida.

Ella sonrió y se sonrojó.

–Solo necesito un minuto para refrescarme.

Y se marchó.

Nate se rio. Se rio como no se reía desde que era un niño, con las lágrimas cayéndole mientras esperaba a Sarah preguntándose si acababa de imaginarse que lo hubiesen sujetado contra la pared en su propia casa y lo hubiesen besado de un modo que le hizo querer desesperadamente cancelar la cena y continuar con lo que habían empezado.

Desconocía de dónde había salido ese beso, pero de ninguna manera se quejaría.

Sarah sabía que seguía colorada. Sentía tanta vergüenza que notaba calor por todo el cuerpo. Sabía que apenas sería capaz de mirar a Nate. Cuando salió de su cuarto de baño, con el pintalabios retocado y en su sitio, echaron a andar hacia la casa familiar sin decirse ni una palabra durante un rato.

–Sarah, eh…

Hasta ese momento.

–Por favor, Nate –insistió abochornada por dentro y sin dejar de mirar al frente–. No sé qué ha pasado antes, así que creo que deberíamos olvidarlo –estaba empezando a desear que se abriera un agujero en la tierra y se la tragara.

Él se rio. ¡Nate estaba riéndose de ella! Decidió que lo mejor era quedarse callada y pensando en sus cosas.

–Lo tengo como grabado en el cerebro –admitió.

Cuando ella ni lo miró, él le agarró la mano y la obligó a detenerse.

–Sarah, no es la primera vez que nos besamos.

Ella, aún avergonzada, asintió. No era la primera vez, pero nunca había sido así.

–¿Sarah?

¿Desde cuándo era él tan hablador?

–No sé qué ha pasado antes ahí, Nate, pero ¿podríamos no hablar de ello?

Él la soltó y alzó las manos.

–Por mí de acuerdo. Lo único que digo es que no deberíamos sentirnos tan incómodos por… –se detuvo– habernos besado.

Sarah gruñó y echó a andar de nuevo. Iba a resultar una noche muy incómoda y no solo porque lamentara lo que había pasado entre los dos. Besar a Nate le había abierto los ojos, le había hecho darse cuenta de lo que había estado perdiéndose todos esos años, le había mostrado por qué Todd y ella nunca habían sido adecuados el uno para el otro. Porque sentir los labios de Nate contra los suyos había hecho que su cuerpo se estremeciera como si se hubiera provocado un fuego en su interior, le había hecho recordar lo que

había sido estar juntos.

Pero también le había mostrado lo que nunca más tendría.

Nate agarró a Sarah de la mano al entrar por la puerta. Había vacilado sobre si llamar o no, pero entonces había comprendido que ya había llegado el momento de empezar a comportarse como si estuviera en su casa y no como un extraño en el rancho.

–Les has dicho que iba a venir a cenar, ¿verdad? –le preguntó Sarah al agarrarle la mano.

Nate aceleró el paso para no darle oportunidad a Sarah de explotar una vez le dijera la verdad.

–No exactamente. He pensado que sorprender a todo el mundo sería mucho más divertido.

–¿Haciendo que toda la presión y la atención recaiga en mí? –murmuró ella.

Nate la empujó hacia la cocina y casi, al instante, deseó no haberlo hecho.

Cuatro rostros se giraron hacia ellos, cada uno portando una expresión distinta. Johnny sonrió, co-mo si no pensara que la situación fuera para tanto. Jess sacudió la cabeza ligeramente y sonrió, como si supiera algo que nadie más allí sabía. Kathryn se quedó asombrada al verlo de la mano de Sarah, tanto que dejó lo que estaba haciendo en la encimera. Y Holt… Nate bien podría haberse reído ante la expresión de su hermano. De niños, nunca había logrado sorprenderlo ni hacer nada para impresionarlo porque no había nada que Holt no hubiese hecho antes. ¿Pero esa noche? Holt seguía con la cerveza a medio camino de la boca, como si el brazo se le hubiera paralizado en el aire.

Tal vez agarrar a Sarah de la mano había sido demasiado. Llegar acompañado ya habría sido bastante sorpresa para todos.

–Espero que no hayamos llegado tarde –dijo Nate no muy seguro de qué otra cosa decir para anunciar su presencia, para ponerle fin al silencio de la habitación.

Por un momento nadie dijo nada y Nate sintió la mano de Sarah apartándose de la suya. ¡Maldita sea! Sin duda, había actuado mal.

–Nate, me alegro mucho de que hayas decidido acompañarnos –dijo Kathryn rompiendo el silencio y dándole a su marido una

patadita al pasar por delante de él.

A Nate se le quitó un gran peso de encima cuando por fin vio a su hermano reaccionar y darle un trago a su cerveza. Kathryn se les acercó y le dio un beso en la mejilla antes de acariciar el hombro de Sarah.

–Y también me alegro mucho de que tú estés aquí, Sarah. Con tal de que nadie despierte a Izzy, estoy segura de que pasaremos una noche muy tranquila.

Vio a Sarah asentir, pero parecía inquieta.

–Iba a regañar a Nate por no haberos avisado de que traía a alguien.

Kathryn le quitó importancia al asunto, como si no se hubieran llevado la sorpresa de sus vidas al verlo llegar acompañado de una mujer.

–No seas tonta. Tenemos mucha comida y una mesa enorme. Y, además, nos agrada habernos reunido todos, ¿verdad? El bebé está durmiendo, la comida está casi lista y la compañía es fantástica.

Kathryn se giró para mirar a Holt, que pareció darse cuenta de que esperaban que dijera o hiciera algo.

–Sí, bueno, yo también me alegro mucho de veros a los dos.

–Sarah, tu yegua es muy bonita. Hoy he estado trabajando un poco con ella –le dijo Johnny.

Sarah pareció relajarse y se dirigió hacia donde estaban Johnny y Jess.

Nate vio a su hermano observándolo, como si no supiera qué decir.

–¿Una cerveza? –le preguntó Holt finalmente.

Era exactamente lo que necesitaban para solucionar las cosas entre los dos, tomarse una cerveza juntos.

–Suena bien.

Se acercó a su hermano y aceptó la cerveza que le ofreció.

–Gracias por invitarme –le dijo Nate, sabiendo que iba a tener que hacer un esfuerzo.

–Me alegra que hayas podido venir.

Nate no quería hablar de Sarah después de la conversación que había tenido con Holt aquel día que la había vuelto a ver, pero sabía que tenía que decir algo.

–Debería haber llamado primero para deciros que me iba a

acompañar alguien.

Holt se rio.

–No sé si yo llamaría «alguien» a Sarah.

Nate dio otro trago de cerveza, no muy seguro de qué decir. Había pasado mucho tiempo desde que había tenido una conversación así con alguien y no le resultaba fácil, mucho menos tratándose de su hermano.

–Me ha gustado volver a verla.

Tenía que aprender a abrirse y expresarse un poco.

–Los dos siempre estuvisteis muy bien juntos. Muchos nos preguntamos por qué te fuiste y…

–No vayas por ahí –Nate odió la brusquedad con que le habló, pero fue una reacción incontrolada, no pudo evitarla–. Hay muchas cosas que desearía no haber hecho, Holt, y marcharme de aquí así fue una de ellas. No logré hacer las cosas bien.

Se quedaron sentados en silencio mirándose. Nate se levantó.

–Tal vez esto no haya sido una buena idea.

Holt se levantó también, pero no parecía enfadado. Alzó una mano y cuando Nate no se la estrechó, lo agarró del brazo y lo miró a los ojos.

–Nate, sé que no dejo de meter la pata cuando hablo contigo, pero no te alejes de nosotros.

Nate se quedó paralizado y sin dejar de mirar a su hermano. Sabía que el resto de la habitación se había quedado en silencio y deseó poder estar teniendo esa conversación en privado.

–Hay cosas de las que no puedo hablar, Holt, y necesito que respetes eso –estaba intentando mostrarse calmado, aunque eso ya no era algo que le saliera de forma natural.

Holt asintió y le soltó el brazo.

–No quiero ser el enemigo aquí, Nate. La verdad es que todos estamos encantados de tenerte de vuelta, aunque las cosas estén un poco tensas ahora.

Nate cerró los ojos, controló su rabia y le tendió la mano a Holt. Su hermano se la estrechó de inmediato y el apretón duró algo más de lo que debería haber durado.

–Tienes que entender que necesito tiempo, Holt. No soy… las cosas no son… Para mí ya nada es lo mismo.

Holt le soltó y volvió a sentarse. Nate hizo lo mismo.

–Para cualquier cosa que necesites, Nate, aquí me tienes. No lo olvides.

Una mano sobre su hombro lo hizo sobresaltarse, pero se obligó a controlarse. Estaba en la casa de su hermano, no en un campo de batalla. La conversación que había tenido con el terapeuta del ejército se le venía a la mente una y otra vez, esa sensación de calma que lo había invadido después de hablar con él por teléfono ese mismo día.

–Hola –la cálida y suave voz de Sarah lo hizo relajarse.

Nate le tocó la mano y dejó que sus dedos se posaran sobre su piel. Le alegraba que estuviera allí, que la tuviera a su lado esa noche.

–¿Quieres sentarte?

Deseó poder retroceder en el tiempo, seguir estando tan unido a Sarah como para sentarla sobre sus rodillas y que ella se quedara sentada sobre su regazo tan tranquilamente y se recostara sobre él.

Pero todo ello eran más pensamientos, más sentimientos que tenía que contener.

Sarah le tocó la nuca antes de acercarse a Kathryn.

–Estoy bien –le dijo aunque la mirada que le lanzó le indicó todo lo contrario. Estaba nerviosa y él no había hecho mucho por ayudarla a volver a encajar en su familia. Todos querían a Sarah, pero ahora estaba ahí por él y eso significaba que Nate tenía que hacer un esfuerzo. No todo giraba en torno a él y eso no podía olvidarlo.

Nate vio a Jess seguir a Sarah. Mientras, Johnny estaba con Brady en la habitación contigua.

–Creo que iré con las chicas a tomarme algo –dijo de pronto, incapaz de apartar los ojos de Sarah, la única persona en el mundo ante la que se había abierto y a quien, por otro lado, había tratado como si fuera escoria durante los últimos días. Y a pesar de todo ello, ella seguía estando a su lado y fingiendo que su relación era algo más, simplemente para ayudarlo.

Bueno, tal vez no deberían estar fingiendo nada.

–Adelante.

Holt le guiñó un ojo, como si supiera en qué estaba pensando, o al menos supiera que había estado pensando en Sarah.

Sarah también lo miró como si supiera que estaba pensando en

ella, pero en lugar de la mirada de complicidad que le había lanzado su hermano, la suya fue de timidez.

¿También querría ella que eso fuera real o simplemente se le estaba dando muy bien aparentar?

Solo había un modo de descubrirlo y Nate no iba a perder tiempo para averiguarlo. Ya pasaba demasiado tiempo sumido en su cabeza, en cosas que no podía controlar, cambiar ni solucionar, pero eso era distinto.

Con eso sí que podía hacer algo.

Sarah intentó centrarse en lo que Kathryn estaba diciéndole, pero le estaba costando recordar sobre qué trataba la conversación. Cuando antes había mirado a Nate, le había preocupado que acabara marchándose y que las cosas se pusieran difíciles, pero ahora era él el que la estaba mirando y no podía ignorarlo.

Y ahora no solo estaba mirándola, sino que estaba avanzando en su dirección.

–Hola –le dijo rodeándola por la cintura–. ¿Estás bien?

Sarah intentó no tensarse, pero no le fue fácil. Tener a Nate tan cerca, sentir su cuerpo tan cálido y… Respiró hondo, lentamente.

–Estoy bien, gracias.

¿Estaba fingiendo estar cómodo o estaba pasando algo? Independientemente de lo que estaba ocurriendo entre ambos, se le veía más contento que nunca desde que había regresado. Más relajado, y claramente, parecía llevarse mejor con su familia.

Ella lo miró e intentó ignorar el brazo que seguía rodeándole la cintura como si ese fuera su sitio. Por un lado quería acurrucarse contra él, pero por otro, su yo más sensato le decía que recordara lo mucho que había sufrido cuando la había abandonado y le había dicho que se mantuviera alejada. Amigos, sí, pero nada más.

¡Por muy buenos que fueran sus besos!

–¿Necesitas ayuda por aquí, Kathryn? –preguntó Sarah.

–Claro. ¿Por qué no llevas esto a la mesa? –le sugirió. Sarah asintió y se apartó de Nate para llevar la bandeja al centro de la mesa.

–¡Oh!

–No pretendía asustarte.

Nate estaba justo detrás cuando se giró.

–¿Pasa algo? –le preguntó ella, forzándose a mirarlo a los ojos. Algo había cambiado, algo que no podía descifrar del todo.

–Solo quería darte las gracias por haberme acompañado esta noche. Si no hubieras aceptado venir, no sé si yo habría venido, y tenías razón.

Ella ladeó la cabeza ligeramente, mirándolo. A veces olvidaba lo alto que era.

–¿En qué tenía razón?

Él le tendió una mano y ella la miró y se detuvo antes de estrecharla. Había algo que no resultaba del todo natural en el hecho de tocarlo, de fingir, pero también había algo reconfortante en todo ello.

–Dijiste que tenía que darle una oportunidad a mi familia y tenías razón. Nunca será fácil, ni para ellos ni para mí, pero tengo que intentarlo. De lo contrario, ¿dónde voy a encontrar mi sitio? –le agarró la mano con fuerza y la llevó hacia sí mientras con la otra mano le acariciaba la mejilla.

Sarah resistió las ganas de cerrar los ojos y dejarse llevar por su caricia, pero no podía hacerlo. Nada de lo que pasara con Nate podía ser permanente, no podía ser lo que los dos habían querido una vez, pero ¿estaría tan mal dejarse llevar por los sentimientos solo una vez?

–Nate, esto ya no es fingir –le susurró.

Se sonrieron y él sacudió la cabeza muy lentamente.

–Tal vez no estemos fingiendo.

Sarah retrocedió rápidamente cuando oyó a alguien carraspear detrás de Nate.

–Siento molestar, pero… –el sonido de la voz de Holt la hizo sentir incómoda, pero Nate no le soltó la mano, no hasta mirarla, no hasta que sus miradas se encontraron una vez más.

–No pasa nada –dijo ella con la voz más templada que pudo sacar–. La cena huele deliciosa.

Sarah mantuvo la cabeza agachada al ir hacia el otro lado de la mesa esperando que Nate no la siguiera. Todo el mundo se sentó y Brady logró que se sintiera menos presionada cuando captó la atención de todos con su conversación y su pelea entre bromas con Holt por ocupar la cabecera de la mesa.

Pero Nate no dejó en ningún momento de mirarla y ella podía sentirlo incluso sin tener que mirarlo. Algo había cambiado, ahora el juego tenía nuevas reglas que ella desconocía, y la idea la aterrorizaba.

–Sarah, ¿cómo va el festival? –le preguntó Ka-thryn.

–¿Estás ofreciéndome ayuda? –contestó Sarah, complacida de tener una excusa para no pensar en Nate, aunque fuera por un momento.

Todo el mundo se rio dejando a Kathryn algo desconcertada.

–No pasa nada –le dijo Sarah–. No les hagas caso. Están pensando en cuánto quieren ayudarme cada uno de ellos, ¿verdad? –cometió el error de mirar a Nate en ese momento, mientras todo el mundo empezaba a hablar del festival. La sonrisa de él se extendió por todo su rostro hasta que los ojos se le iluminaron, tal y como Sarah recordaba, tal y como los había visto durante tantos años cuando habían estado enamorados.

–Gracias –vocalizó Nate sin emitir sonido y señalando con la cabeza hacia sus hermanos.

Era agradable estar con la familia Calhoun, estar sentada a la mesa y rodeada de gente tan alegre que se quería. Sería una mentirosa si no admitía que seguía queriendo a esa familia, y a Nate también, pero eso solo hacía que su destino fuera más agridulce. Su propia mesa jamás estaría rodeada por sus propios hijos y sus parejas, ni siquiera aunque Nate y ella permitieran que sucediera algo entre los dos. Porque por mucho que hubiera asumido que jamás podría ser madre biológica, eso no significaba que él tuviera que hacer ese compromiso.

Y no había nada que ella pudiera hacer al respecto. Nada.

Nate le dio una palmada a su hermano en la espalda, le dio un beso a su hermana en la frente y otro a Kathryn en la mejilla.

–Gracias por habernos invitado –dijo agarrando a Sarah de la mano y llevándola hacia el porche.

–Ha sido una noche encantadora, gracias –añadió Sarah levantando la mano para despedirse mientras se alejaban.

–Un placer veros, tortolitos –oyeron decir a Holt entre risas.

Nate sacudió la cabeza y echó el brazo sobre los hombros de

Sarah, apretándola con fuerza.

–Resulta un poco raro retroceder en el tiempo.

Ella suspiró.

–Y tanto.

Siguieron caminando en la oscuridad, el uno junto al otro, pero sin decir nada durante un rato.

–Sarah, lo que he dicho antes sobre no estar fingiendo…

Ella se detuvo y lo miró.

–¿Qué estamos haciendo, Nate?

Ahora fue él el que suspiró mientras la rodeaba por la cintura con los dos brazos.

–No sé si puedo responder a eso, pero ¿sabes qué? –miró al cielo antes de mirarla de nuevo–. Lo único que sé es que volver a casa fue duro, muy duro, hasta que volví a verte. Y de algún modo me has ayudado a entenderlo todo.

Ella dio un paso hacia delante y apoyó la mejilla contra su pecho a la vez que lo rodeaba también por la cintura.

–No podemos volver atrás, Nate. Las cosas han cambiado, yo he cambiado, y tú tienes muchas cosas que solucionar.

Nate la giró en sus brazos de modo que su espalda ahora quedaba apoyada contra su pecho y la echó hacia atrás ligeramente para que mirara hacia el cielo.

–¿Ves esas estrellas de ahí arriba?

Ella asintió.

–No sé nada sobre las constelaciones, pero lo que sí sé es que durante años estuve mirando las estrellas en todos los infiernos en que estuve destinado y pensando en ti. Siempre estabas conmigo, incluso cuando me enfadé tanto por haberte ido con Todd, incluso cuando sabía que no tenía derecho a estarlo.

Ella, tan cálida contra su cuerpo, se mantuvo en silencio, y él la rodeó con más fuerza.

–Hay muchas cosas que tenemos que decirnos, muchas cosas de las que tenemos que hablar, Nate.

Nate la soltó cuando ella se apartó, aunque no se alejó mucho.

–¿Como qué? –¿le pasaba algo que tuviera que contarle?–. ¿Qué pasa, Sarah?

Ella alargó la mano y agarró la suya.

–Estar esta noche con tu familia ha sido un gran paso, pero

tienes que hablar con alguien sobre lo que te ha pasado. Sobre…

–¿Lo dices por cuando te agarré así? Sarah, tienes que saber que yo jamás te haría daño. Sé que te asusté… Maldita sea –se pasó una mano por el pelo sin mirarla–. Ojalá pudiera borrarlo. Borrar las dos veces. Y, por cierto, ya he tenido mi primera sesión con el terapeuta.

–Es genial, Nate. Porque tienes que solucionar lo que te está pasando antes de que podamos pensar en que suceda algo entre los dos.

Nate echó a andar de nuevo. Necesitaba moverse, y Sarah lo siguió. Tenía razón, Sarah siempre parecía tener razón, pero eso no hacía que sus palabras fueran más fáciles de asimilar.

–¿Sabes que Holt apenas podía mirarme a los ojos después de que lo viera mirándome la pierna esta mañana? –le preguntó a Sarah–. De pronto no sabía cómo hablarle. No sabía si gastar alguna broma o decirle que se largara de mi casa.

Era obvio que cojeaba, sobre todo ahora que estaban caminando una distancia algo larga y a ese paso, pero era como si en realidad ella no pudiera verlo o como si no le diera tanta importancia.

–A eso me refiero, Nate.

Llegaron a su casa y él abrió la puerta dejándola pasar.

–Hay cosas que es mejor no decir.

–Conmigo puedes hablar, Nate. No pretendía arruinar nuestra noche, pero tienes que hablar y estoy aquí para escucharte, para escuchar lo que sea que tengas que decir, o al menos lo que estés preparado para contar.

Capítulo 10

Nate no sabía qué era peor, si el hecho de que Sarah pareciera no ver su cojera cuando todos los demás se fijaban constantemente, o que no tuviera ningún problema en preguntarle directamente, sin rodeos, qué le había pasado.

Aparentemente, su familia solo sentía lástima de él y quería saber por qué ya no era la misma persona. ¿Pero Sarah? Ella quería saber qué había experimentado, qué había pasado… la verdad detrás de sus experiencias más que solo el resultado final.

–No creo que entiendas lo que estás preguntando –dijo intentando no enfadarse con ella, intentando admitir lo fuerte y valiente que estaba siendo.

Parecía que se le habían iluminado los ojos, pero si se paraba a mirar detenidamente, era como si hubiera lágrimas haciendo que su tono ámbar habitual se viera diferente.

–Nate, tienes que hablar con alguien sobre más cosas que tus terrores nocturnos. No tengo por qué ser yo, pero si quieres volver a encajar aquí… Si quieres volver a formar parte de tu familia y vivir la vida que sé que anhelas, no puedes guardártelo todo dentro.

Él estaba deseando marcharse, decirse que Sarah no sabía de lo que hablaba, pero era imposible porque significaba algo para él, y por mucho que se enfadara o por muy nervioso que lo pusiera, eso nunca cambiaría. Además, esa noche se sentía distinto. Era como si algo hubiera cambiado entre los dos o tal vez solo era él el que había cambiado, pero lo que tenía claro era que no quería hacerle daño. Otra vez, no.

–A menos que hayas estado donde he estado yo, a menos que hayas visto lo que he visto yo, no hay forma de que puedas entenderlo –habló tan bajo como pudo, controlando el dolor y la rabia que crecían en su interior cada vez que hablaba de su pasado, de su último año en las Operaciones Encubiertas, de lo que había presenciado, de lo que había perdido.

Sarah sacudió la cabeza y se inclinó hacia él.

–No necesito entenderlo, Nate, pero tú sí que necesitas hablar con alguien –le acarició la mejilla y ahora quedó claro que los ojos le brillaban por las lágrimas contenidas; unas lágrimas que él sabía que eran por él–. No te va a costar nada probar conmigo.

Nate se levantó y fue hacia la puerta antes de darse la vuelta y mirar a la mujer que estaba observándolo tan expectante, que estaba dándole la oportunidad de abrirse y expresarse a pesar de que estaba furioso con ella por pedirle que hiciera algo que le resultaba tan duro. Pero no quería ser ese tipo que se ponía histérico y se acobardaba cuando alguien intentaba hablar con él sobre lo que había visto.

–Me va a costar mucho, Sarah –respondió con la voz entrecortada–. Me siento como si todo por lo que he pasado me haya supuesto mucho.

La vio tragar saliva.

Corrió todo lo deprisa que pudo derribando el nido de ametralladoras mientras iba cubriendo el terreno. Jimmy había caído, estaba desprotegido mientras una carga tras otra resonaba a su alrededor.

–Mentí por alguien que me importaba, ¿de acuerdo? ¿Estás contenta ahora que te he dicho la verdad? –las palabras salieron bruscamente de su boca casi contra su voluntad, pero hablar sobre Jimmy, sobre lo que había presenciado, no era algo que hubiera planeado compartir.

Sarah sacudió la cabeza con los labios fruncidos.

–Me alegra que por fin estés hablando y que estés contándome la verdad.

–Yo jamás te he mentido, Sarah. Nunca –le dijo deseando controlar la rabia, pero fracasando miserablemente–. ¡Pero revivir el pasado no va a ayudarme!

Sarah lo miro fijamente.

–¿Que nunca me has mentido? ¿Y cuando me prometiste que volverías a casa, que yo era tan importante para ti como lo era el ejército? ¿Y cuando te esperé, paré mi vida por ti, y nunca volviste? Estaba muy orgullosa de ti, Nate, de lo que estabas haciendo, pero no me había esperado que eso nos costara nuestra relación.

Nate quería alejarse para no ver las lágrimas que estaban conteniendo las pestañas de Sarah, pero no podía dejar de mirarla.

–Te he dicho que nunca te he mentido, no que nunca haya roto una promesa.

¡Maldita sea! Sabía que le había hecho daño y que lo que había hecho estaba mal. No debería haberse marchado nunca, jamás debería haber terminado su relación con ella.

Ella se rio.

–Oh, lo siento. No me había dado cuenta de que había diferencias entre esas dos cosas.

Era algo que él jamás se perdonaría y que nunca dejaría de lamentar.

Se aclaró la voz, deseando poder esquivar una discusión que tarde o temprano acabarían teniendo.

–Cuando te decía lo que significabas para mí, no te mentí, Sarah y sé que en el fondo me crees –se detuvo, no muy seguro de cómo contarle lo que había pasado y por qué las cosas no habían salido como deberían–. Nunca quise trabajar en el rancho y no quería renunciar a lo que amaba, pero cuando me alisté no me di cuenta de lo difícil que sería cumplir mis sueños y sentirme culpable por dejarte atrás.

–Si hubiera sabido que estaba reteniéndote, yo misma habría terminado con nuestra relación –sus palabras sonaron casi crueles, llenas de rabia–. Y no me sueltes ese rollo sobre que no querías trabajar en el rancho porque una vez tuviste un sueño, Nate. Un sueño que compartías conmigo, y en el que servías a tu país y luego regresabas. ¿No lo recuerdas? Querías pasar un tiempo fuera y después volver y ganarte la vida aquí, en el rancho, para formar una familia conmigo.

–Lo recuerdo, Sarah. Siempre lo recordaré –dijo agarrándole las manos–. Fuiste muy valiente al dejarme marchar y siempre te admiraré por ello. Lo que pasó fue que… Ni siquiera sé cómo explicarlo.

¿Cómo habían terminado retrocediendo tanto en el tiempo, hablando de lo que había pasado entre los dos, cuando solo un momento antes él había empezado a hablarle de Jimmy?

Su plan había cambiado, lo que quería había cambiado, pero lo que sentía por ella nunca cambió.

Sarah esperó en lugar de presionarlo y Nate supo que debía continuar, que si no hablaba ahora, ella se marcharía y él podría

perder la oportunidad para siempre.

–Cuando me ofrecieron la oportunidad de formar parte de un equipo de las Fuerzas Especiales, habría sido un imbécil de no aceptarlo. O, al menos, eso me parecía en aquel momento. Era muy joven y era algo con lo que había soñado desde que era niño.

–Entonces, ¿por qué has vuelto? Dime qué te ha traído a casa, Nate. Dímelo.

Nate le agarró las manos con más fuerza porque necesitaba todo el valor de ambos para ser sincero con ella y contarle lo que había pasado. Ya no estaba enfadado, pero hablar nunca le resultaría fácil, no con su amigo y el ejército como tema central.

–Cuando me enteré de lo de Todd y tú, pensé que era una señal que estuviera formando parte de las Operaciones Encubiertas. Una parte de mí tenía la esperanza de que siguieras esperándome, pero era una estupidez pensarlo cuando yo mismo te había dicho que lo nuestro había terminado. Pero al cabo de un par de años, quería salir, marcharme. Jimmy también, y lo intentamos. Él estaba pasándolo muy mal y yo no quería acabar igual. Sabía que le pasaba algo, que algo iba mal, y no haber dicho algo, no haber actuado cuando pude, le costó la vida –sacudió la cabeza–. Pasé de amar mi trabajo a odiarlo al máximo.

Sarah estaba asintiendo y apretándole la mano.

–¿Por qué querías salir? –ahora su rabia se había convertido en preocupación.

Nate suspiró. Hablar no le estaba resultando fácil, pero Sarah estaba a su lado y tenía que intentarlo. Por lo que habían compartido en el pasado había cosas que podía contarle y que sabía que no sería capaz de contarle a nadie más. Ni siquiera a su familia.

–Porque no me sentía bien. Y porque… –tragó saliva con dificultad y vio que Sarah hizo lo mismo–. Porque después de perderte, y de que mi madre muriera, me di cuenta de que había dejado el lugar al que pertenecía. Había estado buscándolo todo este tiempo, queriendo servir a mi país y demostrarme que podía estar solo, y al mismo tiempo había perdido todo lo que era importante para mí. Puede que haya tardado en darme cuenta, pero con la mano en el corazón te digo que es verdad. Lo único que quería era volver aquí, pero ahora que estoy aquí siento que ya no encajo en ningún sitio.

Sarah estaba impactada y no sabía qué responder.

–Entonces, cuando mi padre y mi amigo murieron también, fue como si me lo hubieran arrancado todo. Como si no me quedara nada –alzó la mirada hacia los preciosos ojos ámbar de Sarah–. Hasta que te volví a ver.

Las mejillas de Sarah adoptaron un suave tono rosado cuando sonrió.

–No hace falta que digas eso, Nate. La adulación no te va a funcionar conmigo.

Él le acarició la cara, desde el rabillo del ojo hasta la curva de su boca, y se detuvo en la barbilla.

–Pero es la verdad. Volví a casa siendo un hombre roto y, cuando creía que no había solución para mí, de algún modo lograste salvarme.

–¿Qué pasó allí, Nate? ¿Qué le pasó a tu amigo?

El cuerpo de Nate se estremeció, se sacudió como si lo hubiera alcanzado un rayo. Nadie más en el mundo sabía qué había pasado allí aquel día, nadie más que él… y el amigo al que había visto morir.

–Tienes que entender que cuando me uní a las Fuerzas Especiales, cuando entré a formar parte de una de las operaciones militares más importantes del mundo, juré mantener en secreto lo que viera, a dónde fuera y lo que hiciera –tomó aire–. Lo que pasaba durante las incursiones tenía que quedar ahí, sin dudarlo.

Sarah lo rodeó con su brazos y lo abrazó.

–Pero algo pasó allí, Nate. Algo de lo que tienes que hablar antes de que ese secreto te devore –se detuvo–. No te estoy preguntando porque sea una fisgona, te pregunto porque quiero ayudarte. Y si no hablas conmigo, entonces tienes que hablar con alguien, pero ha de ser pronto.

Nate no entendía cómo podía ser tan compasiva cuando él le había hecho tanto daño, cuando habían estado discutiendo hacía solo un momento.

El cuerpo sin vida de Jimmy pesaba tanto que apenas podía caminar y el dolor de su pierna era tan intenso que Nate pensó que se le había prendido fuego.

Estaba gritando, una y otra vez, gritando que alguien ayudara a Jimmy.

Y en todo momento sabía que, pasara lo que pasara, jamás podría contar la verdad. A nadie.

Excepto a Sarah. Ahora mismo.

–Cuando te lo cuente, necesitaré que no vuelvas a preguntarme por ello, pero antes tengo que saber que estás segura.

–¿Segura de que puedo guardarte el secreto o segura de que quiero saberlo?

Nate le agarró la mano, complacido de que por una vez no estuviera intentando pelear teniéndola cerca.

–Ya sé que puedo confiarte un secreto, Sarah. Lo que tengo que saber es si quieres llevar el peso de lo que me sucedió aquel día.

Sarah le sonrió y sus ojos se iluminaron con una sinceridad inconfundible.

–Cuéntamelo, Nate. Cuando te dije que estaba a tu lado, no fue una promesa vacía. No digo nada que no sienta.

Nate la abrazó con fuerza antes de soltarla para poder mirarla a la cara. Estaban sentados en el sofá, mirándose a los ojos.

–Cuando antes he dicho que Jimmy estaba pasándolo muy mal, de verdad quería decir que lo estaba pasando muy mal. Era mi mejor amigo desde hacía años y lo conocía muy bien. En los últimos días hubo ocasiones en las que tuve que cubrirlo constantemente porque sabía que él no era capaz de hacer lo que se le pedía, lo que se esperaba de nosotros. Y sabía que estaba empeorando. Habíamos servido juntos antes en las Operaciones Encubiertas, así que sabía que algo iba mal porque estábamos tan unidos que era como si fuéramos hermanos.

Sarah asintió, animándolo a continuar.

Soltar esas palabras estaba siendo una auténtica lucha. Las tenía en la cabeza, pero se le atascaban en la garganta a pesar de que, de pronto, necesitaba compartirlas desesperadamente. Se sentía como si le estuviesen retorciendo un cuchillo dentro del pecho.

–Sabía que las cosas iban mal, pero no podía hacer nada. Él no dejaba de insistir en que estaba bien y nunca quería hablar de ello, y sé que si les hubiera dicho algo a nuestros superiores, habría estado fuera. ¿Y qué habría supuesto eso para él durante el resto de su vida? ¿Para su mujer que lo esperaba en casa? ¿Qué habría supuesto para él una expulsión por conducta deshonrosa?

–¿Y crees que hiciste lo correcto al no decir na-da? –le preguntó

Sarah con voz suave y cargada de preocupación.

–No es que lo crea, Sarah, es que lo sé –intentó con todas sus fuerzas no dejarse arrastrar de nuevo al mundo del que intentaba alejarse, el mundo de recuerdos que nunca parecían dejar de perseguirlo–. Los informes oficiales dicen que el fuego enemigo se llevó a mi mejor amigo y que yo resulté herido cuando nuestra operación salió mal. Nunca le he contado a nadie que vi a Jimmy apuntarse con su arma y quitarse la vida, ni que me dispararon porque corrí todo lo que pude para salvarlo a la vez que disparaba a dos nidos de ametralladoras y era alcanzado por ellos. Pero esa es la verdad, Sarah. Por no hablar y hacer lo correcto, acabé con la vida de mi amigo.

De pronto le costaba respirar y su cuerpo comenzó a convulsionar antes de que un enorme sollozo saliera de su pecho.

–Lo siento, yo… –ni siquiera podía hablar, estaba llorando tanto que no podía parar. Estaba llorando como un bebé delante de la única mujer en todo el mundo para la que quería ser fuerte.

–No debe avergonzarte llorar, Nate. Estoy aquí, a tu lado –le susurró al oído.

Tenía razón. Sarah no era una chica a la que tuviera que impresionar porque ella era la única con la que podía ser él mismo.

De algún modo, sus palabras lograron que controlara sus emociones. Respiró hondo y, con delicadeza, le rodeó la cara con las manos.

–Te quiero, Sarah.

A Sarah se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Nate, no hace falta que digas eso.

Él no le soltó la cara ni siquiera cuando ella intentó mirar a otro lado.

–¿Así que ahora, de pronto, ya no quieres que sea sincero contigo?

–Lo dices en serio, ¿verdad? –le susurró con labios temblorosos.

–Yo solo digo lo que siento, Sarah –le dijo acercando su cara–. Preferiría quedarme callado antes que mentir, y sigues siendo la única mujer a la que le he dicho que la quiero.

Eso la pilló por sorpresa y él pudo ver incredulidad en su mirada. Pero era cierto.

–¿Estás seguro? –le preguntó con una tímida sonrisa.

–No es la clase de cosa que olvidaría –le dijo intentando no reírse–. Te quiero, Sarah. Siempre te he querido y siempre lo haré. Eres la única mujer a la que se lo he dicho, aparte de mi madre y mi hermana.

Ella sacudió la cabeza y se mordió el labio sin dejar de mirarlo. Y Nate aprovechó la ocasión.

Hablar con ella lo había ayudado, le había hecho sentirse bien, pero sabía qué le haría sentirse mucho mejor.

Volver a besarla.

Se arrodilló y la levantó del sofá. Ella obedeció, sin apartar la mirada de él, sin resistirse cuando Nate posó los labios en su cuello y le apartó el pelo con una mano mientras la rodeaba con la otra.

–¿Nate?

Él seguía salpicando su clavícula de besos.

–¿Mmm?

–¿Estás seguro de que es una buena idea?

Él prefirió no responder con palabras y, así, le rodeó la cara con las manos y posó la mirada en sus carnosos labios, que se separaron cuando la besó a la vez que ella lo agarraba de las caderas.

Parecía que Sarah se sentía cada vez más segura; ya no estaba ruborizada, sino sonriéndole cuando lo apartó como si fuera una mujer al mando de su propio destino. Y Nate esperaba que ese destino inmediato lo incluyera a él.

La última vez que ella había tomado el mando a Nate no le había importado, exactamente, y sus planes no estaban decepcionándolo.

Sarah posó la mano sobre su pecho y fue empujándolo lentamente, con delicadeza, aunque con un mensaje claro. Nate hizo una mueca de dolor cuando su pierna quedó doblada en una posición incómoda.

–¿Estás bien? –ella dejó de moverse y apartó la mano.

–Muy bien –le susurró agarrándole la mano y colocándola, de nuevo, sobre su pecho. Se tendió y tiró de Sarah hacia sí.

Pero Sarah estaba marcando el camino y él quería dejarla, quería que ella decidiera aquello con lo que estuviera más cómoda.

Se sentó a horcajadas sobre él y Nate no se resistió, a pesar de que no estaba acostumbrado a que nadie le dijera qué hacer en su vida. Había evitado el contacto con la gente durante mucho tiempo,

se había sobresaltado cuando lo habían tocado, había necesitado sentir que tenía el control de todo… hasta ahora. Porque Sarah no iba a hacerle daño y él estaba preparado para, al menos, intentar volver a confiar.

–Vas a tener que ir despacio conmigo –le dijo bromeando y tendiéndola más sobre su cuerpo. El cabello de Sarah cayó alrededor de su cara y le hizo cosquillas en el cuello.

–¿Así de despacio? –le preguntó entre risas mientras le daba pequeños besos por la mandíbula.

–Date prisa y bésame –le dijo impaciente, y la tendió en el suelo, debajo de él.

A Sarah le encantaba sentir el cuerpo de Nate sobre el suyo.

¿Cuánto tiempo había pensado en Nate? ¿Cuántas veces había recordado cómo había sido todo entre ellos?

No le importaba qué podría o no podría ser en el futuro, lo único que le importaba era el momento. Que Nate la amara, aunque solo fuera por una noche. Aunque le hubiera hecho contarle todo sin que ella le hubiera confesado sus propios miedos, sus propios secretos, todo eso que la aterrorizaba contarle. Aunque él le hubiera dicho «te quiero».

–¿Quieres que pare? –la pregunta de Nate, formulada entre susurros, la hizo reír y mirarlo a los ojos.

–No –respondió negando con la cabeza. Odió que él se hubiera alzado un poco porque le gustaba sentirse aplastada bajo él, con su cálido aliento en su cuello, y sus manos recorriéndole el cuerpo–. No –le susurró de nuevo.

Nate le acarició la frente, sus dedos se deslizaron lentamente por su rostro con una delicadeza que la hizo temblar y estremecerse cuando él introdujo un dedo en su boca.

–Nate –no sabía por qué no dejaba de pronunciar su nombre, tal vez para creer que era real, que eso estaba pasando de verdad.

–¿Estás segura?

Maldita sea, ¿es que tenía que seguir comportándose como un caballero? ¿Tenía que deletrearle exactamente lo que quería que le hiciera? Solo pensarlo llenó su cuerpo de calor. No, de ninguna manera podría decirle lo que deseaba.

Por el contrario, asintió cuando le rozó el rostro con los dedos antes de besarla y dejar que su peso cayera sobre su cuerpo.

–Eres más preciosa incluso de lo que recordaba –le dijo tan cerca de la boca que Sarah pudo sentir su cálido aliento contra la piel.

Ella no pudo más que murmurar, se sentía incapaz de hablar.

–Lo digo en serio, Sarah –la mirada de Nate, la delicadeza de sus caricias, como si fuera la más preciada de las posesiones y no pudiera soportar la idea de hacerle daño, hizo que el corazón se le acelerara, que se sintiera mareada, hizo que anhelara sus caricias hasta el punto de pensar que moriría si no sentía las manos sobre su cuerpo, si sus labios no besaban los suyos.

–¿Nate? –susurró empujándolo ligeramente hacia atrás con una mano.

–Mmm –respondió él haciendo que sus labios volvieran a encajar a la perfección.

Nate coló un dedo bajo el tirante de su vestido y lo fue deslizando para exponer más piel.

Sarah oyó su gemido y arqueó las espalda cuando los labios de Nate abandonaron los suyos para iniciar un ardiente recorriendo en dirección a su cuello, su clavícula, su…

–Nate –dijo con la voz entrecortada.

La sonrisa de Nate fue pícara, presuntuosa, y se extendió por todo su rostro cuando se detuvo y la miró a los ojos.

–¿Quieres que pare?

Ella se rio, incapaz de detenerse.

–No –le respondió acariciándole la mejilla. Era tan guapo, tan perfecto y masculino, en las formas más deseables posibles…–. Quiero que apagues las luces.

Él parecía a punto de declinar su deseo, pero entonces esa pícara sonrisa reapareció tan pronto como había desaparecido.

–Sígueme –le dijo levantándose y tendiéndole la mano para ayudarla a hacer lo mismo.

Sarah vaciló; no estaba segura de si habría arruinado por completo el momento o lo habría mejorado. Le agarró la mano y Nate tiró de ella hasta tomarla en brazos.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó riéndose mientras intentaba soltarse. Pero Nate la agarraba con fuerza contra su pecho, tanto que ella no pudo moverse ni un centímetro.

–Te llevo al dormitorio –le informó con una mirada de determinación que hizo que Sarah sintiera mariposas en el estómago.

–Peso demasiado, tu pierna… –dijo entre risas.

Pero Nate la miró con furia.

–No vayas por ahí –la advirtió.

Y como a Sarah no hacía falta que le repitieran las cosas dos veces, se limitó a abrazarlo por el cuello y a besarlo. Y él aceptó el gesto sin vacilar. Si le había dicho que la llevaría en brazos, era porque podía hacerlo.

–¿Dormitorio? –le preguntó él con la voz ronca.

–Sí –respondió ella con el corazón y el pulso acelerados.

En esa ocasión Nate no se detuvo a preguntarle si estaba segura. Corrió hacia la habitación con una determinación que la apabulló.

Capítulo 11

Sarah estaba acurrucada contra Nate, con una pierna echada sobre la suya y la cabeza apoyada en su pecho. Se había quedado dormida, pero algo la había despertado.

Nate la había abrazado con fuerza por un instante, antes de soltarla de nuevo.

Sarah no se movió, no estaba segura de qué hacer. Sabía que no le haría daño intencionadamente, pero la última vez que había intentado reconfortarlo, cuando había estado soñando, no había salido muy bien parada.

Él volvió a abrazarla con fuerza, pero ella se quedó quieta. No tenía ni idea de qué hacer, si debería apartarse y colocarse en el otro lado de la cama, o quedarse ahí e intentar tranquilizarlo.

En ese momento Nate empezó a temblar y ella sí que se movió. No estaba asustada, pero…

Tragó saliva, agarró una almohada y la posó contra su cuerpo desnudo. De pronto se sentía muy vulnerable. El cuerpo de Nate no dejaba de sacudirse bruscamente y estiró un brazo, pero Sarah siguió quieta, sin saber qué hacer. Cuando él empezó a farfullar algo, ella no pudo entenderlo. Decidió encender la lamparita de noche, esperando que la luz lo despertara.

Pero no lo hizo. Lo único que hizo fue agitarlo más todavía. Tenía la frente cubierta de sudor, el cuerpo retorciéndose entre las sábanas y expresión de dolor.

Debía hacer algo.

Se acercó, deseando no estar desnuda para poder sentirse algo más segura. No podía dejar de mirarlo, se sentía incapaz de dejarlo solo, aunque fuera un momento, a pesar de que no sabía qué hacer ni cómo ayudarlo.

Lo último que necesitaba era despertarlo bruscamente y él tenía que saber dónde estaba, con quién estaba, en cuanto despertara.

–Soy Sarah –le dijo con un susurro y rodeándose con sus propios brazos, como resistiéndose a tocarlo, sin permitirse acercarse por

mucho que su instinto le dijera que lo abrazara, que lo reconfortara en sus brazos–. Soy Sarah, estoy aquí, Nate, soy Sarah –le dijo con más arrojo y con un tono de voz más fuerte.

Nate ya no se movía tanto, pero seguía teniendo los ojos cerrados. Las sábanas estaban hechas un revoltijo a su lado de la cama.

–Soy Sarah, Nate. Soy Sarah –repitió aún desesperada por tocarlo.

Nate se despertó en ese momento, se incorporó bruscamente con la mirada enloquecida, como si tuviera a un extraño sentado delante.

Pero era Nate y él no le haría daño, siempre que supiera que se trataba de ella.

–Nate, soy Sarah, mírame.

Esa mirada violenta desapareció de los ojos de Nate casi de inmediato. Se pasó una temblorosa mano por el pelo, se llevó las rodillas al pecho y bajó la frente para apoyarla en ellas.

En ese momento Sarah entró en acción; Nate sabía que era ella, así que ya no había peligro.

–Nate –le susurró acercándose y sin importarle estar desnuda. Era Nate con quien estaba, no con un extraño. Lo rodeó delicadamente por la espalda y con la otra mano comenzó a acariciarle el pelo.

Cuando él la miró a los ojos, ella supo que estaba bien, que le permitiría ayudarlo.

–Te pondrás bien –le dijo susurrándole al oído y sin soltarlo.

El cuerpo de Nate se tensó para después relajarse y abrazarla.

–Todas las noches –dijo contra su pelo–. No hay ni una sola noche en la que me vaya a dormir y esto no pase.

Sarah tragó saliva intentando no echarse a llorar. Nate no se merecía ese dolor, no después de todo por lo que había pasado, de lo que había visto… después de lo que había hecho por un amigo.

–¿Estás reviviendo lo que pasó? –le preguntó esperando no estar presionándolo.

Nate la soltó y se recostó apoyando la cabeza contra la pared que había detrás de la cama.

–Lo veo todo. Veo a Jimmy, veo sangre, explosiones… Todo lo que se te ocurra aparece en mis pesadillas.

Sarah se tumbó y apoyó la cabeza en la suave almohada, alargando una mano para que Nate se acurrucara con ella.

Ninguno de los dos se movió para apagar la luz.

Nate se tendió a su lado, nariz frente a nariz, boca frente a boca. Deslizó una mano sobre su cuerpo, su brazo, su espalda y su muslo.

–Pensé que estar contigo, tenerte a mi lado, me ayudaría.

Sarah deseaba que hubiera sido así también. Ahora que había presenciado aquello, que lo había visto transformarse y pasar de un hombre plácidamente dormido a un hombre plagado por terrores nocturnos, podía comprender por qué había estado a punto de estrangularla en la otra ocasión. Por qué la había confundido con alguien en sus sueños, y cuánto debía de haberle dolido haberse dado cuenta de lo que había estado a punto de hacerle.

–No me das miedo, Nate, si eso es lo que te preocupa –le dijo besándolo suavemente.

Nate la acercó más a sí; sus cuerpos encajaban a la perfección.

–La otra noche, cuando estábamos borrachos y dormidos en el sofá, fue la primera vez que dormí sin despertarme así.

–Pero nunca te habías despertado de una pesadilla y te habías encontrado conmigo a tu lado y así, ¿verdad? –le preguntó Sarah sonriendo.

Nate se rio mientras le agarraba el trasero.

–No, Sarah. Eso no.

Ella fingió protestar, resistirse cuando le agarró las dos manos y se tendió encima.

–Y esto tampoco se lo he contado a nadie –le susurró besándola en el cuello hasta llegar a su boca–. Nunca.

Ella lo miró a los ojos; podía sentir cuánto confiaba en ella.

Nate no era un hombre al que le gustara que nadie conociera sus debilidades, y al que jamás le gustaría cargar a nadie con sus problemas. Y ella no tenía ninguna intención de contarle nada a nadie, pasara lo que pasara.

–Tus secretos siempre estarán a salvo conmigo, Nate.

Ojalá ella pudiera compartir los suyos con él.

Nate se despertó con una sensación de calma que lo sorprendió. Normalmente, después de despertar de una noche de terror, nunca

había logrado volver a quedarse dormido tranquilamente. Por eso la mayoría de los días tenía tantas ojeras y por eso, probablemente, su mal carácter siempre estaba demasiado acusado, sobre todo en lo que respectaba a su familia.

Cerró los ojos brevemente y se centró en la suavidad de la mujer que tenía a su lado. Sarah. Jamás se habría imaginado que volvería a compartir una cama con ella, que volvería a tenerla en sus brazos, que la habría amado como lo había hecho la noche anterior.

Dormida, ella suspiró y se movió, acurrucándose contra él. Nate se giró para rodearla con sus brazos y observar su rostro. Recorrió la suavidad de su piel y de sus labios con la mirada y sonrió mientras, lentamente, llevaba una mano hacia su cara y le apartaba un suave mechón de la mejilla.

–Oye –murmuró ella aún con los ojos cerrados–. Seguro que estás mirándome.

Nate la acercó más a sí. Nunca, ni en un millón de años, después de todo lo que había sufrido y de cómo se había sentido en los últimos meses, se habría imaginado volver a estar con Sarah y contarle a alguien sus secretos, sus experiencias. Pero ella estaba empezando a cambiar su forma de pensar, su forma de comportarse, aunque hubiera sido un lento proceso hasta ahora.

–¿Has dormido bien? –le preguntó él.

Ella sonrió y abrió los ojos.

–Sí. Mejor que en mucho tiempo.

Nate le acarició la mejilla.

–¿El divorcio te hacía despertarte por las noches?

Una expresión que no pudo identificar surcó el rostro de Sarah, aunque fue una que recordaba de aquella primera vez que la había visto bajo su árbol. Como si estuviera muy disgustada, no pudiera evitar mostrarlo, pero intentara borrar el gesto de su cara rápidamente, aunque no lo suficiente como para que a él le diera tiempo a percatarse.

–¿Sarah?

Ella sacudió la cabeza y se apartó ligeramente de él.

–No pasa nada, Nate.

Pero él no se lo creía.

–Si necesitas hablar, sobre Todd o lo que sea… –intentó no hacer ninguna mueca de disgusto al pronunciar el nombre de su antiguo

amigo–, aquí me tienes, al igual que yo te he tenido a ti.

Sarah lo besó y lo rodeó por el cuello.

–Gracias.

Nate sentía curiosidad por saber qué pasaba, pero lo que fuera que estaba inquietándola no era algo de lo que quería hablar y él comprendía exactamente cómo se sentía.

–¿Qué te parece si desayunamos? –le propuso cambiando de tema por su bien.

Sarah se encogió de hombros; no era la respuesta que él se había esperado.

–¿He dicho algo malo? –preguntó Nate levantándose y poniéndose los vaqueros que se había quitado con tanta celeridad la noche anterior y que estaban tirados en el suelo.

–Oh, Dios mío –Sarah se llevó la mano a la boca, se sentó en la cama y se cubrió con las sábanas.

Nate enarcó una ceja.

–¿Qué?

–Nunca me diste la impresión de ser un tipo de comando –dijo riéndose.

Él posó las manos en la cama y se inclinó hacia ella para besarla antes de agarrar la sábana entre sus dientes y tirar de ella.

–¡Nate!

Él se rio.

–Que sepas que es algo solo de las mañanas. No sabía cómo de deprisa ibas a querer quitarme los pantalones otra vez, así que he pensado que te lo pondría fácil.

Sarah volteó la mirada, pero a él no se le escapó ese tono rosado que cubría sus mejillas. No recordaba que se sonrojara tanto cuando habían estado juntos y eso que por entonces era mucho más joven. Sin embargo, ahora parecía hacerlo todo el tiempo.

–Pues que sepas que has sido tú el que ha empezado… –se detuvo y se cubrió con las sábanas– esto.

Nate fue hacia la puerta antes de girarse.

–¿Qué ibas a decirme antes?

Ella suspiró y Nate deseó no haber preguntado.

–Anoche, antes de venir aquí, Todd me llamó para confirmarme la reunión de hoy.

Nate asintió.

–¿Y sigues queriendo que vaya?

Sarah sonrió, sumisamente esa vez.

–Sí, pero solo si no te supone ningún problema. Quiero decir, si tienes otra cosa que hacer o tienes que ir a alguna otra parte…

Nate le lanzó una sonrisa que, esperó, resultara convincente.

–Allí estaré.

Se quedaron mirándose un momento antes de que Nate recordara para qué se había levantado.

–Espero que te guste la tortilla –le gritó mientras se alejaba–, ¡porque es lo único que sé hacer!

Entró en la cocina y se apoyó contra la pared para darse un minuto y pensar en lo que acababa de acceder a hacer. Quería ayudar a Sarah, pero volver a ver a Todd no era algo que lo atrajera exactamente, por mucho que le hubiera dicho que lo haría por ella.

Aún tenía muchos asuntos que tratar, seguía enfrentándose a sus propios problemas, pero Sarah había estado a su lado y él le había prometido lo mismo.

Abrió un cajón para sacar los utensilios que necesitaba, pero lo primero que tocaron sus dedos fue un papel doblado.

La mujer de Jimmy. Lo que tenía que hacer ese mismo día era reunir el valor necesario para llamarla.

Lo apartó a un lado, como llevaba meses haciendo, y se dispuso a preparar el desayuno. Tal vez debía contárselo a Sarah o tal vez debía dejar de posponerlo y hacer algo de una vez por todas.

Capítulo 12

Sarah estaba hecha un manojo de nervios. Nate estaba sentado en su sofá y cambiando de canal a la vez que ella caminaba de un lado a otro. ¿Se encontraba de verdad cómodo con esa especie de normalidad que estaban viviendo? ¿Y qué había decidido sobre lo de fingir o no? Porque lo que había pasado entre ellos la tenía confundida y, si iban a empezar algo, necesitaba primero sincerarse con él.

¡Oh! ¡Estar con Nate y tener que ver a Todd era demasiado!

–Nate –dijo poniéndose recta y situándose frente a él. Él se rio y se inclinó hacia un lado para apuntar la televisión con el mando y apagarla.

–Ven aquí –le dijo intentando enganchar los dedos en sus vaqueros para tirar de ella.

–¡Nate! –le gritó manteniéndose en su sitio–. Hablo en serio.

–Yo también.

Le dio una palmadita en la mano, deseando que las cosas no fueran tan bien entre los dos. Debería habérselo contado desde el principio, debería haber admitido por qué le había dolido tanto descubrir que Todd esperaba un hijo.

Moose no pudo resistirlo más y se alzó para olfatearla, como asegurándose de que se encontraba bien. Había estado observando a Nate con cierta desconfianza desde que había llegado, pero después de haber pasado la noche anterior con la madre de Sarah, parecía muy contento de estar en casa.

–Dispara –le dijo tirando de ella para que se sentara sobre el brazo del sofá–. Y dile a ese perro que va a tener que acostumbrarse a mí.

Deseó que ese fuera el único problema, que a su perro excesivamente protector no le gustara Nate cuando por lo general todos los animales lo querían, pero tenía que contárselo de una vez por todas. Ahora le tocaba a ella ser sincera, abrirse a él y contarle lo que le había pasado esos últimos años, el dolor que había vivido.

Tenía que contárselo antes de que las cosas fueran a más entre los dos, antes de arriesgarse a que volvieran a hacerle daño. Ese era el único modo de actuar, sobre todo después de que él hubiera sido tan valiente al sincerarse.

–¿Sarah? –le preguntó más serio que hacía un momento.

–Nate, hay algo que…

–¡Vaya, qué bonito!

Sarah se sobresaltó y casi se tropezó con la alfombra al oír la voz de Todd.

–¿Sabes lo que es llamar a la puerta? –le preguntó furiosa por el hecho de que hubiera entrado como si aquella siguiera siendo su casa.

Todd la miró y miró a Nate; tenía los ojos como platos, era como si no se pudiera creer lo que veía.

Sarah acarició la cabeza de Moose cuando lo oyó gruñir.

–Por lo que recuerdo, estoy bastante seguro de que la casa sigue siendo mitad mía, así que no sabía que tuviera que llamar –le respondió Todd mirando fijamente a Nate–. Pero claro, no me esperaba encontrarte con alguien tan pronto.

Sarah intentó mantener la calma, no quería entrar en una discusión con Todd, y mucho menos delante de Nate, pero estaba tan furiosa que habían empezado a temblarle las manos.

–Todd, no discutamos, y por favor no me acuses de nada cuando tú no eres, precisamente, el mejor modelo a seguir, ¿de acuerdo? Te he visto con tu prometida por el pueblo y pensé que la traerías.

Si Sarah estaba furiosa, Todd parecía estarlo aún más.

–Todos estos años he sabido que lo echabas de menos, pero intentaba decirme a mí mismo que era un estupidez, que no seguías enamorada de un tipo que había decidido que tenía mejores cosas que hacer que volver contigo.

–Ya basta, Todd.

La profunda y autoritaria voz de Nate hizo que la recorriera un escalofrío.

–No me digas cómo actuar con mi mujer en mi casa.

Todd estaba colorado y enfurecido; la testosterona y la tensión llenaban el ambiente.

Sarah no pudo contener las lágrimas, pero ver a Nate levantarse y posar una mano sobre su cadera la hizo sentirse más fuerte. Todd

era el único problema allí, no ella, y no iba a permitir que la hiciera quedar como la mala. Le había sido fiel y había hecho todo lo posible por su matrimonio, por hacer que funcionara, y aunque había pensado en Nate a menudo, nunca había hecho que Todd no se sintiera amado.

–Todd, firmé los papeles del divorcio ayer y los envié, así que ya no soy tu mujer –le dijo ella con un tono más frío y calmado del que se habría creído capaz–. Tú has seguido adelante con tu vida y ahora yo también.

Todd se quedó allí quieto, mirándolos, como si fuera a prenderles fuego con la mirada. ¿Por qué estaba enfadado cuando él había rehecho su vida?

–¿Estabais juntos durante nuestro matrimonio? –preguntó dirigiéndole la pregunta a ella y señalándolo a él.

–No –respondió Sarah, que por el rabillo del ojo podía ver la mirada de determinación de Nate y la tensión de su mandíbula, que apretaba con fuerza, como si estuviese desesperado por intervenir y poner a Todd en su sitio, pero se estuviera conteniendo para dejar que ella se ocupara de la situación–. Tú fuiste el infiel, Todd, no yo. Lo único que hice fue intentar que las cosas funcionaran entre los dos.

Todd echó a andar hacia la puerta, como si ya hubiera oído suficiente, pero con gesto de puro odio pareció decidir que aún no estaba listo para marcharse.

–¿Le has contado ya la verdad, Sarah?

Con labios temblorosos, ella avanzó hacia él, rezando para que parara, para que no le dijera nada a Nate. Pero él, al sentir su inquietud, se rio como si estuviera deseando burlarse de ella y asegurarse de que no encontraría jamás la felicidad al lado de nadie. Al final de su relación había sido muy cruel y eso que ella había intentado que funcionara a la vez que intentaba asimilar cómo la noticia del médico cambiaría su vida para siempre.

–Todd, por favor –le dijo sacudiendo la cabeza y suplicándole con la mirada.

–Ah, ya veo. Tu amorcito no sabe que la familia feliz de la que siempre hablabais antes de que se marchara nunca podrá hacerse realidad. No sabe que no podrás darle hijos. Me pregunto si seguirá queriéndote después de esto, cariño.

Su crueldad la hizo sentirse como si la hubieran partido en dos. Al final de su matrimonio la había enfurecido lo que había hecho, pero nunca se había imaginado que pudiera estar tan lleno de odio, que pudiera hacerle tanto daño por algo que ella no podía controlar.

–Márchate, Todd. Sal de mi casa –le dijo con una voz tan suave que dudó que la hubiera oído–. La próxima vez que quieras hablar sobre el acuerdo, hazlo a través de mi abogado. Yo ya estoy harta de ser agradable contigo.

Él salió y la dejó allí deseando no haberle pedido nunca a Nate que estuviera presente durante su encuentro. Debería haberse imaginado cómo reaccionaría Todd al verlo, a pesar de que él tenía pareja e incluso esperaban un hijo. El nombre de Nate nunca se había mencionado en su casa precisamente porque todo el mundo, y sobre Todd, sabía que habían tenido una relación; y justamente por ello había sido una estupidez pedirle a Nate que fuera, por mucho que en su momento le hubiera parecido una buena idea.

–¿Sarah?

Sentir la mano de Nate en su espalda le indicó que no se trataba de una pesadilla, que todo era real.

–Márchate, Nate, por favor –no podía mirarlo, no después de que la hubieran humillado así.

Nate se giró cuando ella intentó ignorarlo.

–¿Sarah? –intentó girarle la barbilla, pero ella mi-ró a otro lado.

–Siento que hayas tenido que presenciar esto, pero Todd tiene razón –le dijo con una voz que denotaba más valentía de la que sentía por dentro–. No puedo tener hijos, Nate, así que independientemente de lo que pasó anoche, no podemos retomar nuestra relación y tener lo que tuvimos. Nunca tendré hijos, ni contigo, ni con nadie.

Ni podía interpretar la expresión de Nate ni quería hacerlo. Tal vez él solo había querido divertirse, tal vez no estaba pensando lo mismo que ella había esperado, pero si conocía a Nate como creía, no se habría acostado con ella de no haber significado algo para él, no después de la historia que habían compartido. Y estaría enfadado de saber que no había sido sincera con él, sobre todo después de que ella le hubiera insistido tanto en que le contara sus problemas.

–Deberías habérmelo dicho.

Sarah lo miró desafiante.

–¿Por qué? Ya tenías bastantes problemas sin tener que cargar también con los míos. No puedo quedarme embarazada, Nate. Ni ahora, ni nunca –no debería estar furiosa con él, pero lo estaba. O tal vez simplemente estaba furiosa consigo misma–. Pero ya lo he aceptado.

Él sacudió la cabeza con gesto de tristeza.

–Seguro que hay muchos especialistas o médicos con los que podrías hablar. Debe de haber…

–Para, Nate, para –le ordenó intentando controlar las lágrimas otra vez–. ¿No crees que ya he hecho todo lo que he podido? ¿No crees que he investigado todas las formas posibles de tener un bebé? No puedo y nadie puede ayudarme, ¿de acuerdo?

Él asintió.

–Lo siento.

–Bueno, no quiero tu compasión y no quiero que finjas que no importa, así que creo que deberías irte.

Él se acercó con los brazos abiertos.

–Sarah, sé que estás dolida, pero…

–¿Pero qué, Nate? Quieres una familia y yo también, pero no podemos tenerla juntos. No del modo que siempre habíamos hablado, al menos. He estado con un hombre que me dijo que no importaba y míralo ahora. Ya está con otra mujer y a punto de ser padre –respiró hondo y exhaló lentamente–. No tienes ni idea de cómo me trató al enterarse, después de que hubiéramos agotado todas las posibilidades y yo siguiera sin quedarme embarazada. Por eso preferiría no tener que sufrirlo otra vez.

Ahora era Nate el que parecía furioso.

–Yo jamás te trataría como lo ha hecho Todd, nunca. Lo sabes, Sarah, y si no lo sabes, entonces es que no me conoces.

–¿Pero…?

–¿Qué quieres decir con «pero»?

Sarah le acarició la mejilla antes de alejarse de él.

–Pero quieres ser padre, Nate. Puede que ahora digas que no, pero he visto cómo te comportas con Brady. Te conozco y algún día serás un marido maravilloso y un padre genial. El padre de tus hijos biológicos.

Él la miró; parecía de piedra.

–Tal vez tenía razón entonces. Tal vez no me conoces en absoluto.

Le lanzó una mirada que ella no había visto nunca, tan cargada de tristeza que hizo que se le helara el cuerpo y le hizo desear haber tenido la boca cerrada.

Y entonces Nate hizo exactamente lo que le había pedido y salió por la puerta.

Sarah se dejó caer de rodillas y se acurrucó junto a su perro dejando que las lágrimas corrieran libres. Podía soportar que su matrimonio hubiera acabado, pero no sabía si podría superar haber perdido a Nate. Otra vez no.

Capítulo 13

Nate estaba de muy mal humor, pero no quería pagarlo con nada ni con nadie, razón por la que estaba sentado en el sofá en lugar de estar cabalgando o ayudando en el rancho. Debería haber salido a buscar a Holt, pero dado su estado de ánimo, no quería acabar diciéndole algo a su hermano que tuviera que lamentar.

Estaba que echaba humo por lo de Sarah e intentando no pensar en ella al mismo tiempo, pero no funcionaba. No le importaba lo más mínimo que no pudiera tener hijos, lo único que le importaba era lo mucho que debía de haber sufrido al descubrirlo. Y lo que más le enfadaba era que no se lo hubiera contado, que no se hubiera sincerado con él, que hubiera tenido que enterarse por Todd.

Alzó la mirada y miró la cocina antes de levantarse. Si iba a quedarse sentado en casa, al menos tenía que hacer algo productivo, y sabía exactamente qué. Si Sarah le había enseñado algo, era que tenía que ser sincero, enfrentarse a sus emociones y no alejar a la gente de su lado. Bueno, pues había una persona a la que debería echar una mano y que, como mínimo, se merecía una llamada por su parte.

Cruzó la habitación y sacó el pedazo de papel del cajón. Agarró el teléfono y marcó el número deseando que la mano dejara de temblarle.

La mujer respondió casi de inmediato.

Nate tragó saliva e intentó apartar todos esos recuerdos, intentó dejar de pensar en Jimmy y en su cuerpo sin vida, en cómo había sido ver a su mejor amigo tendido y desangrándose.

No. Era más fuerte que todo eso. Tenía que serlo.

–Lucy, soy Nate. Llevo meses queriendo llamarte.

La amable y delicada voz que oyó al otro lado de la línea lo relajó.

No iba a contarle la verdad sobre cómo había terminado la vida de Jimmy, pero sí que iba a contarle lo valiente que había sido su

marido hasta aquel día y por qué había sido un gran amigo cuando Nate más lo había necesitado.

Quería contarle que había hecho todo lo posible por salvarlo, por estar a su lado, y que siempre había intentado protegerlo en cada misión que habían realizado. Jimmy había sido su mejor amigo y la viuda de su mejor amigo merecía saber lo especial que había sido.

Sarah estaba paseando tranquilamente con su perro y alejándose todo lo posible de la zona de viviendas. Ni siquiera quería ver la casa de invitados donde estaba viviendo Nate y, de ninguna manera, miraría hacia su árbol, el mismo bajo el que se habían sentado cientos de veces y el mismo donde lo había encontrado hacía tan poco tiempo.

Ya le echaba demasiado de menos y no quería pensar en él.

–Vamos, Moose.

Llegó al portón más cercano, al lugar donde estaba pastando su yegua, y dejó que el perro pasara antes de hacerlo ella. Y entonces se quedó paralizada. Desde donde estaba podía ver a Johnny y a Brady, y también a Nate. Estaba jugando con su sobrino antes de subir a lomos de uno de los caballos de Johnny.

¿Adónde iría?

Se quedó quieta esperando que Nate no se girara y la viera allí, y no lo hizo. En cuanto le perdió de vista, fue hacia Maddie, agarró su ronzal y la llevó hacia el portón más alejado para ensillarla.

Se mordió el labio y siguió avanzando cuando vio a Johnny y lo saludó con la mano. Que las cosas hubieran terminado con Nate incluso antes de que hubieran empezado no implicaba que tuviera que dejar de cabalgar. Adoraba a la familia Calhoun y a Holt no le importaba que su yegua pasara un tiempo allí durante el verano, así que nada de eso iba a cambiar.

Tenía que olvidarse de Nate por mucho que le doliera. Su futuro no sería lo que había esperado que fuera, pero haría lo posible por seguir adelante. Se lo debía a sí misma y se lo debía a Nate; tenía que dejarlo marchar.

Nate estaba empezando a lamentar no haberse llevado más ropa. Johnny le había dicho que tuviera cuidado con el tiempo y ahora, después de una hora cabalgando, deseaba haberle hecho caso. Se acercaba tormenta, podía sentirlo en los huesos, y eso significaba que tenía que volver rápidamente. Por muchos años que hubiera estado fuera de Texas, jamás había olvidado las tormentas de truenos que podían partir un árbol en dos incluso en mitad del verano.

Ese día había quitado los estribos del todo en lugar de colocarlos sobre el arzón de la silla o dejarlos colgando, y parecía haber sido la decisión correcta. Pudo ir a medio galope sin tener que preocuparse por ellos y sin que la pierna le molestara. Podía sujetarse con las rodillas y no ejercer ninguna presión en la parte baja de la pierna y, siempre que pudiera mantener el equilibrio, podría volver a casa rápidamente antes de que lo alcanzara lo peor de la tormenta.

Cuando llevaban un ritmo constante las primera gotas empezaron a caer, unos grandes goterones que le calaron la camisa. Arreó a la yegua.

–Tranquila –le gritó acariciándole el cuello con una mano mientras resonaba un trueno.

Pero seguía muy inquieta y al momento Nate vio la causa: había otro caballo en la distancia, un jinete en apuros. No le pidió a su caballo que fuera más deprisa ya que estaban yendo demasiado rápido para no llevar estribos, así que hizo lo que pudo por intentar que no se alterara.

Y entonces reconoció al caballo y al jinete. Era Sarah, intentando mantenerse sobre la silla. ¡Mierda! No se estaban dando las mejores condiciones meteorológicas para haber sacado a cabalgar a una yegua recién entrenada. ¿En qué había estado pensando?

–Tranquila, chica –le dijo a su caballo–, tranquila.

Le indicó que fuera más despacio según se aproximaban y se sujetó firmemente con las manos a la silla.

–¡So!

–¡Nate! –el habitual suave tono de voz de Sarah sonó de lo más estridente.

–Tranquila –ordenó pidiéndole a su caballo que avanzara despacio hacia Sarah y su nerviosa yegua–. Echa los hombros atrás

y demuéstrale quién es la jefa.

Los caballos tenían que saber quién estaba al mando y en ese momento Sarah no estaba dejándoselo muy claro a su yegua. Si no se mostraba enérgica, la situación podía volverse peligrosa.

Se acercó al retozón animal y agarró las riendas intentando no perder el equilibrio. ¡Maldita fuera! De no haber tenido la pierna destrozada, habría saltado y se habría hecho cargo de la joven yegua. Pero, por otro lado, si no hubiera estado herido, jamás habría vuelto a casa.

–Ey, chica –dijo tirando con fuerza para sujetar al caballo de Sarah–. No pasa nada.

Otro trueno seguido por un relámpago hizo que los dos caballos se inquietaran más y que le costara hacerse con uno mientras intentaba mantenerse en la silla.

–¿Sarah, estás bien?

La miró, vio el miedo en su cara y lo pálida que estaba.

–No te sueltes, Nate.

–Vamos –le dijo él firmemente–. Tenemos que volver ahora o desensillar a los caballos y dejarlos ir. Tú decides.

Esperaba que optara por la primera opción, pero haría aquello con lo que se sintiera más cómoda. Si estaba paralizada de miedo, volver a caballo podía no ser la mejor opción.

–¿Sarah?

–Vamos.

Nate tomó el control, pero intentando evitar correr riesgos, sobre todo por Sarah.

–Vamos a empezar al paso. Si podemos calmarlas lo suficiente, iremos al trote.

Sarah asintió y él vio en sus ojos una mirada de determinación que había estado ausente hacía un momento. Vio regresar ese brillo que solía asociar con su actitud, con su habitual seguridad.

El caballo de Sarah se sacudió, pero ella se pegó a la silla como si le hubiera puesto pegamento.

–No pasará nada –le gritó él alzando la voz sobre las gotas de agua y los rugidos de la inminente tormenta–. No se apartará de mi caballo y creo que tenemos que darnos un poco de prisa.

Al paso que llevaban Nate sabía que no tendrían oportunidad de llegar a la casa ni al establo, pero había un granero al que podrían

llegar donde estarían a salvo… siempre que no cayeran rayos cerca.

–¿Puedes ir al trote? –le preguntó ella.

Nate apretó los dientes cuando comenzaron a trotar. Dado que no tenía estribos, no resultaba de lo más agradable.

–¿Y si vamos a medio galope?

Pudo ver que Sarah había recobrado seguridad, al menos por ahora.

–Lo intentaré.

Los caballos estaban algo alterados, pero cabalgaban el uno junto al otro mientras la lluvia seguía cayendo con fuerza. Nate vio el granero en el que había pensado; ahí solían almacenar heno al final de cada estación por si lo necesitaban y esperaba que ahora estuviera vacío. Con la vista borrosa por la lluvia, le indicó a Sarah adónde se dirigían. Ambos pasaron al trote y de ahí al paso, hasta detenerse en la puerta del granero. Jamás habrían podido llegar al establo ni a la casa.

–Vamos a bajar y a meterlas dentro. Hay unos portones de madera y una división central, así que si puedes sujetarlas, levantaré una cuadra improvisada para las dos –le gritó a Sarah antes de pasar la pierna sobre su caballo y caer de golpe al suelo empapado.

«Hijo de…». Contuvo todos los improperios que parecían dispuestos a salir de su boca. Le dolía la pierna a horrores, pero tenía algo que hacer y muy poco tiempo. Sarah ya había desmontado y estaba mirándolo con una mirada cargada de preguntas aunque sin llegar a decir nada.

–Toma –le dijo él pasándole las riendas–. Me daré prisa.

Quería alejarse de la lluvia, pero también quería alejar a Sarah del peligro lo antes posible porque dudaba que pudiera sujetar a los dos caballos que no dejaban de saltar bajo la tormenta que se avecinaba.

Nate entró cojeando al granero, agarró un ovillo de cuerda y dos de los viejos portones apoyados contra uno de los muros. Los ató y acercó también algunos fardos del heno de la temporada pasada.

–¡Ya puedas meterlas! –le gritó.

Sarah echó a andar hacia él, pero un relámpago hizo que su yegua se encabritara aterrorizada. Nate llegó justo a tiempo de agarrarla.

–¡Tranquila, chica! Venga, vamos dentro –dijo con firmeza, y la llevó hacia dentro.

Sarah se encargó de meter a su caballo y él le devolvió las riendas del suyo para recolocar los fardos de heno.

–¿Les quitamos las bridas? –preguntó Sarah con voz temblorosa.

Nate le lanzó lo que esperó que fuera una sonrisa cargada de confianza.

–No. Vamos a echarles las riendas por encima de la cabeza y a atarlas. Así, si salen corriendo, no se partirán el cuello tropezándose con ellas y podremos sujetarlas rápidamente si hace falta.

Sarah saltó por encima de los portones agarrándose de la mano de Nate una vez que habían acomodado a los caballos lo mejor posible. Él había encontrado un heno bastante decente que de momento las tenía contentas, por muy asustadas que estuvieran aún.

Cuando Sarah iba a soltarse de la mano de Nate, volvió a agarrarse al perder el equilibrio. Aún le temblaban las piernas. Podría haberse hecho mucho daño ahí fuera, podría haber caído mal y haber quedado tirada en mitad de la tormenta durante horas, o incluso más tiempo, antes de que la hubieran encontrado.

Había estado intentando evitar a Nate y, de algún modo, él había terminado salvándola.

–Jamás debería haber salido a montar con este tiempo. Johnny me lo advirtió, pero yo solo podía pensar en subirme al caballo y despejar la cabeza –admitió–. No acostumbro a correr riesgos, pero… –ni siquiera sabía qué decir. Afortunadamente, había dejado a Moose jugando con Brady porque lo último que necesitaba habría sido tener que preocuparse también por él.

Él la rodeó con un brazo, pero Sarah captó que algo iba mal.

–Ahora estás bien, así que no pienses en ello. Tal vez los dos deberíamos escuchar a Johnny más a menudo. Parece que tiene más cabeza que nosotros dos juntos.

–¿Nate?

Él la miró.

–Te duele la pierna, ¿verdad?

Nate se sentó junto a unos fardos de heno y estiró la pierna.

–Decir que me duele es decir poco –admitió–. Decir que es como si me la estuvieran apuñalando una y otra vez es una descripción más acertada.

La expresión de preocupación de Sarah al sentarse lo hizo reír.

–De acuerdo, tal vez no debería haber sido tan sincero. Estoy bien, Sarah, por favor no te preocupes por mí.

Ella sacudió la cabeza, lentamente, antes de acercarse las rodillas al pecho y rodearse las piernas con los brazos.

Ahora que había pasado el momento de tensión y que estaban ahí sentados, empezó a notar mucho frío. Tenía la camiseta y los vaqueros empapados y le estaba costando mucho trabajo hacer que los dientes dejaran de castañetearle. Lo último que quería era dar pena y, además, caer enferma.

–Qué buen clima de verano, ¿eh? –dijo Nate.

Ella asintió.

–Sí

Se quedaron allí sentados sin decir nada durante un rato, rodeados por la tormenta y por el ruido de las gotas cayendo sobre el techo. Sarah miró hacia la torrencial lluvia y vio cómo los relámpagos iluminaban todo el cielo.

–Ven aquí.

La suavidad de la voz de Nate le hizo alzar la vista

–Iría yo, pero… –señaló su pierna–. Sería más fácil que te acercaras tú.

Sarah quería resistirse, no quería acercarse a Nate, no quería recordarse lo que se estaba perdiendo, pero… no pudo evitarlo.

Se levantó y se sentó a su lado. Automáticamente, Nate la rodeó con el brazo y la llevó contra su cuerpo permitiéndole robarle algo de su calor corporal a pesar de que estaba tan empapado como ella.

–Estás helada –le dijo rodeándola también con el otro brazo para calentarla.

Sarah no iba a negar cuánto frío tenía, y menos con el calor que salía de Nate. No entendía cómo podía estar despidiendo ese calor después de la tormenta que les había caído encima.

–¿Por qué tú no estás helado?

Él se rio.

–Lo estoy, pero estoy acostumbrado a las temperaturas extremas. Me han entrenado durante años para soportar esta clase de

situaciones, y me he visto en algunas mucho peores. A veces el calor es peor que el frío.

–¿Nate? –le preguntó hundiendo la cara en su hombro. Debería haberse quedado al otro lado del granero, pero ahora sí que no volvería allí.

–¿Sí? –su barbilla rozaba la parte alta de su cabello.

–Siento lo de tu amigo y lo de tu pierna. Ojalá las cosas te hubiesen ido de otra forma –no sabía por qué, pero decirle cómo se sentía, decirle lo que había querido expresarle sin saber cómo hacerlo, le estaba quitando un gran peso de encima.

Nate medio se rio, medio carraspeó.

–Yo también lo siento –la abrazó con fuerza–. Y siento lo de los bebés, también –le dijo con una voz ronca y baja, como si no hubiera sabido qué decir o si mencionarlo o no.

–Yo también –respondió ella escuchando el latido de su corazón a través de su camisa mojada y disfrutando de ese sonido–. Yo también.

Ya lo había aceptado, pero la realidad de no poder tener hijos con el hombre al que amaba aún le dolía.

Nate la soltó con un brazo y empezó a acariciarle el pelo. Ella cerró los ojos y se apoyó más en él, deseándolo más de lo que nunca había admitido.

–Sarah, que no puedas tener hijos no significa que no puedas ser madre.

Ella cerró los ojos con fuerza.

–Podrías adoptar. No renuncies a tus sueños solo porque el viaje sea demasiado duro, hay muchos niños ahí fuera que necesitan una mamá genial. Si es lo que quieres, sé que puedes lograrlo.

¿Qué podía contestar a eso? Por supuesto que sabía que tenía opciones, pero oírlo de otra persona, de Nate especialmente, era reconfortante y no simplemente algo que ella hubiera estado repitiéndose para sentirse mejor.

–Gracias, Nate.

–Deja que termine.

Un gran trueno la hizo sobresaltarse en sus brazos y los caballos empezaron a inquietarse de nuevo y a dar patadas contra un lateral del granero.

–Tranquilas, chicas. Todos estamos bien –les gritó Nate

alzándose ligeramente para verlas–. No hay por qué asustarse.

Sarah jugueteó con el dobladillo de su camiseta mojada odiando que estuvieran allí atrapados, empapados, y teniendo una conversación que preferiría evitar. Podía sentir que Nate la estaba observando y entonces sus manos cubrieron las suyas para detener ese nervioso jugueteo.

–Que un hombre no pudiera aceptar tu infertilidad no significa que no puedas conocer a nadie más. A alguien distinto. Tienes opciones y te mereces a alguien que pueda comprenderlo.

Ella alzó la mirada, lo miró a los ojos, a esos brillantes ojos azules.

–Puede que tengas razón, pero ahora mismo creo que estaré mejor sola, dado mi historial.

Él esbozó media sonrisa.

–O a lo mejor lo que te pasa es que no estás dándole la oportunidad al chico adecuado.

El corazón de Sarah comenzó a latir demasiado deprisa y se le secó la boca. Necesitaba aclarar las cosas, decirle lo equivocado que estaba antes de que la conversación fuera demasiado lejos, antes de que él dijera algo o hiciera algo que le impidiera decirle lo que sentía.

–Nate, te he visto con Brady y sé que serías un padre genial, y no quiero que… –se encogió de hombros y entrelazó las manos–. No podría soportar volver a perderte y sé que lo nuestro no podría funcionar.

–¿Y crees que es una decisión que puedes tomar tú sola? ¿Sin preguntarme qué siento yo?

Sarah se mordió el labio deseando poder salir de allí, pero una breve mirada a la tormenta le dijo que era imposible. La lluvia era tan densa que no había posibilidad de huir, sobre todo si no quería arriesgarse a perderse o a que la alcanzara un rayo, eso sin hablar de sufrir hipotermia si su temperatura corporal descendía aún más.

–No hagamos que esto sea más difícil de lo que ya es. Lo que tuvimos fue genial, volver a verte ha sido increíble, pero no tenemos un futuro juntos.

Él le acarició la mejilla y se acercó más.

–No me digas eso. No me importa que no puedas tener hijos, no me importa lo que ha pasado. Solo me importa el presente y me

importas tú –sonrió–. Tú y solo tú, Sarah. Cuando te dije que te quería, lo dije en serio.

–Nate, si me dejaras otra vez… –le tembló la voz. No estaba preparada para eso, no estaba preparada para esa clase de discusión.

–No voy a hacerlo. Al menos, no así.

No tenía ni idea de qué había querido decir, pe-ro…

Nate la besó tan rápido que no tuvo tiempo de pensar, de apartarlo. Sus labios eran suaves y cálidos y estaban arrancando todo el frío de su cuerpo y reemplazándolo por calor. La besó con fuerza, como si no quisiera detenerse nunca, y ella tampoco quería que lo hiciera.

Cuando se apartó, ella no movió ni un músculo.

–Cuando el otro día me recordaste mis sueños, tenías razón –le dijo rozando su nariz contra la suya–. Quiero hacer algo en el rancho, piensa en las ideas para turistas que se nos ocurrían. No sé, algunas sendas de caballos o campings de lujo o algo que haga dinero y me permita estar aquí y ser útil.

Sarah posó las manos sobre su regazo intentando calmarse. El estómago aún le daba brincos, pero ya no estaba tan nerviosa como antes. Quería oír lo que tenía que decir, por mucho que la asustara. Se lo debía.

–Lo que necesito es algo de tiempo para pensar en lo que quiero, Sarah. En lo que quiero hacer con mi vida.

No estaba segura de si Nate estaba intentando decirle algo, de si estaba preguntándole algo.

–Tienes que hacer lo que te haga sentir bien, Nate.

Él le sonrió.

–Lo que me hace sentir bien eres tú, somos nosotros. Pero por mucho que quiera que esto funcione, primero tengo que recuperarme porque, de lo contrario, no tendré nada que ofrecerte. Necesito un mes, Sarah. Un mes para solucionar las cosas y estar solo, para que los dos sepamos dónde nos encontramos y cuál podría ser nuestro futuro.

A ella empezaron a temblarle las manos. ¿Lo había oído bien?

–No lo entiendo. ¿Aún quieres estar conmigo?

Nate abrió los brazos y la llevó contra su pecho.

–Más que nunca. Si puedes perdonarme por haberte dejado hace

años, te prometo que pasaré el resto de mi vida compensándotelo.

Sarah lo miró rodeándose con sus propios brazos.

–Te perdono, Nate. Claro que te perdono.

¿Cómo no iba a hacerlo? A decir verdad, lo había perdonado hacía mucho tiempo, porque los años que había pasado con él habían sido los mejores de su vida.

Él se rio y la besó en la cabeza.

–Y nada de hablar más sobre bebés, ¿de acuerdo? Necesito que sepas que no me importa nada que no puedas tener hijos, ¿entendido?

Ella cerró los ojos, esperando que Nate no lamentara lo que estaba diciendo. Sabía cuánto le gustaban los niños y verlo con Brady era suficiente para saber que sería un padre maravilloso.

–Pero si quieres…

Él le alzó la barbilla.

–No. Te quiero a ti. Y si resulta que los dos queremos, entonces haremos algo al respecto, ¿de acuerdo? Podemos encontrar a un niño que nos necesite y que ya esté en el mundo –suspiró–. Cuando estuve fuera vi a muchos niños, niños necesitados de alguien que los quisiera, así que me encantaría ayudar aunque fuera a uno, algún día. Hacer algo por amor.

Ella sacudió la cabeza. Nate había logrado asombrarla otra vez.

–No puedo llegar a imaginar todo lo que has visto, Nate, todo por lo que has pasado.

Él la besó de nuevo en la cabeza y Sarah no insistió en saber más. Seguiría sincerándose con ella cuando estuviera listo; solo tenía que tener un poco de paciencia.

Cuando Sarah volvió a mirar hacia el exterior vio que la tormenta había pasado tan rápido como había llegado. ¿Dónde, sino en Texas, podía haber una tormenta de verano como esa?

–Nate, ya ha pasado –le dijo señalando con la cabeza.

Él gruñó como si no le hiciera mucha gracia, así que Sarah siguió abrazada a él, acurrucada, porque aunque antes había querido salir corriendo, ahora que había pasado la discusión que tanto había temido, quedarse con Nate en el granero no le parecía tan mala idea.

–Cuando has dicho que querías un mes…

–Quiero marcharme y viajar un poco, ver qué competencia tengo

en la industria del turismo y tomarme un tiempo para aclararme la cabeza.

¿Y eso dónde los situaba a los dos? ¿Qué quería en realidad?

–Pero –continuó como si hubiera captado la pregunta de Sarah–, eso no cambia lo que siento por ti. Necesito que lo sepas. Lo de aclararme la cabeza tiene que ver con lo que me sucedió en las Operaciones Encubiertas. Quiero visitar a la viuda de Jimmy y su tumba, pasar algún tiempo en otros ranchos y ver cómo funcionan. No me voy para reflexionar sobre si quiero o no volver a casa contigo, Sarah, porque ahora mismo eso es lo único que tengo claro –Sarah le sonrió cuando la miró–. Cuando he dicho que no te abandonaría otra vez, lo decía en serio.

Ella tembló bajo su camiseta mojada.

–Pero si…

–No –insistió–. Lo que quiero es que soluciones lo de tu divorcio, que te asegures de que es lo que quieres para que los dos podamos comenzar de cero.

Los caballos estaban empezando a dar patadas, señal de que había llegado el momento de ponerse en marcha.

–¿Y tú estás seguro de esto? –le preguntó Sarah con las mejillas sonrojadas mientras se levantaban.

–De lo que estoy seguro es de que te quiero, Sarah. Te quiero ahora y siempre te he querido.

Sarah se rio como la primera vez que se lo había dicho bajo el árbol en el que habían pasado tantas horas besándose y abrazándose.

–Yo también te quiero, Nate.

–Pues entonces prométeme que vamos a hacerlo bien. Que lo nuestro va a funcionar –le pidió rodeándola por la cintura.

–Lo prometo –le dijo echando la cabeza atrás para besarse de nuevo–. Lo prometo.

Y así fue. Era Nate, el amor de su vida.

Y por fin había vuelto a casa para siempre.

Capítulo 14

Sarah estaba en los escalones de su porche viendo cómo Nate cargaba dos bolsas en el maletero de su coche.

Estaban empezando a temblarle las manos, así que las entrelazó por detrás de la espalda.

Era muy duro. La última vez que le había dicho adiós, él no había vuelto a su lado y ahora tenía que dar un gran salto de fe y creer que en esa ocasión todo sería distinto.

–Creo que ya está todo –dijo él reuniéndose con ella en el porche.

Sarah asintió; estaba empezando a entrarle el pánico.

–Entonces, ¿te vas definitivamente?

Nate se rio y le agarró las manos que tenía echadas detrás de la espalda para que lo rodeara por la cintura. Estaban frente a frente y él agachó la cabeza ligeramente para mirarla directamente a los ojos.

–Te quiero, Sarah. Lo sabes, ¿verdad?

Habló en voz baja, como si le estuviera costando dejarla tanto como a ella que la dejara.

–Lo sé.

Y lo sabía bien porque él se lo había dejado muy claro, pero eso no la hacía sentir mejor en ese momento.

–Te prometo que volveré a final de mes. No tienes que preocuparte por nada, porque todo mi ser está deseando volver contigo –se detuvo y la besó suavemente en los labios–. Y eso es una promesa.

Ella podría haberse quedado abrazada a él todo el día, acurrucada durante horas, pero sabía que tenía que dejarlo marchar.

–Estaré bien, es solo que…

–¿Te preocupa que sea como la última vez? –terminó por ella.

Sarah asintió.

–Sé que no lo será, pero una parte de mí no deja de pensar que

tal vez esta sea la última vez que te vea.

Nate suspiró y la besó de nuevo antes de dar un pequeño paso atrás. Le agarró las manos y se las besó lentamente para después mirarla de nuevo a los ojos.

–Eres lo mejor que me ha pasado, Sarah. Necesito que lo sepas y, cuando vuelva, hay algo que me gustaría ponerte en este dedo –le mordisqueó un dedo de la mano izquierda antes de sonreírle.

–No te olvides del festival –bromeó ella sonrojándose violentamente por el comentario del anillo e intentando ignorarlo–. Tienes que venir para conocer a tus hermanos y para ayudarme a organizar los últimos retoques. Eso sin hablar del homenaje a tu padre.

Nate gruñó.

–¿Seguro que no podemos saltarnos el festival y marcharnos a alguna parte? No estoy seguro de querer conocer a toda esa gente.

Sarah hizo ademán de darle un golpe en el brazo, pero él la agarró antes de que lo lograra.

–Pues tienes que saber que tu hermana Ellie ahora es muy buena amiga mía. ¿Qué va a pensar cuando le diga que te has marchado del pueblo sin conocerla?

–Ven aquí –le dijo sin soltarle la mano–. Me importa lo que piense y lo sabes, pero lo que más me importa eres tú –la abrazó y hundió la cara en su pelo–. Volveré antes de que te hayas dado cuenta y te llamaré en cuanto llegue a casa de Jimmy.

Sarah le dio un último abrazo, cerró los ojos e intentó grabarse en la memoria cómo era estar en sus brazos.

–Te quiero, Nate.

–Cielo, yo también te quiero.

Bajó los escalones del porche y se detuvo en el último para girarse y lanzarle un último beso.

–Nos vemos pronto.

Sarah asintió y se agarró a la baranda. Un hocico húmedo le acarició la mano y ella miró a Moose, sentado a su lado. No pudo evitar reírse al ver lo aliviado que parecía el animal por haberse librado de Nate, como si fuera el hombre de la casa y no quisiera que nadie le arrebatara ese puesto.

–¡Más te vale adiestrar a ese perro para que empiece a tomarme cariño antes de que vuelva! –le gritó Nate despidiéndose por la

ventanilla del coche.

Sarah estaba riéndose tanto que no logró responderle.

¿Quién se habría imaginado que estaría compartiendo unas risas con Nate Calhoun otra vez, y mucho menos despidiéndose de él y esperando su regreso?

Epílogo

Sarah salió a comprobar el correo. El sol brillaba y se puso la mano sobre los ojos para mirar dentro del buzón sin esperar encontrar nada más que alguna factura. Pero se equivocaba. Sacó la tarjeta sonriendo ante la escena de un rodeo representada en la postal.

Nate. Le dio la vuelta y en la parte trasera vio esa familiar letra. Parecía algo más descuidada que en las cartas que le había enviado cuando estaba en el ejército, pero aun así era una letra que reconocería en cualquier parte.

Se le aceleró el corazón por un instante… antes de sentirse decepcionada. ¡Y eso que le había dicho que volvería a final de mes! Había esperado tener que pasar solo unas noches más sin él, pero por lo que le decía en la postal, dudaba que fuera a verlo en un tiempo.

–Vamos, Moose –le gritó a su perro girándose para entrar en casa.

–Y yo que creía que te alegrarías de verme.

Sarah se detuvo en seco sabiendo que no podía ser él. Que esa profunda voz que acababa de oír tenía que ser fruto de su imaginación, porque aún debía de encontrarse a horas de Larkville, como poco.

Se giró lentamente.

¡Oh, Dios mío!

–¡Nate! –se rio y fue hacia él, conteniéndose para no echar a correr y saltar a sus brazos como habría querido–. Pero si acabo de recibir tu… –alzó la postal en una mano al acercarse hacia sus brazos abiertos.

–Acabo de meterla en el buzón. Quería ver tu gesto de decepción si te decía que no volvería todavía. Ya sabes, para asegurarme de que aún me quieres aquí.

Sarah no se contuvo cuando él se agachó para besarla; lo rodeó por el cuello y dejó que sus labios danzaran sobre los suyos a pesar

de que debería haberlo reprendido por su broma.

–Qué malo eres –le susurró empujándolo hacia atrás para poder verlo bien. Para poder ver que era realmente él.

–La distancia puede hacer que un tipo se preocupe –le confesó colando los dedos en las presillas de los vaqueros de Sarah.

–Bueno, por mí no tenías que preocuparte –le dijo ella con un suspiro y poniéndose de puntillas para besarlo de nuevo–. En absoluto.

Ahora fue Nate el que se apartó un poco de ella. Parecía… nervioso y Sarah lo observó preguntándose qué pasaría. Oh, no, ¿habría cambiado de opinión? ¿De eso se trataba?

–Sarah, había esperado poder hablar primero con tu madre, pero ahora que te he visto no creo que pueda esperar –estaba sonriendo, pero parecía nervioso y Nate nunca se mostraba nervioso.

–¿Va todo bien? ¿Tengo que sentarme?

¿Qué iría a decirle?

Nate alzó los hombros y los bajó.

–No.

Sarah se acercó.

–Sea lo que sea, Nate, puedes decírmelo.

Él se rio y, muy sonriente, sacó algo de su bolsillo. Ahí, en su dedo meñique, tenía una sortija con un diamante rodeada de diamantes más pequeños que recorrían toda la alianza.

–¡Vaya! –Sarah no podía dejar de mirarlo, ni siquiera estaba mirando a Nate. Era increíble.

–No quiero presionarte si no estás lista, pero te quiero, Sarah. Siempre te he querido y siempre te querré.

Su voz era delicada y tierna y sus palabras hicieron que las lágrimas nublaran los ojos de Sarah. Le puso el anillo en la mano y le cerró la palma con sus dedos.

–Jamás volveré a dejarte. Te quiero.

Sarah lo miró a los ojos sacudiendo la cabeza lentamente mientras iba asimilando sus palabras. Abrió la palma y miró el anillo antes de ponérselo en el dedo.

Nate le alzó la barbilla obligándola a mirarlo.

–¿Te casarás conmigo, Sarah? No tienes que decirme que sí todavía, ni siquiera tienes que llevar el anillo todavía si no quieres, pero quiero que tengas muy claras mis intenciones –la besó con

ternura y dulzura y ella se aferró a su camisa para intentar acercarlo más–. Quiero que seas mi esposa. Ahora y para siempre.

Y entonces Sarah ya no pudo contener más las lágrimas, que comenzaron a caer libremente por sus mejillas.

–Sí, Nate. Claro que mi respuesta es sí.

Él abrió los ojos como platos.

–¿Sí?

–Sí, quiero casarme contigo, Nate –le dijo con una risa y sin poder creerse que lo tuviera ahí delante ¡y pidiéndole matrimonio!–. ¡Sí, sí, sí!

Nate la agarró por la cintura y le dio una vuelta con una amplia sonrisa.

Había algo distinto en él, algo más abierto y alegre que cuando se había ido, y eso le gustaba. Era como si el Nate más maduro del que se había enamorado tras su regreso se hubiera mezclado con el joven Nate al que había amado desde que era una adolescente.

–Creo que deberíamos entrar –le susurró él al oído–. Odiaría escandalizar a tus vecinos.

Sarah echó la cabeza atrás y se rio mientras le besaba en el cuello.

–No hay problema.

Un gruñido se oyó tras ellos, como si Moose los hubiera oído.

–Si me hubieras avisado de que ibas a venir a casa, habría pasado más tiempo adiestrándolo para que te tomara cariño.

Nate la tomó en brazos y la giró quedando frente al perro.

–¿Estás segura de que no podemos buscarle otra casa?

Ella hizo como si fuera a darle un tortazo en la cara, pero él le agarró la mano y le robó un beso.

–Nate, es mi bebé –protestó sonriendo al perro–. ¿Verdad que sí, cariño?

Nate miró al perro y Sarah vio que estaba conteniendo la risa.

–Bueno, pues que sepas que solo uno de los dos dormirá en la cama con ella y resulta que ese seré yo.

–Umm, Nate, respecto a eso…

Él la miró y sacudió la cabeza.

–Estás de broma, ¿verdad? ¿Tenemos que compartir tu cama con el perro?

Sarah se rio con tanta fuerza que ahora más lágrimas volvían a

surcarle las mejillas.

–Eso me temo.

Nate la dejó en el suelo y le dio la mano.

–Cuando me he declarado, no tenía ni idea de lo que me esperaba.

Sarah le soltó la mano y le acarició las mejillas.

–Te quiero, Nate.

–Sí –dijo él mirando al perro–. A mí y a él.

Sarah subió los escalones del porche tirando de él y cruzaron la puerta.

–Tengo dos hombres en mi vida, así que tendrás que acostumbrarte a compartirme.

Pero solo él podría hacerla sentir como se sentía en ese instante. Amada.

Nate cerró la puerta antes de llevarla contra la pared, alzarle las manos sobre la cabeza y presionar su cuerpo contra el suyo.

–Yo no comparto –le susurró–, y menos cuando se trata de ti.

Sarah no pudo evitar reírse mientras él le mordisqueaba la oreja para luego besarle la clavícula e ir trazando un camino de besos hasta su boca.

–¿Está claro? –le preguntó con la mirada iluminada.

–Oh, está claro –afirmó ella acercándose más a él–. Estamos solos tú y yo, soldado.

–Eso es –le susurró al oído–. Y jamás volveré a perderte de vista.

Sarah echó la cabeza atrás y cerró los ojos. Era una… bendición.

Y deseaba que Nate no parara nunca.